

OBRAS COMPLETAS

RENÉ AVILÉS FABILA

EL GRAN SOLITARIO  
DE PALACIO



Lectulandia

*El gran solitario de Palacio*, para muchos la mejor novela sobre el 68, posee grandes méritos literarios y testimoniales que resisten las pruebas del tiempo y del espacio. Esta obra, fundamental para nuestra narrativa, no trata sólo sobre el movimiento estudiantil y la masacre de Tlatelolco, sino que es un recuento del México contemporáneo que bien puede ir de los tiempos del general Cárdenas al momento en que el PRI pierde la presidencia en el 2000.

Concebida como un amplio mural, *El gran solitario de Palacio* es una alegoría que entrelaza varias historias. El eje es la fatídica tarde del 2 de octubre en Tlatelolco. A través de sus personajes el lector puede reconocer los rasgos más característicos de la realidad tal como fue vivida. En un extremo, jóvenes idealistas enfrentándose a un régimen, en el otro, ese régimen encarnado en un hombre autoritario e intolerante; un hombre sexenal completamente solo a causa de su excesivo poder.

De la novela, traducida a varios idiomas, se ha ocupado ampliamente la crítica especializada. Giuseppe Bellini reconoce en *El gran solitario de Palacio* «una gran fuerza de denuncia, un juego extraordinario de humor e ironía, una interesantísima novedad de estilo y de estructura». René Avilés Fabila consiguió escribir un clásico, una obra perdurable gracias a su mezcla de realidad y fantasía así como a la capacidad crítica de su autor.

**Lectulandia**

René Avilés Fabila

# **El gran solitario de Palacio**

ePub r1.0

Titivillus 22.03.2019

Título original: *El gran solitario de Palacio*  
René Avilés Fabila, 1971  
Fotografía del autor: Norma Patiño  
Diseño de cubierta: Perla Alejandra López Romo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

Cubierta

El gran solitario de Palacio

Nota de los editores

Advertencia

Introducción, la quema de vanidades o el medio ambiente

Los sucesos

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27  
28  
29  
30  
31  
32  
33  
34  
35

Anexo único o varios años después del movimiento estudiantil

Epílogo

Sobre el autor

Notas

## *Nota de los editores*

Dentro de la amplia bibliografía de Rene Aviles Fabila, *El gran solitario de Palacio* tiene una historia singular. El autor, de clara orientación izquierdista, mientras preparaba su tesis de licenciatura, estuvo en las marchas del 68 y el 2 de octubre presencié la matanza de Tlatelolco. Impresionado por tales sucesos, comenzó a escribir la novela a principios de 1969 y la concluyó en París en 1970, cuando estudiaba el posgrado en la Sorbonne. La empresa argentina Fabril Editora la publicó en 1971, en Buenos Aires. La novela fue bien recibida tanto en esta ciudad como en México, donde de inmediato ocupó los primeros lugares de ventas, pero la segunda edición ya no apareció en Argentina: un nuevo golpe militar había endurecido las políticas represivas y *El gran solitario de Palacio* aludía agresiva y abiertamente a los militares latinoamericanos. La novela pasó a México y aquí tuvo una serie ininterrumpida de ediciones. Según datos de una tesis de licenciatura sobre la literatura del 68, *El gran solitario de Palacio* llevaba, para 1990, unas doce ediciones y más de setenta mil ejemplares vendidos. En 1998, la primera legislatura de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal hizo una edición especial, en rigor, la número dieciocho, para conmemorar los treinta años de la matanza de Tlatelolco.

De la novela, traducida a varios idiomas, se ha ocupado la crítica especializada nacional e internacional. En México, Perú, Argentina, Italia y Estados Unidos han hecho trabajos sistemáticos y agudos. Para muchos se trata de la mejor novela sobre el 68 y posee grandes méritos literarios y testimoniales que resisten las pruebas del tiempo y del espacio, pues no solamente se trata del movimiento estudiantil y la masacre de Tlatelolco, sino que es un recuento del México contemporáneo que bien puede ir de los tiempos del general Cárdenas al momento en que el PRI pierde la presidencia

en el 2000. En *El gran solitario de Palacio*, Avilés Fabila supo sortear con habilidad los peligros que implican para la estética la crítica social y el compromiso político.

Concebida como un amplio mural, la novela es una alegoría donde se entrelazan varias historias. El eje es la fatídica tarde del 2 de octubre en Tlatelolco. Nunca en la obra de René Avilés Fabila el humor y la ironía habían sido tan ácidos como en este sorprendente libro, cuyos orígenes pueden ser rastreados con facilidad en la historia literaria de los tiranos latinoamericanos, aquella que arranca con el *Tirano Banderas* de Valle Inclán y *El señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias. En tal sentido, vendría a ser la tercera novela escrita por una larga lista de escritores preocupados por las dictaduras latinoamericanas.

Hace muy poco tiempo, el distinguido politólogo Lorenzo Meyer publicó un ensayo sobre el presidencialismo. En este trabajo aludía directamente a la novela de Avilés Fabila, *El gran solitario de Palacio*. Explicaba que había sido un ejemplo válido para interpretar el autoritarismo presidencial. Señalaba, asimismo, que la expresión «gran solitario de Palacio» había sido aceptada para referirse a la soledad del poder, una metáfora lograda. Para otros, ya en el campo de la literatura, el autor consiguió hacer un clásico, una obra perdurable gracias a la mezcla de realidad y fantasía y a su capacidad crítica.

El crítico literario Giuseppe Bellini escribió en Italia refiriéndose a las novelas de dictadores latinoamericanos: «... Especialmente *El gran solitario de Palacio*, en el que encuentro una gran fuerza de denuncia, un juego extraordinario de humor e ironía, una interesantísima novedad de estilo y de estructura». Del mismo modo, ensayistas norteamericanos recibieron esta novela de Rene Avilés Fabila, que hoy nuevamente ponemos al alcance del lector de habla castellana, ahora dentro de sus obras completas.



## *Advertencia*

*Esta novela narra algunas cuestiones sobre un grupo de muchachos —plena minoría en un país de sesenta millones de habitantes— que se enfrentaron al poder omnipotente de un Estado corrupto que dirige un Caudillo longevo: lleva cincuenta años gobernando y supone que aún le faltan otros tantos. Cada seis es transformado física y mentalmente y de nuevo se somete al voto popular, porque es demócrata. Y revolucionario.<sup>[1]</sup> Si el lector halla similitud con personajes vivos o muertos, con sucesos pasados o presentes, como ha dicho Jorge Ibarzüengoitia, no es accidental sino absolutamente ex profeso. Sólo queda agradecer al ejército, a la policía y a la política subdesarrollada su valiosa cooperación: sin ella no hubiera pasado de la primera cuartilla. RAF.*

## *Introducción, la quema de vanidades o el medio ambiente*

No. Ninguna festividad cívica está completa si tan sólo hay palabras; debe haber actos concretos que demuestren repudio a los antipatrias. Hagamos eco de las frases del Primer Mandatario y sin servilismos ni cortesánías trabajemos con él.

Un jardín público: árboles, fuentes, estatuas de corte clásico (todas cubiertas con gruesos ropajes: Venus púdicas que parecen sudar bajo el ardiente sol con tanta tela de metal como los escultores les pusieron).\* La gente llega en camiones; llega por cientos; también llegan los cuerpos de protección presidencial. La banda toca música de compositores locales dirigida por el talentoso maestro Heladio Pérez. Como de costumbre, ahí están los vendedores ambulantes estropeando el grato panorama: ofrecen fruta, chicles, periódicos. Los limosneros se acercan a los funcionarios de tono menor que desde muy temprano llegaron a la plaza, con la mano extendida y sus ropas harapientas; una valla azul impide la petición de caridad: es la policía que siempre vigila; en un régimen revolucionario-nacionalista no puede haber descuidos.

En el centro del jardín: una enorme montaña como de la altura de un edificio de tres pisos, confeccionada con libros, folletos y revistas. Reporteros que se acercan a ella para analizar el material; no la escalan. ¡Asquerosa propaganda subversiva y pornográfica!, dice uno en voz alta. El resto confirma el adjetivo y el matiz virulento. Otro: Sí, de Pekín, de Cuba, de Corea. Varios encapuchados, con antorchas, rodean el cerro de papel en espera de órdenes. Expectantes. Las personas van ocupando las tribunas sin algarabía, silenciosas, discretamente.

Los niños con globitos de colores patrios interrogan a sus padres sobre lo que pasa a su alrededor y ellos, toda sabiduría, repiten informaciones de los

diarios: Es la propaganda que nos daña, engaña a los estudiantes y pretende acabar con el país y la cultura nacional intacta hasta la fecha, sin contaminaciones.

Y los pequeños no entienden ni media palabra y mejor piden dulces y juegan con los globos que miembros del Partido de la Revolución Triunfante regalan a los futuros buenos ciudadanos, educados en la verdad.

Al fin llega el Caudillo y su inseparable séquito; para ellos música inflamada de pasión patriótica, marchas y cantos que muestran la agresividad de nuestras raíces. Y luego, la *Fanfarría presidencial*. El director más parece bailarla que dirigirla; la batuta cae en el podio, sigue marcando los compases con las manos sin importarle la pérdida, eufórico.

Comienzan los poemas y los discursos que exaltan las virtudes de los proceres nacionales que para su fortuna nacieron en este país y nunca leyeron una línea de marxismo. Empiezan las frases altisonantes y la retórica burda.

El Caudillo se pone en pie y comienza a cantar el himno. El maestro Heladio Pérez dirigía *Nopales y tunas por siempre* (marcha de su propia inspiración); recapacita y con rapidez vertiginosa corrige el lamentable error y alcanza al jefe máximo. Todos cantan el himno, mientras que las aves que frecuentan los árboles del jardín huyen asustadas del estrépito. Concluyen. El público aguarda en silencio: está en presencia de algo pocas veces visto a tales alturas del siglo. Los niñitos insisten en corretear por los prados tras sus globos. Imposible. No es el momento.

Redoble de tambores. El Caudillo endurece las facciones: se pone enérgico. Lo imitan. Lentamente extiende el brazo derecho y con voz ronca dice: Prended el fuego purificador. Acabad con la subversión, con el comunismo, con las ideas exóticas que amenazan nuestra tranquilidad y nuestra paz (seguramente el capitalismo es creación de los habitantes prehispánicos, piensa alguien situado entre la multitud de curiosos involuntarios).

Los portadores de antorchas —con el fuego sagrado traído desde el Monumento de la Revolución Triunfante— las acercan a la montaña de papel y le contagian las llamas que rápidamente alcanzan alturas sorprendidas. Fuera de los tambores hay una ausencia de ruidos aterradora que permite escuchar el furioso incendio. Un señor abraza a su hijo. Recuerda el pasado de la humanidad, más bien ciertos pasajes negros: de Savonarola salta a los inquisidores españoles y luego a Hitler (vestido de niño explorador ante un retrato de Hitler vestido de Führer diciendo con voz menuda pero ya potente: ¡Heil!), y de pronto entre el humo gris claro aparecen los párrafos de

*Fahrenheit 451* de Bradbury. El Caudillo aplaude mirando cómo al fin la enorme montaña se reduce: ahora es un montículo de cenizas, el montículo es oscuro y humeante.

La orquesta despide al señor Presidente y a sus principales colaboradores; de nuevo la *Fanfarria*.

El Caudillo, dentro de su automóvil negro, conversa con el ministro del Interior y con los autores de la ceremonia.

—Muchos fotógrafos, ¿verdad?

—Verdad, excelencia.

Pasa un momento sin que nadie hable; al chofer le parece eterno y a los ayudantes del ejecutivo igual.

—El escarmiento dará resultados —dice al fin el Caudillo—. Veremos si los estudiantes prosiguen su campaña de calumnias contra nuestro gobierno.

—Así es.

Otro silencio. La conversación es forzada, rígida. La seriedad del jefe es consistente: del hombre recto, de carácter. No en balde lleva cincuenta años en el poder (discreta dictadura ejercida con sólo el conocimiento de los miembros del PRT).

—¿Quemaron todo lo decomisado? ¿No quedó algo? —interroga el Caudillo abriendo los ojos, ojos atronadores que hurgan en las mentes de quienes lo rodean—. ¿No guardaron un libro para ustedes, una revista?

Simultáneamente:

—Nada, excelencia, nada.

Uno traga saliva, se aplana el pelo (o el bisoñe) y explica:

—Bueno... algunas cosas quedaron fuera de la hoguera. Por ejemplo de... Marx y Engels... de Marx y Engels...

—De Marx y Engels qué.

—Señor, quemamos el *Manifiesto comunista* y obras de ese tipo, pero no nos atrevimos a incinerar *La sagrada familia* para no herir la susceptibilidad religiosa de nuestro pueblo.

—Bien hecho —responde liberado de una carga opresora el jefe de Estado—. Un buen gobernante debe permitir que su pueblo crea y respete los libros de historia sagrada; mis padres tenían varios. Su actitud demostró habilidad política. La tendré en cuenta para los próximos cambios en la administración del país.

\* La esposa del Caudillo, como de costumbre, iba absorta pensando en las tareas que realizaría esa semana apenas iniciada pero de pronto alzó sus ojos claros, cubiertos por un discreto velo que nacía en el sombrero pasado de

moda, y los fijó en el panorama. El coche, debidamente escoltado, corría a gran velocidad sin respetar los semáforos que en ocasiones indicaban alto con su luz roja. Pasaba por la Avenida Principal que va del Bosque hasta la plaza donde se erguía el Palacio, tétrica construcción de la Colonia. La primera dama tenía que llegar a una ceremonia donde entregaría —simbólicamente— desayunos escolares a los niños pobres del país.\* Vio la estatua de Diana Cazadora en el centro de una glorieta. Todos los días pasaba frente a ella y hoy se percataba que la escultural mujer no tenía encima alguna prenda de vestir. ¡Está desnuda, Dios mío! Aquello era terrible. Una inmoralidad completa a la vista de los habitantes de la ciudad, a los ojos castos de mujeres y pequeños. Su mente religiosa y austera recorrió con prontitud una gama de emociones de repulsa hacia lo que antes consideró obra de arte. Diana desnuda, extendiendo sus finos brazos para disparar una flecha contra una imaginaria pieza, con la rodilla derecha apoyada en un pedruzco, piernas esbeltas y bien formadas, con el cabello suelto, ondeando, senos erectos casi con vida. La primera dama preguntó el nombre del creador. Su secretaria respondió y fue más lejos: murió hace algunos años y lo consideran un magnífico artista. La mujer, compañera de sufrimientos del Presidente, apuntaba los datos en una libreta negra, con letra rápida, nerviosa, a base de frases inquisitoriales y, desde luego, con tremendas faltas de ortografía.

Durante ese día y otros más, la esposa del Caudillo (es decir, la esposa por tal sexenio) no lograba quitarse la idea de la Diana desnuda, mostrándose impúdica a los ciudadanos. A diario pasaba por la glorieta de la diosa y a diario levantaba la mirilla para contemplar las lujuriosas formas. Los adolescentes podrían excitarse. Imposible tolerar algo parecido, el bronce quebraría los sólidos principios morales y religiosos que el gobierno de su marido había impuesto con tantísimos sacrificios. Y decidió dar órdenes para modificar la situación. Eliminar la obra causaría protestas. La salida sería cubrirla, ponerle una gruesa manta en el cuerpo y que los periódicos y revistas dijese que reparaban un error del autor: Diana cazaba durante el invierno y por ello iba bien protegida, porque en esa época hasta los dioses del Olimpo tuvieron frío debido a un tremendo descenso de temperatura, explicó la primera dama como si en verdad hubiera leído sobre culturas clásicas; pero fuera de la Biblia nunca tuvo otro libro en sus manos. En el principio fue mujer de hogar, más adelante, cuando la designaron esposa del Caudillo para ese periodo presidencial, sus actitudes fueron las de una colaboradora más en la difícil tarea de gobernar; de ahí que no pudiera leer. No obstante, había dado muestras de inclinarse hacia las artes y por dos veces visitó el Teatro

Nacional para condecorar al director que prohibió la representación de *La Celestina* por inmoral e impidió que un ballet africano danzase ante el público sin prendas íntimas superiores como exigía su folklore primitivo, de belleza selvática; y sus integrantes salieron vestidos profusamente (les regalaron brasieres, suéteres y bufandas de lana), sin atentar contra la decencia.

La estatua fue quitada de su pedestal y en un taller la vistieron con un grueso mantón de bronce; sólo mostraba cabeza y manos. De nuevo a su sitio, libre del pecado original. Los rumores habían corrido y la población se arremolinaba en la glorieta para presenciar la reinstalación de la Diana. Cuando al fin estuvo colocada, la primera dama pronunció «unas sencillas palabras» —porque nunca hubiera podido decir algo complicado— sobre arte y moral (¿?) y se fue orgullosa de su buena obra. El público, que la escuchó en silencio, sin comentarios, miraba detenidamente a la Diana y los hombres trataban de imaginarla desnuda, cómo sería bajo la manta —antes no repararon en la estatua—, cómo sus senos y sus piernas, cómo su vientre y sus caderas. Se excitaban viéndola. Morbosos permanecieron en sus sitios horas después de que la primera dama se marchó a rezar a su capilla privada. Simultáneamente a sus plegarias, la policía hizo múltiples detenciones: jovencitos que se masturbaban frenéticos ante la Diana en un insólito homenaje sexual y adultos que llenos de lujuria por el esfuerzo de reconstruirla en cueros, a pocas calles de la glorieta, en la soledad del Bosque, violaron a dos monjas que meditaban aprovechando el silencio y la tranquilidad.

\* A causa de las relaciones diplomáticas y de los compromisos internacionales, el gobierno del Caudillo estaba obligado a invitar al dirigente de un país socialista. La característica hospitalidad nacional se pondrá de manifiesto una vez más, aclaró el Presidente a la prensa, nuestro generoso pueblo, bla, bla, bla, bla, bla. Pese a todo, el clero protestó con energía por la invitación a un comunista y como no le hicieron caso, desde el púlpito los curas lanzaron violentos anatemas contra el dictador ateo que viene a tentarnos, y en las puertas de las iglesias repartieron volantes con un texto así:

Hermano:

El gobierno ha invitado a un comunista que viene a quitarnos nuestra Virgencita y a destruir la familia. Reza para que llueva intensamente y su avión no pueda aterrizar.

Señor: del peligro rojo, sálvanos, por favor.

Aún se ignora si porque Dios no escuchó las plegarias o bien porque no tiene tiempo para nimiedades anticomunistas, ese día en que llegó el dirigente socialista era soleado, sin vientos ni nubes. Precioso. Bello día.

El pueblo lo aplaudió como había aplaudido a Johnson mecánicamente, sin saber mucho sobre el huésped, sólo que era un invitado de *su* gobierno y que por lo tanto había que tratarlo con la cortesía habitual de nuestro pueblo, bla, bla, bla, bla, bla.

El Caudillo le mostró las bellezas de la ciudad, mientras que la primera dama de la República guiaba a la esposa del socialista por los sitios de su incumbencia.

—Aquí viven las madres solteras. Mire qué edificios. Y los jardines tan cuidaditos. ¿A poco ustedes tienen algo igual?

La extranjera sonreía benévola y miraba las construcciones y las flores.

—Y aquí están los comedores donde desayunan los niñitos pobres de la ciudad a precios muy económicos; es un orgullo proteger a la niñez desválida (sic), ¿no cree usted *señora*?\*

Un embarazoso silencio y en seguida la primera dama volvía a la carga: ella daba juego y sus cartas eran las mejores.

—Seguro que en su país no hay algo semejante. Observe la capacidad de la cocina.

—No, señora —repuso la comunista irritada por las agresiones gratuitas—, en mi país no tenemos algo parecido por una sencilla razón: los niños desayunan en sus casas, con sus padres.

Cuando partieron los invitados y el avión no fue más que un punto en el espacio, un punto que pronto se hizo invisible, el Presidente escuchó a su esposa:

—Esta gente es imposible; grosera y altanera. Vanidosa. De seguro en su país se mueren de hambre y no hay libertad ni agua caliente.

—Tienes razón —contestó el Caudillo asombrado de la agudeza de los razonamientos.

\* Aquel fue un día memorable. Inauguraban el ferrocarril que uniría tres estados de la República. El Presidente y sus ayudantes llegaron: el Partido había concertado a miles de campesinos de las zonas aledañas para darle vitalidad al acto a base de aplausos y gritos a favor del régimen. Cuando el Caudillo descendió de un helicóptero fue recibido de inmediato por una rechifla popular contra todos los pronósticos y las instrucciones: las personas, aprovechando el tumulto, daban rienda suelta a sus impulsos. El Presidente ni se inmutó (fogueado político, en peores se había visto en su larga vida y

siempre salió airoso), el ejército vigilaba con atención. Sonrió a la multitud y saludó agitando los brazos. Los funcionarios que lo rodeaban estimaron el hecho: total, para la historia lo que cuentan son las fotografías y en ellas no se escuchan los gritos. La rechifla aumentó. Si alguien presenciara la ceremonia por televisión (cálculo aventurado, puesto que nadie con televisor tendría interés en soportar demagogia) y disminuyera el volumen hasta cero, juraría que el pueblo en su sección campesina ovacionaba al Primer Mandatario por la forma en que éste sonreía y saludaba.

Al fin llegó a la terminal ferroviaria y rápido cortó el simbólico listón, develó la placa conmemorativa y se introdujo en el edificio, a salvo de chiflidos y palabrotas: en él solamente estaban funcionarios y periodistas. El rostro del Caudillo seguía impertérrito y de no ser por sus toscas facciones y su color moreno, lo hubieran confundido con un flemático inglés. Los fotógrafos lo rodearon y él posó. Los periodistas le hicieron preguntas obvias e insustanciales que contestó con seguridad y aplomo. Luego, con paso firme caminó hasta la ventanilla (BOLETOS) y pidió uno, el primero en la vida del ferrocarril que saldría de esa estación. El jefe del Estado Mayor le dijo en secreto: Señor, usted no necesita pagar para el viaje inaugural. A lo que airado respondió: Soy un ciudadano que el voto popular llevó a la más alta investidura y deben cobrarme. Hizo el intento de sacar dinero, pero recordó que traía un centavo, ¿para qué?, tenía lo necesario y más. Entonces se volvió al general y lo solicitó, imperioso. El jefe del Estado Mayor traía billetes de alta denominación. Ni remedio, dijo hablando consigo mismo y le tendió uno al Presidente. Los periodistas febrilmente trabajaban tomando notas sobre la genial y democrática historia que estaban presenciando. El cobrador balbuceó algo respecto a la ausencia de dinero en la caja y oyó una voz enérgica: Quédese con el cambio. Los reporteros seguían apuntando y el general lamentando la pérdida. La comitiva se dirigió hacia el tren. De pronto, un niño —que no tenía la menor idea de quiénes eran aquellos personajes tan elegantes— se acercó al Presidente y le ofreció su mercancía: chicles. El mandatario, enternecido por el espectáculo: unos cinco años, descalzo, carita sucia, ropa deplorable, flaco, tomó un paquete y cuando intentaba liquidar el adeudo recordó nuevamente su billetera vacía. Por segunda vez se dirigió al militar; otro billete grande. El niño azorado vio el papel y dijo que no conocía esa moneda y que de ser buena no tenía cambio. El Caudillo miró a su alrededor —periodiqueros atentos, fotógrafos, grabadoras, cámaras de televisión, hombres de empresa y de Estado— y también le dejó el cambio (el general tragó saliva). Guárdatelo. Es un premio a tus anhelos. Yo también



trabajé desde muy temprana edad y conozco el sufrimiento y el hambre. ¿Cuántas cajas de chicles vendes por día? Dos, señor. Y ¿cuántas has vendido hoy? Una, nada más una. Pues apúrate o no terminas, y siguió caminando hacia el moderno ferrocarril. A poco olvidó el encuentro, pero no a los trabajadores y esforzados periodistas\* que inmortalizaron la escena y el diálogo al día siguiente: Y entonces el señor Presidente de la República con dulce acento: Es un premio a tus anhelos/

\* La cantina estaba llena: era fin de semana y, además, por si esto fuera poco, quincena. La Universal tenía el televisor prendido: un partido de fútbol decidiría quién era el mejor: los de casa o los invitados. El grupo de periodistas, que atiborraba el lugar frente al aparato, gritaba alentando a sus jugadores. El más entusiasta era Parrita (de *Sol caliente*) que se desgañitaba: ¡Tenemos que ganar, tenemos que ganar!, como si él fuera centro delantero. A varias mesas de distancia otro grupo, también de periodistas (era rumbo de periódicos), hablaba de los problemas del país, de que los estudiantes no los comprendían y que por ello se habían lanzado a una lucha absurda y antipatriótica. En cuatro copas ya habían resuelto la dificultad que el gobierno en varios meses no lograba parar. Y en seguida corregían los errores de los distintos países del orbe. Más allá, en un rincón, alejados de los gritos del televisor y sus admiradores, cuatro escritores jóvenes, que también hacían algo de periodismo cultural para redondear presupuestos, hablaban de literatura. Al frente tenían una botella mediada de ron.

—¡Arriba, arriba el Pelos Ramírez! —gritó de pronto Parrita, sobresaltando a la concurrencia, en el justo momento en que el Pelos burlaba a dos contrarios, con pasmosa agilidad eliminaba a los defensas y hacía un formidable tiro a ras del suelo que el guardameta no pudo atajar. ¡Gooooool! La Universal se estremeció. ¡Ganamos! ¡Gooooool! Ganamos, insistía Parrita como si hubiera dado el pase que provocó la jugada del triunfo. Sólo faltaban unos instantes para que el partido concluyera. Señores, decía el locutor, es emocionante la forma en que nuestros muchachos han jugado poniendo los colores nacionales en un sitial de primera, junto a los mejores del mundo. Moviendo pelota de primera intención, con balones rápidos y largos, metiéndose entre los extremos para llegar a la portería y disparar cañonazos que hicieron sudar al guardameta extranjero. Al fin, en una jugada magistral del Pelos, el portero no tuvo nada que hacer y la de gajos se coló a las redes; tres a dos favor nuestro y no olvide que la cerveza campeona, la morena clara, se bebe bien fría, igual que el Banco de Ideas Modernas, su banco favorito y

cuando maneje una Coca-cola asegúrese de que el jabón Colgate está en su sitio, en el refrigerador Hielum. Ahora suena el silbato y con/

Parrita invitó tres rondas seguidas en honor del Pelos y luego se encaminó, tambaleante, al baño; al pasar frente a la mesa de los periodistas aficionados se detuvo.

—¿Y ustedes, qué hacen tan apartados? ¿No vieron que ganamos? Ganamos: Ge, a, ene, a, eme, o, ese.

—¿Qué ganamos, señor? —respondió uno de ellos, seria, tranquilamente.

—Ganamos en futbol, pendejos.

A coro:

—Aaahhh. ¿Y en qué round?

—¿Quieren tomarme el pelo? Fue por tres goles a dos.

—Una proeza —a coro nuevamente y luego uno añadió:

—Tómese una copa con nosotros para festejar la victoria —porque había concebido monstruosa idea: en la mañana le regalaron una bandera nacional adherente, para pegarla en el coche; puede ponerse sobre cualquier superficie, decían las instrucciones, y quería comprobarlo: quitó rápidamente la cubierta y la colocó en la silla que intentaba ocupar Parrita.

—Está bien, pero sólo una, porque allá están mis colegas. Sirve que les doy algunas lecciones deportivas; aunque yo cubro fuentes políticas, siempre me ha interesado el músculo.

Y comenzó una larga hilera de sucesos atléticos sazonado con toques de chovinismo. Concluyó y al fin fue al baño con los colores patrios en el trasero.

Todos continuaron bebiendo y platicando. Todos en La Universal. Parrita seguía brindando por el golazo del Pelos, qué caray, tenía que ser mi paisano. ¡Una porra para el Pelos! Y se puso en pie, dirigiéndola.

De pronto, otro periodista (del grupo que solucionaba los problemas mundiales) clavó su nublada mirada en donde Parrita echaba loas a su ídolo, cómo grita ese tipo, y la fijó en la espalda del jefe de festejos, luego fue bajándola y así descubrió la insignia nacional en ¡las nalgas! Titubeó: no sabía si cuadrarse militarmente ante ella en respetuoso saludo o ir a darle su merecido al lépero que traía en tan mal sitio la bandera. Optó por lo segundo y sin más fue hacia Parrita y le asestó un tremendo gancho en la mandíbula: con la derecha de abajo hasta la quijada con todo su peso (unos noventa kilos). La cara del agredido crujió y cayó al suelo, claro está, con el resto del cuerpo, estrepitosamente noqueado.

—Miserable, traidor, comunista (nótese que utiliza la palabra comunista como adjetivo insultativo) —y procedió a desprenderle la bandera del trasero, la besó amoroso y la guardó en la bolsa interna del saco.

Los amigos de Parrita, que ya estaban muy tomados, quisieron intervenir, pero viendo la fuerza del tipo aquel y lo bien que estaban sin los constantes berridos del ahora desmayado, prefirieron dejar las cosas sin venganza y pidieron otras copas. Antes acomodaron el cuerpo de Parrita entre cajas vacías para que los borrachos no lo pisotearan.

Parrita, hombre de ideas avanzadas, de izquierda constitucional, como se autocalificaba, trabajaba en el periodismo desde muy joven. Primero sufrió mucho y pasó dificultades; al momento, gracias a la ayuda de Lupanales y Góngora, director de *Sol caliente*, cubría las informaciones políticas del Partido de la Revolución Triunfante y de la presidencia; entonces recibía jugosos cheques mensuales para que hiciera bien su trabajo y diera la noticia con *veracidad*, lo que en castellano elemental significa no hablar mal de las instituciones oficiales.

A la mañana siguiente Parrita despertó adolorido y aún en la cantina: sus amigos olvidaron sacarlo de ahí; tenía el cuerpo molido: toda la noche durmió en el cemento de La Universal. Los españoles dueños de la cantina hacían la limpieza y le preguntaron cómo se sentía y si deseaba una cerveza o un caldo de camarón para reanimarse (era un cliente magnífico, por ello las consideraciones). Parrita decidió lo primero y con avidez bebió la cerveza helada.

Sobó su mandíbula.

—Ay, don Venancio, ¿quién me pegó?, ¿por qué?

—Pues anda, no lo sé. De pronto os vi tirado y no supe el origen de tal tortazo.

Pidió otra cerveza. Eran las diez de la mañana y los clientes comenzaron a llegar por docenas a tomarse la primera para escribir un buen artículo. En eso estaba Parrita, cuando del periódico llegaron a avisarle que su esposa había fallecido. La cerveza cayó al suelo y pidió que le repitieran la noticia, se la repitieron. Gritando de dolor fue por su automóvil y como pudo llegó a su casa. Los familiares y amigos ya se movían de un lado a otro llorando, haciendo trámites para el entierro, simplemente hablando de las virtudes de la difunta. El viudo interrumpió en forma estruendosa.

—Se me fue, se me fue, la compañera de mis desvelos...

Y corrió al féretro y lloró larga y desgarradoramente.

Un familiar se acercó y con brutalidad lo silenció: una botella de coñac francés.

—¿Cómo fue? —preguntó el periodista.

—Un infarto, hermano. Mientras preparaba la cena.

—Fiel hasta la muerte: estaba haciéndome de cenar mientras yo cumplía con mi deber —dijo en voz alta.

Parrita era famoso e importante no sólo por sus artículos sobre política presidencial, sino también por sus libros sobre política presidencial. Y las coronas y las condolencias llegaban a cada instante. En eso, Fernández (uña de carne de Parrita) le dijo al oído:

—Conozco tu dolor, es tremendo, pero ¿no crees que alguien debería ir a la presidencia a avisar de la muerte de tu señora y luego al PRT?

Parrita le contestó entre lágrima y lágrima:

—Hazlo tú, recorre mis fuentes y luego del entierro nos vemos en La Universal. Mi vida seguirá siendo la misma aunque por dentro lleve el alma partida y el corazón destrozado.

La occisa tenía cara de satisfacción; Parrita no la vio porque se negó a abrir el féretro (quiero recordarla viva). Tantos años de malos tratos, a patadas y gritos porque no sabía quién fue el campeón mundial de peso welter en 1967. Parrita arruinó la existencia de la desdichada mujer. Jamás la paseó, siempre la tuvo en la cocina. Cínicamente Parrita recibía telefonemas de jovencitas con las que sostenía eufóricos romances. Así es que, en efecto, descansaba en paz.

Después del entierro, Parrita dirigió su automóvil a la zona de trabajo y de cantinas. Iba de negro, con lentes oscuros, que debió ponerse antes de la ropa, pues no se dio cuenta que la corbata era morada con verde. Llegó a la barra de La Universal y pidió un brandy. Todo el mundo le daba el pésame y luego se alejaba respetando su dolor. Al fin lo alcanzó Fernández (rostro triunfal que en el acto cambió por uno más ad hoc). Cautelosamente se acercó a su compañero y habló con voz discreta:

—Tardé porque también fui a mis fuentes y ahí dije que tu esposa era mi hermana; lo mismo, me dieron para el entierro. Nos fue bien, traigo la cartera repleta. Lo del seguro lo cobras mañana.

Parrita palpó el bulto que le ofrecía su amigo, pero nadie pudo ver su expresión de inmensa alegría a causa de los grandes lentes ahumados.

## *Los sucesos*

### **1**

Habían pasado dos horas desde que se llevaron a Sergio de la prisión donde estuvo recluido con varias docenas de jóvenes y cinco adultos. Los que permanecían ahí aguardaban ansiosos algún ruido (informaciones no: tal posibilidad era remota) que los orientara sobre el destino de Sergio y de los primeros compañeros que fueron sacados a empellones.

El lugar: algo como una vieja y deteriorada caballeriza, con ventanas diminutas y muy altas: escasa filtración de luz; al fondo, exactamente frente a la puerta única, un baño maloliente para hombres y mujeres; las proporciones eran como de veinticinco por veinticinco metros y las paredes alguna vez estuvieron encaladas.

Hasta ahora nada se escuchaba fuera de ciertos murmullos ininteligibles que bien podían ser de animales, seguro caballos, o bien producto de quehaceres soldadescos. Al anochecer los prisioneros perdían el contacto con la realidad y un mundo solitario, de temor y sospechas se iniciaba. La realidad volvía cuando las toscas pisadas de los centinelas golpeaban el suelo provocando sonidos metálicos o cuando la luz solar iluminaba la desolada construcción (sus muros impudicamente exhibían letreros que hablaban de la sucia mentalidad de quienes tuvieron acceso a ellos, antes que el grupo de estudiantes pusiera lemas favoreciendo a su movimiento, quizá pensando que estarían unas horas y luego de nuevo a la libertad). Al momento ya nadie utilizaba las paredes frías, húmedas y resbaladizas. Las ventanas estaban demasiado altas: imposible asomarse y la oscuridad absoluta impedía atisbar por las rendijas, muy pequeñas, de la puerta que los separaba de un aire menos viciado, más fresco. Alguien traía cigarros, dos o tres, y después de tomar el primero entregó la cajetilla a los más cercanos. De cualquier manera,

los cigarros circularon por muchos labios y el humo penetró en distintos pulmones. Las mujeres, algunas más bien, seguían intentando ver u oír por las rendijas. El cansancio físico, junto con el nerviosismo, el hambre, los golpes, la incertidumbre, el miedo, hacía que las respiraciones fuesen angustiosas, como si el oxígeno faltara. La única silla, desecho de una oficina militar, no era ocupada. Varios jóvenes caminaban de un sitio a otro; algunos más presionaban sus cuerpos contra las paredes, sin duda tratando de fusionarse con ellas para definitivamente ser ajenos al horror. De nuevo el ruido de las botas los hizo aguzar el oído: la vigilancia habitual: el ruido que noche tras noche provocaba insomnio. A ciertas horas, no importa cuáles, una voz desagradable y extraña decía: ¡Sin novedad y alerta! Por lo regular se dormía mejor de día, después de los escasos alimentos o después de los interrogatorios del atardecer, antes de que los soldados llegaran a escoger al próximo.

Un coronel de aspecto perruno, agresivo como perro boxer, entró uno de los primeros días; atrás de él, soldados. Se puso en el centro del lugar y revisó las caras asustadas de los prisioneros: ojos muy abiertos en todos los casos y una expresión de temor que trataban de reprimir controlando sus gestos, pero la maniobra facial era inútil: el miedo ocupaba su lugar en cada pedazo de carne, de hueso, de nervio, de músculo. Al fin señaló a uno:

—Tú, acércate. ¿Eres dirigente, verdad? Compañeros tuyos cantaron y dijeron que jugaste un papel importante en el movimiento. Tu propia familia ya identificó las fotografías que te sacamos.

No hubo respuesta. El coronel se acercó al joven y estrelló el puño en su boca temblorosa. Una mujer soltó un gritito, un grito que no llegó a serlo. El muchacho ni intentó limpiarse la sangre que escurría por sus comisuras, la dejó hasta que el aire fue petrificándola, deteniendo su recorrido por la barba y el cuello. Pero antes que la sangre comenzara a coagularse, el estudiante rehizo en el cerebro los brutales interrogatorios: ¿qué podía decir? Ni era dirigente ni conocía con exactitud a los guías del movimiento. Su participación fue la concurrencia a mítines, manifestaciones y a veces estuvo en otras tareas como recolección de dinero, elaboración de propaganda y así por el estilo. El silencio que se formaba cuando el coronel dejaba de hablar era terrible. Los soldados, frías máquinas de matar, se mantenían en posición de firmes, serios, sin mirar a nadie en especial y atentos a todas las reacciones del grupo prisionero, con sus armas en las manos, sin parpadear, en permanente deshumanización. Sergio Montoya, el muchacho que estaba herido, que llegó con una bala en el cuerpo y que jamás había sido atendido,

permanecía acostado; en alguna ocasión hizo un comentario al respecto: Si los soldados son heridos, no los curan, los componen, los llevan a un taller mecánico y no al hospital; les ponen piezas de refacción, piezas verdes, repuestos de su talla y modelo. Eso fue antes, cuando Sergio era libre y participaba de lleno en actividades políticas, cuando podía reírse o leer o hablar. Ahora sentía miedo, pero seguro no tanto como el muchacho golpeado. La secuencia pareció desarrollarse en cámara lenta: la entrada del coronel, su inspección, el puñetazo, fueron movimientos casi arrastrados. Sergio veía al coronel que a su vez veía con odio gratuito a sus compañeros e interrogaba a uno y lo golpeaba abusando de su fuerza y posición y tenía tiempo para recordar el poema de Guillen donde hermana soldados y pueblo.

El jefe militar (no traía uniforme ni insignias, pero todos le decían coronel) se acercó a tres mujeres que permanecían juntas, en actitud defensiva: dos jóvenes, una mayor. Nada les dijo. Las miró largamente. Insolentemente. El busto, las piernas, los rostros; en la más bonita fijó sus ojos de can. Ellas imaginaron cosas terribles. De pronto, volviéndose con celeridad al interrogado, haciendo gestos y ademanes dramáticos, expresó:

—Sabemos bastante sobre tu actuación. Hay quien te vio portar una pistola y está dispuesto a confirmarlo —y luego subió la voz para que todos oyeran el tono empleado: de energía y rabia—: Necesitamos a los líderes — siempre hablando en primera persona del plural, como si lo hiciera a nombre del ejército y del mismo Estado—. Si a partir de mañana no dicen quiénes son, comenzaremos a fusilarlos, uno cada día, y tú serás el primero — concluyó dirigiéndose a los ojos desorbitados que tenía enfrente.

Cuando salieron los soldados, el adolescente lloraba. Rechazó a quienes intentaron tranquilizarlo, darle palabras de consuelo. Ya sentado en el suelo trató de organizar sus pensamientos. Durante un rato pensó miles de tonterías y por último, cuando sus nervios lograron cierta estabilización, dirigió su mirada a Sergio: ahí estaba uno de los que buscaban; lo recordó hablando en un mitin, con frecuencia lo había visto en las asambleas, es de los más importantes. Casi al mismo tiempo un recuerdo brotó de su cerebro aturdido: en repetidas ocasiones dieron la consigna de proteger a los dirigentes.

Al día siguiente llegaron los militares de nuevo; el joven estaba hecho un montón de dudas y temores. Como nada dijo después de que el coronel lo obligó a pararse, hizo pensar a sus compañeros en su admirable valor; así lo sintió él mismo y el con-que-prefieres-callar-pues-a-fusilar-al-primero, del militar, no le produjo escalofríos como esperó durante la noche. El coronel, antes de salir, dijo con ironía:

—Recuerden: mañana vendremos por otro.

La cara del perrocoronel quedó dentro de la improvisada cárcel. Patricia sentía horror y repugnancia por aquel hombre obeso y de gran altura, pelado a rape, de tez clara, ojos de sapo blancuzco. Una ocasión, venciendo el asco, se dirigió a él; trataba de exigir atención médica para Sergio; desde su lugar gritó que había un herido con un hombro infectado y que si lo dejaban así empeoraría.

—Eso debieron pensar antes de meterse a alborotar, niña —dijo el coronel mostrando su dentadura canina e inflando los cachetes hasta convertirse en un bien alimentado bulldog.

Pero cuando sacaron a los condenados a muerte no pudo abogar: ella como el resto estaban vencidos.

Cada día moriría uno. Sin previo juicio, sin ninguna razón lógica o al menos coherente. Sólo para obligarlos a decir lo que ni remotamente saben y que viéndolo mejor no existe: la siniestra conjura internacional de fuerzas subversivas para acabar con el orden, etcétera, etcétera. Ignoraban las respuestas que deseaban sus aprehensores. Sí, coronel, era una conjura: interplanetaria. ¿Los rusos? Claro que no. Los rusos tienen excelentes relaciones con los gobiernos latinoamericanos, especialmente con el nuestro; además, ellos pugnan por las vías pacíficas, son contrarios a la guerrilla, a la lucha armada, pero los coreanos la fomentan, dan oro de Pekín, que por supuesto no es tan bueno como el estadounidense o el inglés, pero que sirve para comprar armas. Siga, siga. En efecto, las armas que usamos para matar inermes soldados que ocupaban incómodos sitios dentro de tanques eran de procedencia roja. Ya esperábamos esa respuesta; por supuesto, la esperábamos. ¿Y cuál fue el papel de los barbones? ¿Barbones? Los cubanos. Ah. Fueron intermediarios para que recibiéramos el oro pekinés. Íbamos a la embajada de Cuba, dizque a una fiesta y ahí, dentro de un pollo asado, nos entregaban el dinero. ¡Quién lo hubiera imaginado! ¡Un plan verdaderamente diabólico! ¿Y dónde compraban las armas? En un supermercado clandestino de implementos bélicos. ¿Qué hicieron los políticos, porque sabemos que muchos traicionaron al Caudillo? Daban hojas de rasurar para que les cortáramos la yugular a los granaderos. Qué infamia. Continúe. Nos ayudaban a redactar volantes y desplegados; todos los que tenían sintaxis deplorable, por ejemplo, los redactó el ex jefe del Partido de la Revolución Triunfante. ¿Y seguramente pensaron en un complot para asesinar al señor Presidente, no? Claro. Este plan se elaboró con ayuda de los pintores. Efectuarían un mural en casa del Caudillo: modesto homenaje por su cumpleaños. Dentro de un pincel



iría una bomba atómica de bolsillo. Cuando el mural estuviese concluido, dejaríamos parte del material utilizado, incluyendo el pincel-bomba y ¡puuuuuuummmmm!, desaparecería el dictador, digo el señor Presidente. Luego tomaríamos el poder sembrando el caos y la destrucción y para finalizar permitiríamos que los chinos instalasen bases nucleares para atacar a los EUA y a la URSS. Monstruoso, apenas concebible. Estoy aterrado. Por fortuna detuvimos a tiempo la conjura internacional y salvamos al país y al mundo libre. Los que colaboraron con las autoridades tendrán diez años de prisión rehabilitadora. Para los esforzados servidores de la patria (soldados, granaderos, agentes secretos, *et al.*), considerables aumentos de sueldo, otras prestaciones y un día de descanso. Los que se distinguieron serán premiados con un viaje para tomar cursos antiguerrilleros bajo la dirección de los boinas verdes.

El coronel volvió. Caminó teatralmente por entre los detenidos.

—Ya uno de ustedes soltó la sopa —gritó—; antes de morir fusilado acusó a varios y nos puso en la pista del complot. Para ser sincero: los que salieron de aquí confesaron plenamente su participación en los disturbios. Por lo tanto, el muchachito que fusilamos ayer en la tarde te acusó a ti —señaló a Sergio—; así que vas a otro sitio para ser interrogado con los elementos necesarios. Parece que eres parte vital de la conjura comunista; tus antecedentes no pueden ser mejores. Muy bien. Jamás pensamos que tuviéramos un pájaro gordo en esta celda. Y para todos una buena noticia: por órdenes superiores se suspenden los fusilamientos.

Sergio apenas oyó las palabras del coronel y en forma muy confusa se enteró de que hablaban de él. Tenía cuarenta grados de temperatura. La herida estaba infectada. Supo, en medio de la fiebre, que ahora lo habían elegido para fusilarlo y en la situación en que se encontraba no le quedaba mucho que escoger. Resignación, al día siguiente otro le sucedería: uno cada día hasta acabar con los detenidos que no eran pocos. Las mujeres correrían el mismo camino que conduce al paredón. Pagaban con creces su osadía de retar al régimen poderoso y todoomnipotente, como un dios cruel y vengativo.

Ya lo habían sacado los militares. Sus compañeros no ignoraban el papel de Sergio durante el movimiento, tampoco desconocían su trayectoria. Lo despidieron silenciosamente y hubo lágrimas. E imaginaron que pese a las palabras del coronel, Sergio había salido para ser fusilado. Al cerrarse las puertas comenzaron las conjeturas. De nuevo a tratar de oír algún ruido significativo a través de las rendijas de la puerta. Y así hasta que el cansancio y el sueño fue obligando a los jóvenes a recostarse en el suelo. Patricia no

estaba lejos de su mamá y su hermana. Dormitaba, sólo dormitaba, quería escuchar la descarga, la misma descarga seca y uniforme que escuchó cuando sacaron al anterior muchacho cuyo nombre le era desconocido. El último que salió para ser fusilado. Eran como las tres de la mañana cuando Patricia oyó un disparo; despertó plenamente. No había sonado muy lejos, quizás en el campo de tiro o en el improvisado paredón, a unos cuantos metros de la enfermería (conocía esos sitios; el coronel obligó a los prisioneros, o depositados, como solían llamarlos en el campo militar, a visitarlos. ¡Mírenlos bien!, rugió el guía, ¡aquí terminan los agitadores!). Patricia, levantándose sobresaltada, buscó el origen del ruido. Era raro que ejecutaran a alguien durante las primeras horas de la madrugada y más raro que lo ejecutaran de un tiro. Siempre lo hacían al anochecer, para que todos estuvieran despiertos y oyeran la descarga y sirviera de escarmiento. Pero realmente en tiempos como los que estaban corriendo nada era raro: lo común era la anormalidad.

Patricia pensó en Felipe. Estaba en la Plaza de la Cultura en el momento en que comenzaron a disparar. Plaza de la Cultura: ja. Lo vi. Muy cerca de los puntos donde aparecieron agentes secretos. La muchacha se sentó en el borde de la única silla. Aún no lograba reponerse de la impresión recibida por el tiro, pese a que los ruidos de armas eran frecuentes, últimamente diarios. Había otra posibilidad: que mataran a los compañeros de madrugada para que los prisioneros surgieran del sueño como quien despierta de una horrorosa pesadilla, larga, llena de fatigas mentales condicionadas por el sufrimiento y la angustia y entrar de lleno en otra pesadilla peor por su realidad, porque de ella no puede despertarse, porque se puede tocar, oler, sentir. Recordó un poco. La población vivía en completa intranquilidad y ni los festejos que se avecinaban (cumpleaños del Presidente y Semana Deportiva Internacional) podían calmarla. Antes de la matanza de la Plaza de la Cultura la ciudad de hecho estaba en estado de sitio: tanques patrullando las calles, soldados y policías vigilando y helicópteros que cruzaban el cielo para informar a tierra de las concentraciones de jóvenes. Al principio el número de detenidos no era considerable y de los muertos no había ninguna certeza porque no aparecían los cadáveres. Aún podían realizar mítines y manifestaciones y los estudiantes recorrían grandes zonas diciéndole a la gente las razones de su movimiento. La presencia de la prensa extranjera por los festejos contenía al gobierno de acciones más fuertes. El Estado no parecería gorilato, pero tampoco iba a mostrar debilidad: cincuenta años ejerciendo el poder absoluto le impedían permanecer sin furias ante un grupo de muchachitos. De cualquier manera, ya habían puesto en evidencia al país en el resto del mundo. La imagen de la

república pacífica y tranquila, feliz y satisfecha, sin lucha de clases, de unidad nacional en torno de sus líderes y de su revolución cincuentona que prevalecía en el extranjero, se borró luego de los violentos choques entre estudiantes y fuerzas militares y policiacas, luego de la ocupación de los planteles educativos superiores por el ejército. Y el clímax, la punta de la pirámide: la matanza de la Plaza de la Cultura y la detención de miles de personas jóvenes y adultas.

Patricia se levantó y fue a la rendija a tratar vanamente de mirar algo que la orientara respecto al origen del disparo: una oscuridad densa lo impidió. Casi a tientas regresó a donde dormían su madre y su hermana menor, por entre los cuerpos desordenados de los presos.

En realidad, levantaron a Sergio para llevarlo a la enfermería: tenía muchas cosas que decir y su buena salud era indispensable; le extraerían la bala. No utilizaron camilla. Un médico aguardaba cerca de la mesa de operaciones, lo asistían dos enfermeras. Ahí estuvo cerca de una hora y salió rumbo a un cuarto deplorable pero limpio, con cama y baño.

La fiebre de Sergio descendía; el efecto de la anestesia y la extrema debilidad lo agitaban. Inquieto, se movía en la cama. La puerta del calabozo en que se encontraba fue abierta con violencia. Él, tapado con una chamarra vieja, quiso incorporarse. No pudo. En el hombro derecho tuvo incrustada una bala que le provocara intensa hemorragia... Tres soldados penetraron bruscamente. Los encabezaba un hombre de facciones caninas, de perro viejo y malvado, que comenzó a ladrar y unos segundos después o los ladridos se convirtieron en palabras o se hicieron inteligibles para Sergio.

—Arriba, desgraciado. Ya te toca.

Sergio fue levantado en vilo por dos militares. La chamarra resbaló y el cuerpo del agitador estudiantil quedó en pie, tambaleante. A los flancos se colocaron los soldados quienes tuvieron que sostenerlo por los brazos. El coronel hizo una señal para que lo siguieran. Así fue: los rasos llevando a Sergio se dirigieron al campo de tiro; lugar donde esperaba una hilera de hombres armados e impecablemente uniformados con botones e insignias lustrosos; sus rostros eran fantasmales. A unos cuantos pasos de ellos, dos agentes secretos, cubiertos con gruesos abrigos, también aguardaban a que se aproximara el condenado a muerte. Sergio, conducido por los soldados, ocultando su pavor a la muerte, llegó al lugar señalado para la ejecución. En apariencia permanecía impassible, sereno: su cara no expresaba nada, nada; pero en realidad todo su cuerpo era una máscara sucia y sangrante que ocultaba sus sentimientos. La mano izquierda sobre el hombro contrario,

tratando de contener la hemorragia. Lo colocaron junto a la pared —llena de pequeños agujeros— y el pelotón se puso en posición adecuada. Sergio, sintiendo que perdía el conocimiento, miró a los agentes, los mismos que durante horas estuvieron interrogándolo, los mismos que entraron junto con los soldados para sacarlos de casa de Patricia. Un militar le vendó los ojos. Por el lugar retumbó la voz del coronel: ¡Preparen! Moría como héroe, sólo que ninguno de sus compañeros (asesinados, prófugos asilados) estaba presente, ni siquiera Graciela o alguien que fuera a contar su valerosa muerte. Retiró la mano del hombro e imaginó las bocas reducidas, negras, sin fondo de las carabinas que fatalmente le amenazaban. ¡Apunten! Un fugaz segundo le permitió seguir pensando en su heroicidad ignorada. ¡Fuego! Sergio moría con lentitud, el pecho destrozado por los impactos, cayendo en un pozo oscuro e infinito y tal vez por ello no pudo ver cuando el coronel penetró con dos compañeros de la prisión, los mismos que salieron para ser fusilados y que nadie suponía vivos.

—Mírenlo bien —ordenó el coronel—. ¿Es él?

—Sí, es él. Estoy seguro.

—También yo.

—Perfecto. Vámonos.

Y volvieron sobre sus pasos, dejando a Sergio descansar, reponerse de la operación hecha para extraerle la bala que tenía incrustada desde el día de la matanza de la Plaza de la Cultura, una semana antes.

Para el cumpleaños del señor Presidente, el Congreso, secundado por el Partido de la Revolución Triunfante (que reúne a los principales sectores del país: obrero, campesino y clase media), organizó una serie de festejos sensacionales. Con semanas de anticipación, prensa, radio y TV los anunciaron. Y como si no bastara, varias agrupaciones cívicas se dedicaron a pegar manifiestos en las bardas disponibles, donde no había anuncios de Coca-cola o Ford. Como regalo al Caudillo, la iniciativa privada concedió la promesa de mayores inversiones y menos fugas de capital para suplir los ingresos perdidos por la ausencia de turismo debido a los disturbios estudiantiles. Fue cuando el jefe del Estado pronunció otras frases inmortales: Iniciativa Privada y Gobierno (él utilizó las mayúsculas) de la mano, para la senda progresista del país. Todos en la economía mixta.

El programa era extenso y variado, a base de festividades cívicas y deportivas, tal como indicaba su sistema de ese sexenio, porque trabajaba por sexenios y en cada uno era una persona distinta y sin embargo la misma: variante múltiple de la Santísima Trinidad. La Oficina de Protocolo Presidencial buscó darle a los eventos un matiz nacionalista, pues un senador, justo el senador Eufrosio Zárate, recordó que su excelencia detestaba lo extranjero, sobre todo en materia culinaria: lo enloquecían los antojitos, los moles y los tacos. No olvidemos, dijo el senador, que odia lo que carece de profundas raíces en la patria morena; lo que no es absolutamente nuestro no conduce a ningún lugar; sólo hay un camino —citó al Caudillo—, un destino: nuestro país y su gloriosa Revolución, la primera del siglo y la de mayor contenido humano y social. Sin embargo, la presencia del cuerpo diplomático acreditado aquí y el decano, el embajador de los EUA, obligaron a los organizadores a incluir números cosmopolitas. Por último, Zárate pensó que

un celo excesivamente nacionalista podría alejar a las transnacionales. Una cosa es que hablemos mal de ellas en los foros internacionales para hacer un papel digno entre los tercermundistas, otra es dañarlas aunque sea en estas cuestiones.

Los legisladores que escuchaban a Zárate aplaudieron muchísimo y gritaron al unísono, como una sola voz magnífica y elocuente, con devoción genuina:

¡Salud y justicia social, sufragio efectivo  
y nada de reelección!

Al llegar el tan esperado día, el mandatario aprovecharía la oportunidad para lanzar un mensaje político contra los revoltosos estudiantes que venían agitando desde tiempo atrás.

Buena programación para festejar al hombre —símbolo viviente de la gloriosa gesta revolucionaria— que lleva años gobernando al país y que sexenio a sexenio obtiene el voto de las mayorías para conducirlo con mano férrea y segura, como sólo pueden hacerlo los grandes estadistas.

El buen día debe quedar más o menos así, decían los organizadores. En la mañana diez mil mariachis entonarán canciones frente a la residencia del mandatario. Eso como a las nueve antes meridiano, porque a las diez en punto los militares —representados por varios generales cuyos pechos están salpicados de medallas— irán por el señor Presidente para colocar una ofrenda floral en la tumba del Revolucionario Desconocido, abajo del monumento a la Revolución Triunfante. Allí harán una guardia, mientras los niñitos más aplicados de la República, con ropas tricolores, desfilen ante ellos. Simultáneamente en las Cámaras se entonará el himno nacional. Y por todo el país, en cualquier lugar habitado, habrá discursos. Bravo.

[El Monumento a la Revolución Triunfante es una enorme figura ecuestre del Caudillo, de más de cien metros de altura, la mayor del mundo en su género. El animal de abajo está parado sobre sus cuartos traseros y por una pata puede penetrarse al interior; un elevador conduce a los visitantes hasta el sombrero (giratorio) de charro, donde uno admira la ciudad en sus colosales dimensiones.

El bronce utilizado en la escultura se obtuvo de la fundición de más de mil cañones que atronaron durante la gesta libertaria y la obra de arte es producto de la inspiración y el cincel de Vargas López, escultor que hizo estudios en Bonn, gracias a una beca otorgada por el gobierno.

Se trata de una obra de carácter nacionalista y en ella no podrían encontrarse influencias de modelos extranjeros. En el vientre del caballo están

grabados los nombres de los generales que lograron el triunfo sobre la dictadura. Alrededor del inmenso monumento hay jardines y flores que rinden perenne homenaje a la tumba del Revolucionario Desconocido, que no es otro que el mayor Higinio Pantoja, brazo derecho del Caudillo y de los primeros en entrar en la capital luego que el dictador huyó derrotado hacia Europa, en 1911. En el piso de mármol, no lejos del fuego eterno —donado por la compañía Stándar Gas, filial de la Stándar Oil—, están inscritas las hazañas del mayor Pantoja que también fue constituyente del 17 y le decían el Desconocido, porque era poco conocido, más bien discreto, como ha juzgado imparcialmente el historiador Nepomuceno Ortigosa, en su biografía del Caudillo y sus compañeros de lucha.

La gran figura que monta al caballo tiene en la mano derecha un fusil, que obviamente simboliza a la patria y en la izquierda un machete flamígero, que obviamente representa el repudio al comunismo; en el rostro hay una severa expresión de coraje y bondad bien lograda por Vargas López. Es la Revolución que desde ahí vigila.

Página tomada del libro por fortuna inédito *Yo también te amo, Patria mía*, del licenciado y senador Tomás González.]

En tanto, el Caudillo, su excelencia, jefe máximo, o como le dicen cada sexenio: presidente agrarista, presidente obrerista, presidente caballero, presidente deportista, despertaba después de una mala noche: el no encontrar soluciones rápidas y eficaces al problema estudiantil lo irritaba.

Cualquiera que hubiera visto con atención la cara del jefe único y verdadero se habría dado cuenta de las pronunciadas ojeras que padecía y que apenas disimulaba la capa de maquillaje. Habría que retocar. Después del desayuno volvió a su habitación; ahí lo esperaban peluqueros, manicuristas, maquillistas, técnicos en el arte de mejorar rostros, manos y hasta pies. El rostro ajado del jefe de la Revolución debía cobrar vitalidad. Al entrar en su recámara se dirigió a un sillón como de odontólogo; se arrellanó. Sin demoras los expertos se inclinaron a trabajar sobre él. Con habilidad retocaban cejas, ocultaban arrugas, teñían el pelo...

Mientras, dos hombres comenzaron a recitarle los acontecimientos más notables del día anterior; noticias nacionales y extranjeras, estado de la economía del país, cuántas escuelas entregó el ministro de Educación, qué negocios había realizado el gobernador tal. Mentalmente iba tomando nota y en cada caso daba instrucciones precisas de lo que debería hacerse. Nada era dejado al azar: todo lo consultaban y le pedían aprobación o negación. Ésta era la práctica.

Los maquillistas concluyen.

El Caudillo se levanta, se mira en el espejo y dice que no está mal. Acto seguido: Espejito, espejito, ¿quién es el mejor gobernante del mundo?, ¿quién podría solucionar las dificultades del planeta desde la ONU? La voz de Joaquín, su secretario particular, responde: Tú, el representante de la mejor revolución del universo. El Caudillo da las gracias al espejo y con un ademán despidió a los renovadores de rostros.

Pero el maquillaje es lo de menos. El Presidente está acostumbrado a usarlo. Lo molesto es la operación de cirugía plástica a la que sexenalmente se somete con claros sacrificios democráticos, para darle a su pueblo variaciones políticas sobre un mismo tema: la Revolución Triunfante. El simple cambio de programa no es suficiente: una cara nueva es imprescindible, es un proceso renovador; indica sucesión; crea un clima de confianza en las instituciones, hay movilidad social, más empleos. Llegado el momento, lee su último informe presidencial y se prepara física y mentalmente para la modificación. Cirujanos plásticos hacen un trabajo superior, perfecto, casi artístico. Las transformaciones son hechas de acuerdo con los factores reales de poder (iglesia, banqueros, embajada estadounidense) y las exigencias del momento. Asimismo, cuenta la opinión del *anterior* presidente sobre su nueva metamorfosis. A la vez el candidato recibe dosis de glándulas de mono (tal vez por esta razón en ocasiones se comporte como orangután o su físico afiance las teorías darvinianas) y tratamientos rejuvenecedores que incluyen hormonas. De la clínica emerge un hombre revitalizado para ir a la campaña y ganar las elecciones. Un fichero indica las aficiones correspondientes a ese periodo presidencial y una computadora da el programa. Nada debe olvidarse. Esposa culta dedicada a la infancia, aficiones literarias. De esta manera cada seis años tenemos a un hombre distinto del anterior y siempre el mismo.

El Caudillo, en efecto, había dormido mal. Muy mal.

Tantos años gobernando le pesaban. Estaba solitario, al menos esa impresión tenía. Un hombre con tanto poder está solo. Recordaba sus tiempos de revolucionario, cuando luchó contra el dictador, cuando sin orden ni programa se combatía por mejorar al país. Y vaya que lo conseguimos. Los muertos no cayeron en balde. Se reanimó. He democratizado las instituciones, he creado una magnífica Constitución, estoy haciendo la reforma agraria, industrializando al país...

El Presidente, un poco más optimista, se dirigió a su secretario particular:  
—Joaquín, dime algo positivo.



—Encantado, su señoría. Hace poco más de cincuenta años que se inició el proceso que lo condujo a la primera magistratura. Tomó el poder y desde entonces no ha perdido ninguna elección. El PRT es una aplanadora. Diputados, senadores, gobernadores, todos salen de sus filas, la oposición es débil. Hay que ver lo que dicen los periódicos al respecto: hacen un balance favorable a la Revolución, claro, de qué otra manera podría ser, y advierten que en este sexenio usted ha trabajado más que en los pasados logrando avances espectaculares... Sólo en el exterior hay comentarios negativos, nos acusan de oligarcas, de no resolver los problemas básicos del país, de conducirlo al capitalismo dependiente, en fin, ya sabe usted, calumnias; las agencias noticiosas desconocen la realidad y se dejan influir por los vendepatrias, por los artífices del odio, por las ideas exóticas... Pura envidia por el milagro económico, de ahí la campaña tendenciosa, la exageración acerca del movimiento estudiantil.

—Dormí mal, Joaquín, te ruego bajas la voz. Tuve pesadillas. Soñé que mis colaboradores conspiraban contra mí y que las instituciones estaban plagadas de comunistas infiltrados y que me apoyaba en unos cuantos leales...

—¿Entre los leales estaba yo, señor?

—No podría precisarlo. Todo era confuso.

—Por favor, alteza, recuérdelo. Yo ni en sueños le traicionaría, recuérdelo.

—Está bien, no te desanimes: ahí estabas, entre mis leales.

—Qué peso me quita de encima.

—Además soñé que el Partido perdía las elecciones.

—Imposible, eso jamás sucedería. La situación está perfectamente controlada.

—Lo sé, pero en mi sueño, qué digo, en mi pesadilla, así pasó. Horrible en verdad. Monstruoso. Jamás lograrán algo los comunistas. Ojalá inventaran una máquina que descubriese a los rojos; algo como un detector de comunistas. Cada ciudadano sería probado con ella y a fusilar a los traidores, a marcarlos con hierro candente, a encerrarlos en las cárceles por querer destruir la democracia, la familia, por traer doctrinas ajenas a nuestra idiosincrasia, por querer instaurar un gobierno de minoría dictatorial sobre las mayorías que nosotros representamos.

—Oh, perfecto. Y ¿cuándo podríamos contar con una máquina de tales características?

—Supongo que cuando los norteamericanos la inventen.

—Claro, por un instante olvidé el atraso de nuestra ciencia.

—Por favor, no me gusta que se hable de atraso. Digamos mejor falta de recursos técnicos.

—Por supuesto, no se repetirá —hace tres reverencias visiblemente avergonzado y continúa—. Usted necesita descanso, alteza republicana, águila ascendente, el problema estudiantil y la deslealtad de algunos funcionarios lo han puesto nervioso, irritado, de mal humor.

—¿Cómo sigue el movimiento?

—Por el momento logramos detenerlo. Con la toma de la Ciudad Universitaria por el ejército se han intimidado, ahora conocen nuestra fuerza y el modo en que podemos emplearla para restaurar el orden.

—No basta. Tenemos encima la Semana Deportiva...

—Y su cumpleaños, señor.

—Y mi cumpleaños, como para tolerar desmanes, agitación e insultos a mi persona. Necesitamos solucionar este asunto con energía, con energía, con energía —concluyó la conversación como disco rayado.

Sí. Pero cualquiera lo hubiese hecho. Oí hablar de las torturas policiacas utilizadas con el fin de obtener datos o confesiones; sé de su eficacia. Cuando me arrestaron y fui llevado al campo militar comencé a prepararme para lo peor (sabía de los incinerados y de los tratos que recibían los presos políticos), aunque el horror comenzó en la Plaza de la Cultura. Llegando, antes de que nos metieran en alguna celda, hubo un primer interrogatorio y en seguida otro y otro y se inició una cadena que no parecía tener desenlace. Sergio Montoya, por su herida, tuvo mejor suerte en ese sentido, pero, claro, no le daban atención médica. Soporté interrogatorios y golpes y amenazas y presiones; además, no sabía gran cosa; generalidades, incluyendo el verdadero nombre de Sergio. Me pegaron y nada dije. Una vez me desmayé: mientras un agente me preguntaba, un soldado, o quizás otro policía, por la espalda me golpeó simultáneamente los oídos. Dolor intenso. Nada. Desperté y ¡levántate!, y de nuevo ¿quién los dirige?, ¿quién promueve los disturbios, la huelga?, ¿quiénes les proporcionaron armas?, ¿disparaste contra el ejército?, ¿querían derrocar al gobierno?, ¿por qué pusieron bombas en los periódicos y en las delegaciones de policía? Y volvían a repetir las hasta que pensaba me estoy quedando loco. Los días que estuve con los compañeros detenidos resistí, sus presencias me confortaban, estábamos unidos, teníamos el mismo destino fuera cual fuera. Sin embargo, cuando el coronel me escogió para ser el primer fusilado sentí miedo y no grité ni supliqué por Sergio y por los demás. Era un pavor que se extendía y que bien hubiera podido contagiarlos. Una enfermedad infecciosa, cuyos gérmenes logré apresar en mi cuerpo. Preferí no decir nada; quise jugar al héroe, vivir una película sin happy end. El coronel al fin llegó por el primer condenado a muerte: yo. Ustedes me vieron salir llorando pero sin pedir clemencia. Poco antes las despedidas.

Cada uno me abrazó. Patricia lo hizo también y su madre me besó la frente. Y hubo quienes se indignaron y juraron que mi muerte no sería en vano, que sería vengada, que yo era un mártir, que el movimiento triunfaría gracias a mi sacrificio. Sólo que el muerto iba a ser yo, no otro, yo. Yo. Atardecía. El sol realizaba su cotidiano esfuerzo para no morir y como siempre fracasaba. Caminé pensando mil cosas que ahora no recuerdo. Los soldados andaban a mi lado. Cuando estuve contra la pared, el coronel se acercó y me preguntó cuál era mi última voluntad. O si deseaba un sacerdote. Ah, debes ser ateo. En seguida se alejó para dar las órdenes del fusilamiento. Temblando oí la palabra fuego. Dispararon y pude ver que los soldados apuntaban al cielo, es decir, los rifles que me señalaban de pronto se irguieron. Una risa colectiva fue tan hiriente como las balas. El coronel se retorció de las carcajadas y yo también reía de miedo y de mis pantalones mojados. Y un temblor me sacudía intensamente. Y todos los soldados reían con crueldad, con sus risas analfabetas, animales. No, aún no vamos a matarte, primero tienes que identificar a varios de tus compañeros; necesitamos datos. Los soldados se fueron a una orden del coronel; burlándose todavía, comentando algo sobre la cara que puse a la hora del *fusilamiento*. En compañía de un agente secreto de apellido Coral y del mismo coronel fui a la enfermería, pero no entramos: seguimos de largo. Ya era plena noche, o no tanto, sólo que en los campos militares oscurece más temprano y el silencio llega más rápido que en los lugares donde la vida se vive. En la penumbra distinguí un edificio viejo, de un piso; del lado derecho, como injerto de ladrillo y cemento, se levantaba una chimenea: en el acto comprendí: un incinerador, un horno crematorio, donde seguramente fueron quemados los cuerpos de los compañeros que nosotros considerábamos desaparecidos. Nos detuvo un centinela. Al reconocer al coronel y al agente, no opuso resistencia a nuestro paso. Un olor a perro muerto, a putrefacción, golpeó mi rostro y me obligó a poner la mano en la boca y en la nariz. Tanto el coronel como Coral ignoraron la pestilencia o quizá no les afectaba, les era familiar. Cuando me quité la mano identifiqué otro olor: formol. Alguno de los hombres prendió la luz, no supe quién: estaba ya imaginando atrocidades. La luz era débil, un foco de escasos watts tenía el deber de iluminar una amplia sala. Frente a nosotros había una puerta. Nos dirigimos a ella. Otra estancia iluminada y ahí ¡docenas de cadáveres de jóvenes!: cuerpos amarillentos con algodones en las cuencas de los ojos y en la nariz: muchos estaban mutilados e invariablemente presentaban señales de bala. También tenían grandes costras negruzcas de sangre envejecida. Los cuerpos estaban amontonados sin orden tanto en el suelo como en las mesas

de granito. Eran los muertos durante el mitin de la Plaza de la Cultura. ¡Nunca imaginé que fueran tantos! El coronel caminó entre ellos, tranquilo, observándolos, como diciendo pobres diablos. A veces, cuando un cuerpo endurecido estaba boca abajo, con la bota lo volteaba y un rostro impresionante, grotesco, aparecía ante mis ojos: máscaras de la muerte de un carnaval sangriento en el que participaron soldados y policías tirando impunemente sobre blancos móviles: jóvenes que corrían despavoridos huyendo de las balas. Caras de cartón cuyos gestos todavía revelaban el horror a la muerte. Pásale, ordenó, a ver a quién conoces. Aquí deben estar algunos compañeros de clase, tus amigos. No me moví. ¡Que pases!, gritó el agente policiaco, mientras yo, fascinado, no podía separar la vista de un cadáver al que creía identificar como un condiscípulo mío. Coral me tomó por un brazo y me introdujo de lleno en ese mar de la muerte. La pestilencia se había identificado. ¿Conoces a ésta?, insistió la vulgaridad del coronel a la vez que ponía su bota en el cuello tieso, rígido, de un cuerpo femenino. Tócala. ¿No quieres? Mira bien, es una mujer desnuda; aprovéchate ahora que nada puede decirte, antes que se convierta en cenizas. Y luego gritando como enloquecido: ¡Que la toques te digo! Yo tenía las manos apretadas contra el pecho. Entre el agente y el coronel me obligaron a rozar el cadáver de la joven que hacía poco estudiaba para convertirse en doctora o en maestra de filosofía. En cuanto pude me zafé y corrí saltando los cuerpos. Abrí la primera puerta, pero en la segunda estaba el centinela; un culatazo frenó mi huida. De nuevo me sometieron a un interrogatorio, esta ocasión en la enfermería. Mi sistema nervioso estaba en verdad destrozado. Y cuando Coral tuvo su turno y comenzó a patearme los testículos, llorando, gritando, dije que hablaría. Fue el momento en que delaté a Sergio. Sólo eso. Pero al día siguiente me leyeron un papel que tenía cargos a muchas personas y acusaciones al movimiento tales y como que era comunista, que trataba de aterrorizar al pueblo para tomar el poder y que preparaba tortuosidades para lograr sus fines. Lo firmé. El coronel me explicó no es todo, aún tienes que presentarte a la prensa. Y por menor de edad, del campo militar pasaría al Reformatorio. No pude ser héroe.

Durante el brindis por la vida eterna del Caudillo y su Partido, el ministro de Hacienda pidió la palabra para anunciar una nueva, una sorpresa. El gabinete y los colaboradores cercanos (unos dos mil) hicieron estrecho círculo alrededor del demagohablante.

—Hemos acuñado una moneda conmemorativa con la efigie de nuestro amado guía. Respetuosamente la pongo en sus manos, señor Presidente.

Unos ujieres comenzaron a distribuirla entre los invitados. En efecto: en la moneda aparecía el Caudillo, pero no en traje o de smoking, sino en uniforme de combatiente, el mismo que usó durante la etapa militar de la Revolución Triunfante: botas altas, cananas, un fusil, huaraches y sombrero de palma con un lema: Aunque me maten hago la revolufia.

—Representa —continuó el funcionario— parte de una época muy importante para el país, antes que la Revolución se bajara del caballo para subir al automóvil, lo que debe considerarse como una metáfora del progreso que ahora disfrutamos y no de forma malintencionada. A la prensa daremos un boletín detallado.

Bravos, vivas. Aplausos.

Los generales lucían sus brillantes condecoraciones. Los banqueros y los revolucionarios, ya identificados, paseaban sus finísimos casimires y sus alhajas de oro. Al momento surge la verdadera e inteligente democracia. Por ejemplo, un dirigente obrero también forma parte de varias empresas privadas como ejecutivo, sin que se menoscabe su autoridad en la confederación de sindicatos que maneja —por mandato presidencial, pago a su larga militancia en el PRT, desde hace más de treinta años—. Otro caso: por ahí anda hablando de problemas agrarios e indígenas el aristócrata Caníbal de Iturbide: puesto que ya no hay tierras que repartir, debemos volver a la gran hacienda,

que en una época se denominó latifundio, para que todos tengan trabajo seguro. Mis experiencias no son reducidas: en mi hacienda no hay trabajador sin salario mínimo y con una habitación de adobes, agua, quinqué y una estufita de petróleo.

Cómo está usted, ministro de Educación y novelista. Claro, está perfecto, aunque quizá levemente excedido de peso. ¿Y la reforma educativa? Ya entiendo. Comienza a elaborarse un anteproyecto para calcular las posibilidades de iniciarla. Muy bien. Hábleme de la campaña de alfabetización. Lo imagino: se hacen esfuerzos sobrehumanos, ajá, no tan rápido, pero cada día hay más habitantes y la tarea se dificulta. Aunque con la TV y la radio logran importantes avances, pero como no todos tienen televisor o radio vuelve a dificultarse la tarea. Conozco su enorme interés por erradicar la deserción escolar. ¿Algo al respecto? Magnífico: cada día es menor, el cuarenta por ciento. Gracias.

Oh, y usted, general, perdón, no había visto su bastón de mariscal. Que no es de mariscal: está herido. Ahora recuerdo: fue en la toma a sangre y fuego de la Ciudad Universitaria. Notable acción militar, comparable a las napoleónicas. La estrategia usada para envolverla con blindados es una brillante página. Nadie ignora su trascendencia. Un capítulo para Clausewitz. La envidia de las divisiones Panzer. No me lo diga. Sabemos de qué genial manera utilizaron helicópteros y artillería para ablandar al enemigo. Y ni hablar de las maniobras con tropas antiguerrilleras. Sus bajas fueron mínimas, ¿o me equivoco? Así es: dos soldados heridos. ¡A pedradas, y por la espalda! Una traición, significa una puñalada no al ejército sino a la nación entera. Supongo que algunas de esas medallas fueron concedidas por causas semejantes. Ahí trae usted el Águila Voladora, nuestra máxima condecoración militar. Cierto: la obtuvo combatiendo la huelga ferrocarrilera que amenazaba paralizar la economía del país. Vaya con mi mala memoria. Las más viejas sin duda las ganó peleando contra la dictadura porfirista. Del lado derecho cuelgan muchas nuevas. Sí, sí, anotaré: una por la captura de varios cientos de manifestantes adversos a la tarea del régimen, labor que efectuó con la ayuda de granaderos, bomberos y policías. Ésa por exterminar a un grupo de campesinos que ilegalmente se apoderaron de las tierras de un gobernador. Otra por proteger a un cacique, compadre del ministro de Salubridad. Siga, estoy anotando. Otra por ani, aniqué, aniquilar una guerrilla. La de oro de veinticuatro kilates por allanar las oficinas del Partido Comunista y destruir a cañonazos las imprentas de donde salía propaganda subversiva. Otra por el arresto de intelectuales y profesores de planteles educativos superiores. Y yo

que pensaba que fue obra de la policía judicial. Bueno. ¿Y las condecoraciones que usa en las mangas de su guerrera? Cómo, sí tiene importancia y los lectores de *Sol caliente* deben saberla: usted es una de las personalidades más recias del momento, general. Ah, por batallas pacíficas, en el es-cri-to-rio, trabajando sin fatigas por el país. Es suficiente, no le quito su valioso tiempo, apenas ha bebido tres botellas de brandy; además, veo que el señor Presidente se prepara para hablarle al pueblo. Hasta luego.

El Caudillo salió al balcón acompañado por docenas de personas, como de costumbre. Afuera aguardaba paciente, mansa y mensamente una multitud. En los principales edificios frente a Palacio colgaban grandes mantas que llenas de colorido felicitaban al Jefe Supremo por su cumpleaños y hacían votos por el buen resultado de la Semana Deportiva Internacional, amenazada por los disturbios estudiantiles. Sonaron los honores al Presidente: el himno y la *Fanfarria*. Silencio cauteloso de la muchedumbre. Justo abajo del balcón, ocupando las mismas dimensiones, un tablero electrónico, de esos muy modernos —o ya no tanto, según el país donde esté— que cambian de texto o de palabra en forma automática por medio de foquitos, daba instrucciones precisas. El cielo era cruzado por aviones de hélice que arrojaban papeles con el retrato del Caudillo y exaltaban sus magníficos actos de gobierno, en un bombardeo contra la ciudad, en verdad despiadado. Bellas enfermeras repartían vasos con agua fría (y limones) para contrarrestar los efectos del excesivo calor. Y, por las dudas, estratégicamente colocada, la policía secreta vigilaba en busca de posibles agitadores (adentro de Palacio, pelotones de soldados aguardaban por si su presencia era necesaria). La multitud oía con respeto la *Fanfarria*: lógico: la costumbre condicionaba su actitud. Pero no veía al Presidente; los ojos de los acarreados estaban fijos en el tablero. Al concluir la música, el tablero electrónico funcionó: APLAUSOS. La orden fue cumplida de inmediato y con obediencia unas largas palmas saludaron al mandatario que respondió agitando ambos brazos, muy sonriente.

Los focos formaron otras palabras: MÁS APLAUSOS. La ovación aumentó de intensidad. Manos de burócratas, de soldados en traje civil, de buscachambas, de oportunistas, de miembros de sindicatos blancos, de campesinos enajenados, de miembros del Partido de la Revolución Triunfante, chocaron entre sí con violencia. Y trabajaban fotógrafos, camarógrafos, especialistas en grabaciones...

Otra vez hubo un cambio en el tablero: PORRAS. Cuando el letrero indicó silencio con sus foquitos, cesaron las demostraciones de cariño y respaldo al Presidente, quien inició su largo mensaje. De vez en vez, utilizando el criterio



propio, el manipulador hacía funcionar el letrero según la importancia de lo expresado y así pedía aplausos, ovaciones atronadoras, gritos y vivas, etcétera. Habló de la bandera profanada por los estudiantes, de su soledad palaciega, de sus manos tendidas al pueblo en actitud paternal; habló de los héroes que hicieron triunfar a la Revolución Triunfante (*sic*), de las distintas etapas por las que ésta había pasado desde que siendo él jovencito y bien revolucionario llegó al poder, a la Suprema Magistratura; señaló sus gestiones en favor de la paz mundial, la libertad que gozaban los buenos ciudadanos, las ventajas de la reforma agraria, el éxito de la campaña de alfabetización, el acelerado crecimiento de la industria, la firmeza monetaria, la estabilidad política lastimada por los disturbios de los jóvenes ignorantes que nada ofrecen a cambio; en fin, todos los logros realizados desde que comenzó a hacer vida sexenal. Por último atacó duro a los filósofos de la destrucción, es decir, a los comunistas, por estar envenenando a la juventud nacional, llenándola de ideas exóticas que nada tienen que ver con la idiosincrasia del país, emanada del corazón moreno y los rifles democráticos (así lo dijo, palabra de honor)... En ese momento el tablero dio varias indicaciones que de inmediato fueron comprendidas (pese a que muchos no sabían leer): SACAR BANDERITAS Y AGITARLAS FUERTEMENTE. Y miles de manos ondearon pequeñas enseñas nacionales en patriótico gesto de respaldo a su jefe, como al día siguiente afirmarían la prensa. La banda de granaderos (orquesta, no pandilla) tocaba marchas triunfales. El tablero ordenó silencio. El silencio se hizo y el Caudillo atacó con nuevos bríos: No podemos permitir que acaben con las libertades que garantiza la Constitución, la mejor, la más avanzada del mundo. Pueblo y gobierno en un solo frente deben rechazar el anarquismo y llevar al país por la senda del progreso...

La oratoria presidencial, sublime por todos conceptos, estaba alcanzando las cumbres de la grandilocuencia y los foquitos cambiaban constantemente de palabras condicionando la actitud de la muchedumbre. En esos momentos ademanes violentos combatían enemigos invisibles y la voz bajaba y subía de tono según lo ameritara. Citas de próceres nacionales y extractos de leyes enriquecían la alocución. De pronto el Caudillo lanzó una seria advertencia (amenaza) a los opositores del régimen: no permitiría ningún disturbio, ninguna maniobra subversiva; en pocas palabras: nada contra el Estado actual. Aquí sus ojos se encendieron, la furia transformó su cara, sus facciones se endurecieron, y en veloz transición se le quebró el tono y un sollozo no pudo contenerse cuando habló de las tareas que aún faltaban para conducir al pueblo amado a mejores niveles. Los dirigentes de la iniciativa privada, la

aristocracia, el clero, los militares, el embajador norteamericano, lloraban con el Presidente. Al operador del tablero le pareció inadecuado indicar la palabra llorar y la omitió; a cambio, y mientras la banda de granaderos tocaba la *Fanfarria*, dibujó otras: APLAUSOS CONSTANTES Y VIGOROSOS. Así se inició una ovación fuerte, sonora, políticamente envidiable: las manos de las personas casi sangraban. El Presidente observó a la multitud con rostro adusto y paternal. Lloraba emocionado. Su discurso había llegado hasta el pueblo. Por sus abultadas mejillas corrían gruesos lagrimones que el ministro del Interior limpiaba con premura y ostentación. La ovación continuaba. A pesar de los minutos transcurridos desde que apareció la orden eléctrica no menguaba, no desfallecía; durante largo rato el Presidente correspondió al tributo popular y por fin aburrido penetró en Palacio para asistir a la fiesta privada. Las ventanas del balcón fueron cerradas.

Afuera,  
la muchedumbre seguía aplaudiendo  
infatigable.

Algunos, los débiles,  
se desmayaron  
pero el grueso continuaba  
ovacionando al Caudillo.

Adentro,  
el mandatario brindaba con el cuerpo diplomático  
que había ido a felicitarlo  
y como los aplausos no cesaran,  
le dijo a un embajador, al de Japón:

Son míos,  
el pueblo me ama, me idolatra.

El diplomático contestó en japonés.

Los desmayos aumentaron. Las manos ardían salvajemente y sangraban con fluidez.

Los electricistas hacían esfuerzos increíbles por reparar el tablero electrónico fijo en una orden:

APLAUSOS CONSTANTES Y VIGOROSOS

Felipe llegó a la Ciudad Universitaria. Detuvo el automóvil y contempló el despliegue militar dentro y alrededor de los edificios: soldados reforzados con tanques y ametralladoras pesadas, a nadie permitían la entrada. Había rumores de que los estudiantes universitarios, ayudados por jóvenes de otras escuelas de la capital y de la provincia (también en huelga), intentarían recuperar sus planteles. Rumores que en esos momentos formaban parte de la información que podía obtenerse. Los periódicos, salvo en uno o dos casos, alteraban las noticias.

Felipe descendió del coche y fingiendo despreocupación se acercó al tanque del que parecía ser el jefe. Aún no sabía qué lo llevó hasta la ocupada Universidad: sus inquietudes de novel escritor o el interés de obtener noticias de primera mano y no los chismes de cuarta que llegaban modificados. No conocía los grados militares (como muchos otros, Felipe pudo eludir la conscripción obligatoria comprando su cartilla) y por lo mismo ignoraba quién era el soldado de mayor jerarquía. Miró hacia el grupo que descansaba en la torreta; uno de ellos parecía tener más grado (como el alcohol), pero en uniforme de combate (como botella sin etiqueta) era aún más difícil reconocerlos. Siguió curioseando el equipo bélico. Era de mañana y estaba nublado, un ligero viento ondeaba los banderines del batallón.

Días antes, un viernes por la noche, como a las nueve, la capital fue estremecida por unidades blindadas que cruzaban de extremo a extremo buscando al enemigo para aplastarlo. En grandes transportes iban los paracaidistas, el cuerpo con fama de mayor combatividad (aunque jamás estuvieron en guerra). Los habitantes vieron sorprendidos el aparatoso desfile que sin miramientos iba a la Ciudad Universitaria por las calles más importantes y concurridas. Un alarde de poderío.

Los miembros del Consejo de Huelga que tenían a su cargo la Universidad fueron alertados telefónicamente. El ejército va para allá, desalojen de inmediato, sin resistencia. En algunas escuelas celebraban asambleas informativas, donde la base estudiantil era puesta al tanto de los acontecimientos y el trabajo se distribuía en grupos pequeños denominados brigadas. La noticia causó alarma. Las voces de ¡viene el ejército! se multiplicaron. Los dirigentes se reunieron y después de discutir, expusieron tres proposiciones: una, salir con premura; dos, defender los edificios; tres, entregarse presos al ejército para provocar reacciones favorables al movimiento dentro de la opinión pública. No había mucho que discutir. Y votaron por entregarse dejando en libertad a las personas que prefirieran huir de allí. La mayoría salió en silencio y fue concentrándose en el jardín de la Rectoría a esperar a los soldados. A ver qué hacen con todos nosotros en la cárcel; dudo que tengan suficiente espacio, razonaba en voz alta un alumno.

Cuando llegaron las unidades del ejército, los jóvenes aguardaban entonando el himno nacional para ocultar el miedo. El canto era una especie de rezo, de llamada a la solidaridad. Pero no es lo mismo oír la palabra ejército que verlo entrar por todas las puertas con rapidez, ocupando posiciones de combate atrás de los tanques, a bayoneta calada, pistola en mano. Los cantos aumentaron de intensidad y cuando las culatas se hundían en las carnes, perdieron fuerza hasta no ser más que un murmullo deshilvanado, estrofas incoherentes.

Felipe hizo acopio de valor —los uniformes lo cohibían, sobre todo en las condiciones actuales— y se acercó al que supuso jefe; leía, no, sostenía, desilusionado, un libro de Erich Fromm de sugestivo título: *El arte de amar*, que tenía en las páginas el sello de la biblioteca de la Universidad. (Adelante, al cabo de diez días de ocupación militar, el general Robledo, comandante de la operación, hizo entrega de los edificios al rector y le suplicó —«de hombre a hombre»— que no permitiera que los malos elementos convirtieran a la Universidad en campo de batalla. Un simple vistazo al interior de las construcciones demostró que fueron saqueadas: máquinas de escribir, sumadoras, equipo de laboratorio, bibliotecas; incluso las cajas fuertes habían sido dinamitadas para sacar los valores de cada escuela y facultad. Los archivos desaparecieron y las instalaciones de Radio-Universidad estaban dañadas.) El oficial miró a Felipe con ojos escrutadores y volvió a hojear lo que supuso una novelita de amor, un libro excitante. Fastidiado lo echó en el interior del tanque.

Felipe se desentendió de la ruda mirada del militar y comenzó a inspeccionar el blindado; daba la impresión de un niño atraído por los artefactos militares. Tocaba las orugas y más allá se sorprendía ante las dimensiones del cañón. Aventuró una pregunta imbécil, tanto que a la primera palabra estaba arrepentido:

—¿Cuántos grados gira la torreta, señor?

—Trescientos sesenta —respondió el oficial, cortante, agresivo. Tendría unos treinta años y la cara llena de cicatrices de viruela; sus facciones proclamaban su origen campesino. No usaba bigote y traía el pelo a rape. El sol lo había quemado y bajo el uniforme se adivinaban con facilidad unos músculos acerados—. O sea que nadie se pela vivo cuando esto comienza a funcionar —palpó el cañón, cariñosamente.

Los compañeros del militar rieron: para ellos era humor, significaba una buena broma castrense.

En el mismo centro de la Universidad fueron reunidos todos los estudiantes y con la ayuda de las bayonetas obligados a tirarse boca abajo. En esa posición los tuvieron dos horas, hasta que llegaron instrucciones, recordaba Felipe. Él no estuvo ese viernes; su hermano menor, el que iba en preparatoria, sí y lo narró cuando Felipe y su madre lo esperaron en las puertas de la delegación donde estuvieron detenidos los estudiantes y algunos maestros. Nadie estaba autorizado para levantar el rostro. Alguien lo intentó y una patada en la espalda fue el resultado. Los demás oyeron el grito, pero no contravinieron órdenes. Serían llevados —decían las instrucciones— a la delegación más cercana, ahí darán sus datos y serán amonestados. Las autoridades no querían que la situación se agravara aún más: bastante significaba violar la autonomía universitaria y ocupar los edificios, como para todavía arrestar a cientos de muchachos.

El oficial estaba incómodo por la presencia de Felipe: había adivinado lo obvio: se trataba de un estudiante. Manifestó su inconformidad:

—Eres estudiante, ¿verdad?

—Sí, señor —tímidamente—, pero no estoy con los huelguistas; yo quiero clases.

—Pues las tendrás en breve, en cuanto tengamos órdenes de disparar a discreción contra todo lo que se mueva, para de una vez terminar con el relajo y con la destrucción de camiones y los ataques al gobierno.

—Disparar... Hay mucha gente que nada tiene que ver con el movimiento. Los atletas extranjeros que vinieron a la Semana Deportiva entrenan en las canchas universitarias y hay muchos periodistas de otros

países, podrían herirlos o matarlos y entonces habría conflictos internacionales, reclamaciones.

—A eso se exponen. En toda batalla hay muertos inocentes.

Era como leer la frase de una pésima novela de guerra. El oficial semianalfabeto tenía la virtud de hilar lugares comunes que se hacían notables por el tono de furia, de odio, que les imprimía. Felipe veía a los soldados asentir con leves movimientos de cabeza. Prefirió volver a su coche.

Puso el automóvil en marcha y contra su costumbre prendió el radio. Recordaba el relato de su hermano. De la Universidad llevaron a los alumnos a la delegación. Ahí estaban los infaltables periodistas y varios transportes llenos de granaderos por si había un motín. Cada uno dio su nombre y dirección y estuvo obligado a identificarse. Luego, en la mañana del sábado, llegó un hombre de lentes gruesos, ropa de calidad, y muy agitado les echó una reprimenda, salpicada de groserías, sobre la patria y los intereses oscuros que la querían destruir. Les dijo que eran títeres, no saben nada de los problemas nacionales, mejor pónganse a estudiar y no malgasten el dinero del pueblo, luchan por horarios de clases, no por cuestiones políticas. Y al fin pudieron salir en grupos de veinte que en el acto eran dispersados. Salvo los golpes, hubo poco que lamentar. Ah, la autonomía universitaria fue humillada.

Después de la salida del hombre de azul, el Presidente quedó solo, solitario en el Palacio, con su grandeza a cuestas; con su compromiso ante la historia. Pero no por mucho tiempo: un timbre atrajo a su secretario particular.

—Dígame, excelencia —tirándose al suelo.

—Levántate, Lázaro, digo Joaquín y camina, digo búscame a Lupanales y Góngora, director de *Sol caliente*, lo necesito con urgencia. Puede ayudarnos en estos momentos críticos.

—Más de lo que ya lo ha hecho es difícil (los monosílabos son de Joaquín). No olvide que desde el lanzamiento de su teoría La Revolución Desde Adentro y su ingreso en el PRT, muchos izquierdistas llegan a nuestras filas arrepentidos de un pasado turbio. Como quien dice, halló la excusa que todos necesitaban para hacer a un lado sus pecados de juventud: ideas sectarias que conducen a la amargura, a la derrota, y venir a lo bueno.

—Cómo olvidarlo; fue un bello gesto —y miró al secretario para comprobar su reacción y éste efectivamente notó la buena memoria de su jefe nato y dijo ¡oh! y puso muy grandes los ojos casi sin pestañas y después de la exclamación oh mantuvo la boca abierta, mostrando un rostro extraño de tres aberturas al interior tal vez vacío—, una gran teoría, una justificación. Así la gente sectaria puede abandonar sus antiguas ideas e inscribirse en el PRT sin que lo acusen de traidor. Su síntesis magistral es Todo desde adentro, nada desde afuera. Todos los caminos conducen al Estado y a la revolución inconclusa que tratamos de completar... No, esto es para mi próximo sexenio.

—En efecto, alteza republicana: Lupanales pasó su vida atacando al PRT y a la Revolución y de pronto, como revelación celestial, qué digo celestial, la separación entre Iglesia y Estado continúa, digo como un sueño fantástico e irreal se le aparecieron una casa propia, automóvil, despensa llena y puestos

en la administración pública y un periódico para él solito, periódico que sin ser oficial es nuestro principal vocero, a cambio de largar al demonio sus posiciones comunistas. Sí, es hábil. Pero lo hemos recompensado, tiene poder y dinero. Ahora bebe coñac, antes alcohol de noventa y seis grados con canela que algún amigo le obsequiaba.

—Pues vamos a necesitarlo de nuevo. He decidido entrar en pláticas con los estudiantes y él será representante del gobierno. Nada serio, pláticas informales con los del Consejo de Huelga, que debería ser de Hueva, hace meses que no estudian y ¿qué es un estudiante que no estudia? Un parásito, una lacra social, un vago. La V de la victoria que esgrimen como estandarte es v de viciosos y de vursos.

—Así es, su señoría. Merecen la silla eléctrica, la cámara de gases, la horca, el paredón, el garrote vil, el potro, la guillomina.

—Guillotina, Joaquín, guillotina. Por nosotros no ha quedado, dimos a los estudiantes todas las facilidades para que satisficieran sus demandas, pero resolverles el pliego íntegro es otro caso, es demostrar debilidad cuando tenemos la fuerza y la razón. Sería imbécil aceptar sus pretensiones, inadmisibles. Les demostraremos que sus puntos son ilógicos y que pueden solucionarse recurriendo a las instituciones establecidas, o ¿para qué están? Las conversaciones no tendrán carácter oficial, simples escarceos que permitan hallar algo justo. De lo contrario me obligarán a usar la fuerza.

—Bien dicho, jefe magnánimo: los tanques, la aviación, la marina...

—No exageres, Isaías, digo Joaquín, y deja las visiones.

—Las he dejado.

—Lupanales es el indicado porque fue marxista y conoce esas teorías destructivas y complicadas que engendran el odio entre hermanos... Además, tiene prestigio intelectual y en su periódico colaboran muchos de los que ahí andan de revoltosos. Ahora conoceremos directamente lo que piensan y lo que quieren esos jovencitos. Ya fallamos con los métodos tradicionales de soborno, veremos cómo reaccionan por otro camino; de lo contrario, insisto, no tendremos más que una alternativa: la fuerza. El fuego con fuego se apaga, Pablo, digo Joaquín. Reconozco que se han cometido errores. Permitieron que lo que fuera un motín callejero, una riña entre estudiantes preparatorianos, degenerara en este movimiento que alcanza proporciones nacionales, aunque la cabeza está aquí, en la capital y podemos decapitarla cuando nos plazca o cuando nos obliguen. La policía ha sido torpe y muchos funcionarios no supieron o no quisieron actuar con tacto y ahora yo tengo que solucionar el conflicto. Han dejado que los estudiantes se adueñen de las calles y de hecho



esto es un pleito entre ellos y yo. Cada vez que el movimiento perdía fuerza la ineptitud de alguien daba al traste con todo y revitalizaba la agitación. ¿Es acaso un complot de mis colaboradores? Te juro, Pedro, digo Joaquín, que caerán cabezas.

—Tiene usted razón, soberano genial. Investigaremos cuidadosamente. Por lo pronto llamaré a Lupanales.

El Presidente tiró las cenizas de su cigarro (sólo fumaba cuando estaba nervioso) y antes que cayeran al suelo, su secretario privado las capturó y las devoró. Salió haciendo reverencias, sin darle la espalda al mandatario, quien ya sentado en un confortable sillón entonaba el himno nacional con vigoroso patriotismo, dirigiéndose él mismo con la batuta de plata que le regalara el compositor Heladio Pérez.

Las reuniones entre representantes del movimiento y el gobierno se celebraban de modo informal, meros sondeos para conocer o adivinar los siguientes pasos del enemigo: gallos de pelea detenidos por sus dueños, puestos frente a frente para provocar furia y odio que acabaría con uno de los dos. Sin embargo, no era difícil saber qué gallo carecía de espolones. Se reunían en un café de poca fortuna, apenas visitado por parejas y alguien que deseaba hacer tiempo para llegar a un sitio mejor, más digno. Sergio Montoya y Raúl Escobar hablaban por el movimiento. Lupanales y un magistrado de Justicia (que asesoraba la parte legal del asunto) lo hacía por el gobierno. Los primeros informaban en asambleas, los segundos en Palacio.

Aquella mañana Lupanales llegó retrasado y saludó con aspereza. Los dos estudiantes, en plática anterior, le notificaron su idea de respaldar las peticiones al gobierno y demandar la salida de las tropas de la Universidad con una enorme manifestación que llegaría hasta la Plaza Principal, frente a Palacio, y la tomarían: en ella permanecerían para obligar a las autoridades a resolver el pliego petitorio. Pensaban movilizar cerca de medio millón de jóvenes. Esta posibilidad aterraba al régimen: nunca él, en sus muchos años, logró reunir una cifra semejante en su apoyo ni siquiera acarreado campesinos, llevando burócratas y obreros. Y ahora los estudiantes y otras personas por más de quince kilómetros iban a manifestar su oposición a la política oficial, al sistema corrupto, al capitalismo dependiente.

Lupanales y el abogado tomaron asiento y ordenaron café exprés. Los jóvenes observaban. Lupanales azucaró el café y removiéndolo habló enérgico, aunque en ese momento las cosas no estaban para mostrar energía.

—No podemos estudiar las peticiones ni discutir las ni retirar el ejército de la Universidad si ustedes amenazan con la fuerza. La manifestación y la toma

de la Plaza Principal no son una osadía, sino una evidente provocación. ¿Qué pretenden? ¿Obligarnos a usar la violencia?

(Flash back: granaderos destrozando sus macanas en las duras cabezas de los estudiantes, soldados repartiendo culatazos a un grupo de muchachos que regresaban de un mitin...)

—La violencia la han usado desde un principio y no dejan de utilizarla —respondió Sergio sin titubeos.

—Vayamos al pliego de peticiones. El señor Presidente considera exagerados sus puntos. Más todavía tratar de presionarlo con la fuerza. Ustedes plantearon originalmente tres cuestiones: cese a la represión, reformas escolares y renuncia del jefe de la policía, y luego las aumentan a cinco con la libertad de los presos políticos y la desocupación de los planteles educativos que tiene el ejército. Mientras duren el movimiento y la huelga, existe la posibilidad de que los puntos vayan siendo más, ¿no es así? Por eso les ruego analicen el problema desde este ángulo. No podemos resolver favorablemente o a la inversa en tiempo mínimo; necesitamos analizar las reacciones que provocaría cualquier caso. Ahora bien, ustedes son la parte débil y nunca se ha visto que ésta exija a la fuerte. Pide, no exige.

—En primer lugar, no somos tan débiles como usted plantea, hemos paralizado a cerca de un millón de estudiantes —explicó Sergio— y existen grupos que hasta el momento no han participado...

—Por favor —lo interrumpió brutalmente Lupanales—, no me diga que los obreros y los campesinos van a unirse al movimiento; eso no lo creería ni Mao; es utópico y alejado de la realidad, como mucho de lo que ustedes exponen, son actitudes románticas, no razonables ni objetivas. ¿O esperan que la clase media abandone sus comodidades y su buena digestión para correr tras los estudiantes que entorpecen el ritmo de sus plácidas vidas al paralizar los transportes y obligar al comercio a cerrar? ¿Saben a qué clase social pertenecen los muchachitos que ahora portan efigies del Che Guevara y a quién servirán cuando concluyan sus estudios?

—Pedir el cese de funcionarios corruptos como el jefe de policía es beneficiar a la clase media urbana que lo padece y que es extorsionada por sus agentes. Por lo demás, bien puede ser un ejemplo para otros sectores, concretamente los que usted mencionó, un ejemplo a seguir. ¿O supone que viven en jauja, rodeados de comodidades sorprendentes, con dirigentes honrados y bondadosos? Por favor, también usted sea realista. No estamos haciendo la revolución, pero contribuimos a politizar y a romper la enajenación popular. ¿No lo cree? —se defendió Montoya de Lupanales.

Silencio. Lupanales y Góngora miró a Sergio y luego a Escobar. Sólo había dado un diminuto sorbo a su café. Y:

—¿Ser realista? Eso es justamente lo que no son los marxistas. Guevara es un perfecto modelo. Guevara y su estrepitoso fracaso por falta de realismo. Aquí, en nuestro campo de acción, muchos no saben leer, en la provincia los medios de información son casi inexistentes; ustedes tendrían que ir y enfrentarse a las reservas naturales de los campesinos. Y los grupos urbanos están sujetos a la información que da la prensa, la radio y la televisión y ninguno de ellos ha sido plenamente favorable a su movimiento. ¿Me equivoco? Los obreros ayer eran campesinos sin tierras y no tenían qué comer, ahora son privilegiados: tienen seguridad social, salarios fijos y sobre todo están sindicalizados y los sindicatos pertenecen al PRT. Difícilmente lograrían arrastrar a la totalidad del pueblo a una lucha estudiantil y pequeño-burguesa. Pero tenemos caminos para resolver sus demandas, caminos legales. Digamos que la libertad de los presos puede plantearse en los tribunales. Ninguno está acusado de actos políticos, sino criminales.

—Y esperar años —terció Escobar—, los años que dure el proceso burocrático. Oficialmente no hay presos políticos, son delincuentes comunes, eso limita el campo de acción y nuestro punto carecería de sentido. Es, además, reconocer que el gobierno está en lo justo, que docenas de hombres están en la cárcel por vulgaridades. Tampoco podemos decirle a los muchachos que dejen el movimiento porque van a resolver el pliego de manera *legal*. Nuestra única fuerza es la movilización y con ella seguiremos.

—No hagan la manifestación, hablemos y les garantizo una actitud más generosa del señor Presidente.

—Imposible, las brigadas de trabajo están preparándola y la hemos anunciado. No podemos detenerla —dijo Sergio Montoya.

—¿Y la realizarían sin permiso de las autoridades de la ciudad? ¿Olvidan que constitucionalmente deben pedir autorización para efectuar actos públicos? —atacó Lupanales un tanto desesperado.

Escobar concluyó orgulloso:

—Lo sabemos. Ya se solicitó el permiso. No contestaron. Nosotros cumplimos con nuestra parte. Mañana será la manifestación. Una de las más grandes que se hayan realizado en el país. Sin acarreados, espontánea.

Luego el silencio. La pesadez del silencio. Los ánimos no estaban para continuar. Lupanales dio por terminada la sesión al no hablar más; como de costumbre: él decía cuándo empezaba y cuándo concluía; pero sus argumentos no prosperaban y lo sabía bien, no tenía grandes espacios para

moverse: el Presidente quería todo y estaba pidiendo algo imposible. Hizo un ademán y el magistrado lo siguió sin despedirse de los jóvenes, quienes, además, debían de pagar el café del silencioso (¿o mudo?) y de Lupanales, como si la descortesía fuera poco. No era como en las películas en que los personajes se despiden y desaparecen, aquí estaba el mesero aguardando incluso la propina.

Antes de iniciar las pláticas, otros agentes del gobierno habían utilizado el soborno y la compra, pero el movimiento estaba organizado de tal manera que comprar a un dirigente o a un representante de escuela no importaba. La base proseguía la huelga y se designaba un sustituto. Se trabajaba directamente con los grandes núcleos estudiantiles y eso disminuyó eficacia al dinero oficial.

La manifestación monstruo comenzó con la organización de contingentes y la forma en que marcharían. Miles de jóvenes se acumulaban en el Bosque de donde partirían para dividir en dos a la ciudad y llegar a la Plaza Principal. La actividad era pasmosa: unos repartían volantes, otros insignias; vendían periódicos mimeografiados, pintaban mantas, preparaban pancartas con fotos de marxistas, redactaban lemas serios y frases graciosas contra el gobierno y la policía; muchos otros buscaban en aquella muchedumbre gigantesca — donde se movían miles y miles de cuerpos vigilados estrechamente desde helicópteros y por agentes secretos apenas disfrazando su presencia siniestra, repulsiva— a compañeros de grupo. Reían, intercambiaban informaciones, satirizaban al régimen. Los organizadores con altavoces ubicaban a las escuelas y facultades a gran velocidad. También corría la consigna de no aceptar provocaciones. Cerca de medio millón de personas iban voluntariamente a expresar su desaprobación al gobierno.

Los automóviles pasaban con lentitud entre los manifestantes y muchas veces del interior salían palabras de estímulo; asimismo, brotaban voces agresivas para los vendepatrias, miserables que entorpecen el tránsito, ateos revoltosos y adjetivos por el estilo. Un militar empistolado retó a los jóvenes, vénganse a ver si son tan machos, comunistas maricones. La indiferencia colectiva de una nueva mentalidad le respondió.

Muchos jóvenes llevaban sus vehículos: coches, motocicletas y hasta bicicletas. Los servicios médicos estaban a cargo de los estudiantes de Medicina. Era un bello tumulto: muchachos que nunca habían estado juntos, pero que platicaban como amigos de tiempo. Las anteriores manifestaciones fueron grandes, sólo que no como ésta: llena de vigor y entusiasmo; no era

raquítica ni medrosa ni la podrían liquidar mediante la violencia física ejercida por el equipo de futbol americano y golpeadores sacados de gimnasios, como se acostumbraba.

Cese a la represión, gobierno asesino, autonomía universitaria, renuncia del jefe de policía: algunos de los lemas que enarbolaban los manifestantes.

Poco a poco, ordenadamente, cientos de millares de jóvenes iniciaron la marcha hacia la Plaza Principal. Grupos que no iban en el interior del inmenso ferrocarril humano repartían volantes y explicaciones a los curiosos y solicitaban dinero. La columna llevaba retratos de Guevara, de Ho Chi Minh, de Fidel Castro, de Camilo Torres, de los héroes que sí les decían algo a los muchachos. Sus estandartes. La más frecuente era la maravillosa fotografía de Guevara con una boina y una estrella en el centro y el pelo a los lados pugnando por salir; mirada soñadora, de visionario, contemplando algo que los demás no lograban ver; ahí estaban cientos de retratos del hombre que apenas unos años antes fue asesinado por el ejército boliviano y sus asesores estadounidenses y que ahora revivía cientos de veces hasta hacerse indestructible. Los sueños no pueden ser liquidados. Por una vez más el comandante Ernesto Guevara estaba presente, mirando desde sus fotografías a los muchachos que gritaban: ¡Che, Che, Che, Che, Che, Che Guevara; Che, Che, Che, Che! Más adelante, el Presidente de la República declarararía a la prensa que los huelguistas traían retratos de próceres importados, nosotros tenemos propios y son los mejores del mundo, no necesitamos recurrir a otras historias, aquí está la nuestra y es negada por los estudiantes. El lugar común y la imbecilidad: héroes importados, como si Guevara hubiese estado preocupado por nacer argentino o ser cubano: simplemente era humano y por lo tanto la suerte de los demás seres del orbe le inquietaba. Sin patriotismos baratos. Pero no. Las ideas no son universales, tienen nacionalidades y las nuestras son mejores, dijo el Presidente. No era bueno tener en contra a la opinión pública si querían que el movimiento prosperara: después de esa manifestación, los estudiantes incorporarían las fotos de algunos héroes nacionales, en un intento de buscar tácticas más amplias.

En el trayecto algunos curiosos aplaudían, otros miraban con desprecio. De edificios caían improvisados pedazos de papel picado y en muchas ventanas aparecieron carteles de adhesión al movimiento.

Todo marchaba bien. Al cruzar ante la embajada norteamericana, las tropas que la vigilaban se alertaron inútilmente, porque sólo hubo palabras y groserías para sus moradores y lo que representan y ningún intento de lapidación.

Por último llegaron a la Plaza Principal; el entusiasmo no decaía, al contrario, la proximidad del objetivo los reanimaba y eliminaba el cansancio. Los primeros contingentes entraron en la Plaza y fueron a colocarse en uno de los extremos para dar cabida a los que venían detrás. Al frente se erguía imponente el Palacio, el lugar donde estaba el Presidente, sin una sola luz. A oscuras. Vigilante.

En el centro de la Plaza colocaron un camión con el equipo de sonido. Ahí estaban los líderes. Luego sacaron una bandera rojinegra y la izaron en el asta. Aplausos y gritos corearon el hecho. El sitio fue cubriéndose de gente y el suelo gris dejó de verse tapado por pies. Atardecía. El sol no estaba visible pero había suficiente luz rojiza para coronar el espectáculo. Más y más jóvenes llegaban a la Plaza y buscaban acomodo. Entraban cantando, gritando, manifestando su repudio al Estado. Un grupo de muchachos penetró en la Catedral y después de un breve diálogo con el párroco, fueron autorizados a echar a vuelo las campanas. Los que estaban afuera al oír el furioso repicar volvieron sus ojos hacia las torres barrocas de la iglesia y rugieron de emoción; fue una sola voz que delataba el momento vital por el que pasaban los jóvenes.

Los oradores iniciaron los ataques y uno a uno expusieron la necesidad de mantener vivo el movimiento, de no cejar en el cumplimiento del pliego, de buscar mejores caminos para democratizar al país; procuraban hablar fuerte y sin violencia, para no darle argumentos al gobierno que le permitiera acentuar la represión.

Al final, unos líderes dieron la orden de retirarse en calma, directo a sus escuelas o a sus casas, salvo las brigadas de politización y recolección de fondos que seguirían el trabajo. Artistas e intelectuales irían a los locales ocupados por los huelguistas para dar recitales, conferencias, organizar debates, mantener ocupada su atención. En la Plaza Principal quedaría el núcleo dirigente, varios cientos de muchachos.

Prendieron fogatas y levantaron tiendas de campaña: extraño contraste con los edificios coloniales y modernos que rodeaban al primitivo vivac.

Oscurecía y el alumbrado público no era encendido. La ciudad fue sacudida brutalmente y mostraba signos de desorganización. Como a las ocho de la noche prendieron los focos de la Plaza. Y todo marchó bien hasta las doce, cuando sólo quedaban las guardias de los huelguistas.

La manifestación había colmado la susceptibilidad del Caudillo, especie de monarca sexenal no acostumbrado a hallar respuestas negativas u oposición a sus ideas o a sus deseos. Los huelguistas fueron muy lejos, sobre

todo al hacer mofa de su físico desagradable (en la última operación que lo transformó en nuevo presidente, los cirujanos plásticos no hicieron buen trabajo), lo ridiculizaron comparándolo con simios. Además, habían profanado la dignidad nacional que él representaba: el Presidente es intocable, perfecto, no se equivoca, es Dios sobre la tierra. La unidad en torno a la Revolución Triunfante y la paz interna que tanto enorgullecieron a los distintos regímenes del Caudillo ahora formaban parte del pasado.

En el Palacio se debatía una fiera rabiosa: daba vueltas, golpeaba su escritorio, los muebles, profería insultos; escuchaba los alaridos estudiantiles y las campanas de la Catedral y su odio se multiplicaba y a cada uno de los manifestantes le tocaba una buena dosis.

Sus colaboradores lo veían y nadie se atrevía a detener el acceso de furia. Silencio y timidez. Salió una iracunda orden para el ejército: ¡Desalójelos y síganlos hasta donde vayan!

Las puertas de Palacio se abrieron estrepitosamente y el ruido de las orugas alertó a los huelguistas: venía el ejército. Con rapidez organizaron la defensa en torno al camión donde estaba el equipo de sonido.

Los tanques nada más intimidaron; atrás de ellos iban los paracaidistas. Estaban haciendo tiempo por alguna razón que los jóvenes no entendían. Del carro insignia brotó una voz metálica: Señores, ya hicieron su manifestación y no fueron molestados, pese a no tener consentimiento para efectuarla. Violaron la ley. Es el momento de desalojar la Plaza. Disponen de veinte minutos para hacerlo.

Los huelguistas se resistían a abandonar lo ganado. Tenían la Plaza Principal, el lugar donde el régimen acostumbraba celebrar sus actos públicos, las grandes farsas y no querían soltarla. Lo pensaban, lo discutían y en eso transcurrió el plazo fijado.

La voz metálica volvió a escucharse: ¡El tiempo terminó, desalojen!

Y los tanques, desecho de la segunda guerra mundial, avanzaron aún así impresionantes, en especial para jóvenes indefensos, que retrocedían lentamente sin dejar de mirarlos; iban poniéndoles obstáculos: botes de basura, puestos de periódico, tratando de frenar a los vehículos militares. Inútil. El campamento sucumbió bajo las orugas y el camión de sonido fue ocupado y retirado por los soldados.

Los blindados fueron echando a los estudiantes de la Plaza con lentitud; extraño, con sólo acelerar los tanques quedaría desierta en pocos minutos.

A espaldas de los huelguistas, un murmullo creciente pronto se transformó en aullido, aullido de sirenas, sirenas de policía, policía armada, con armas

para castigar la insolencia. De las calles laterales brotaron agentes secretos, bomberos con mangueras de agua a presión, policía montada. Los jóvenes aterrorizados vieron su nueva situación. Las fuerzas oficiales, amparadas por gases lacrimógenos, cargaron contra los estudiantes, que sintieron en sus cuerpos macanazos, palos, patadas, puñetazos. Los más decididos intentaron frenar de alguna manera la ola represiva y así alejarse de los tanques que continuaban muy despacio. Vino la contraviolencia. Camiones y automóviles incendiados, atravesados a media calle para que protegieran la retirada. Piedras, botellas, lo que pudiera servir para la defensa. Barricadas endebles. Por el lado derecho la policía retrocede: esas calles están abiertas. Y por ahí escapan los estudiantes en dirección a los planteles escolares más cercanos.

Corren atropelladamente, rompiendo escaparates y quemando coches. En la Preparatoria hay más estudiantes y una vez dentro, organizan la defensa: bancas, pizarrones, piedras, botellas con gasolina. El ejército se percata: la trampa ha fallado y dirige los blindados al edificio que han convertido en fuerte. El rumor de las orugas llega hasta los oídos de los jóvenes: la zona está siendo rodeada, puesta en cuarentena. Al concluir la maniobra, los paracaidistas avanzan completamente equipados. En segundos concluyen la operación y se ponen en formación de guerra. La voz metálica y rígida exhorta a los estudiantes a rendirse, como si estuvieran en combate. Pero sí. Los soldados están en guerra y tratan de ganar para salvar a la Patria (con mayúscula). Dentro del edificio no hay voces, únicamente respiraciones agitadas. La voz insiste y amenaza: Una bazooka apunta a la puerta central. Las respiraciones se hacen más agitadas y manos febriles, temblorosas, amontonan más sillas para proteger la entrada. El arma es accionada y destroza varios cientos de años de tradición escolar que caen convertidos en astillas. Trotando penetran los paracaidistas. Blasfemando. Golpeando. Atrapando. Los muchachos se ocultan donde pueden. Pero la búsqueda es intensa, sistemática: van encontrándolos uno a uno, por mejor escondidos que estén. Las mujeres son separadas de los hombres. Ellas al arresto inmediato. Los varones necesitan una lección. Un teniente da instrucciones y los soldados forman una doble valla. Los jóvenes comienzan a pasar recibiendo culatazos en la cara, en la cabeza, en la espalda, en los brazos. Había que llegar rápidamente al final: las ambulancias representaban su salvación. Y sobre todo no caer: en el suelo el castigo se acentuaba: puntapiés sumados a los culatazos, botas penetrando en la carne hiriéndola sin piedad. Regocijo de los militares. Cuerpos ensangrentados, implorando clemencia, rogando ya no, yanó, yanó a los verdugos uniformados, legalizados, constitucionales. Lo



mejor era soportar bien los golpes y llegar a las ambulancias. De lo contrario, las lesiones podrían ser de gravedad. Uno tras otro. ¡El que sigue! ¡El que sigue! ¡No se detengan! ¡Aprisa! ¡Empujen a ese! ¡Rápido, cabrones! ¡No vamos a acabar nunca! ¡El que sigue! Faltan, no pueden ser todos. Busquen, por ahí debe haber más. Un muchacho arrinconado, con los libros apretados contra el pecho. Inmóvil: una bayoneta le apunta. Pide perdón (de qué). El majestuoso soldado lo otorga. Sin hablar, con el arma le indica que se forme y pase por la doble fila. ¿Cuántos han pasado? Unos cien o tal vez más. Pocos para soldados bien entrenados. En las ambulancias de la Cruz Roja los heridos gimen, lloran, maldicen. El cuerpo duele terriblemente, terriblemente. Duele.

Cuando las pláticas entre el Consejo de Huelga y el gobierno se reanudaron, Lupanales llegó con una sonrisa triunfal e irónica. Pidió su acostumbrado exprés y de nuevo habló de la fuerza del Estado y de la legitimidad de defenderse. Los estudiantes vuelven a mostrarse firmes y le dicen que el paro continuará indefinidamente y que en la última asamblea general acordaron aumentar un punto al pliego petitorio: la renuncia del Jefe de la Ciudad, quien tiene el control directo de los bomberos, policías y agentes que participaron en la pasada refriega. Lupanales da por concluida la sesión y se larga furioso sin pagar su café. Va rumbo a la Presidencia. Llega y lo anuncia el secretario privado; pasa de inmediato. El Caudillo lo aguarda esperanzado, mas su esperanza se esfuma cuando le informa de la actitud de los estudiantes. El presi está enojado, el presi está rabioso, qué hará el presi. No es adivinanza infantil, el Presidente habla con sus consejeros y decide acabar con los males de un golpe, como el sastrecillo valiente, de un golpe: liquidar el movimiento cueste lo que cueste, no puede tolerarlo, daña al país, se avecina la Semana Deportiva Internacional, el cambio de poderes (el día de la gran mutación), el ejemplo es negativo y pregunta a Lupanales cuándo es la próxima concentración masiva y escucha una fecha: dos de octubre, y un dato: en la Plaza de la Cultura. El Presidente ha decidido —y sus lacayunos colaboradores cercanos y lejanos lo aprueban con gravedad, porque la patria está en peligro, ellos son la patria, ellos son los que peligran, la patria tiene un compromiso, la Semana Deportiva deberá ser un éxito, porque en ella está el decoro nacional, su prestigio y su vanidad, pero el prestigio y la vanidad son presidenciales, el Caudillo las representa y está herido por los actos y las palabras de los estudiantes— y da órdenes para que el ejército y la policía secreta liquiden el movimiento. A pesar de la indignación, tiene tiempo para

razonar sobre las posibles consecuencias, conoce a su pueblo, no en balde gobierna desde hace muchos años: no habrá consecuencias.

Lupanales y Góngora, con lógica barata de ex comunista, habla para dar otro aspecto del asunto, es la voz de la sabiduría y de la dialéctica tarada de un renegado: Se trata de proteger la integridad nacional: o paramos el movimiento a cualquier precio o nos exponemos a que los Estados Unidos nos invadan, como en Dominicana, para evitar otra Cuba.

Moraleja: la represión es patriótica.

La frase del momento, dicha por Lupanales y Góngora:

—Quien a los veinte años no es comunista es idiota,<sup>[2]</sup> pero quien a los treinta sigue siéndolo es un idiota rematado.

(Aplausos.)

Y así, mientras las organizaciones juveniles del Partido de la Revolución Triunfante acarreaban niños de primaria y secundaria, para que voluntaria y libremente desagrasaran a la bandera (porque en la Plaza Principal los huelguistas izaron la insignia rojinegra, símbolo universal de huelga, y que los funcionarios del gobierno confundieron con la comunista que nada más es roja y que frecuentemente tiene la hoz y el martillo), y presurosos los conducían en camiones de redilas y sobre la marcha los aleccionaban diciéndoles a qué iban, a qué hora deberían aplaudir el discurso lacrimeante de un diputado que exaltaría las virtudes de los colores nacionales (¿?) ante el Presidente, la Asociación de Fanáticos y Parecidos organizaba una misa en la Catedral, también de desagrasio, porque los agitadores cometieron la tremenda profanación de retirar al Cristo crucificado del altar mayor y sustituirlo con la efigie del Che Guevara, noticia proporcionada por periódicos amarillistas que deseaban defender los colores celestiales que deben ser azules o quizá rosas o una sutil combinación de ambos.

Es una infamia. ¿Leiste los periódicos? No, lo vi en la televisión, en el programa de Babadowsky. Es terrible. Lo único que nos faltaba. Imagínate: quitaron la imagen del Sagrado Corazón y la incendiaron, luego amordazaron al padre y tocaron las campanas para festejar su herejía. Pero Babadowsky invitó a los estudiantes a exponer sus ideas ante el público y a demostrar que había muertos. Claro, no fueron. Son puros mitoteros. Debemos organizar una misa. Iremos de rodillas hasta el altar mayor y ahí rezaremos cuarenta rosarios. El padre dijo que no hubo ninguna profanación, que él permitió tocar las campanas; ya sabes como son los sacerdotes: unos santos, incapaces de dañar al mismo diablo.

Fue Felipe quien le descubrió a Patricia la forma en que llegaban los *estudiantes* que sí querían clases a golpear a los manifestantes. No se requería ser Sherlock Holmes para darse cuenta. Primero utilizaron alumnos holgazanes y por una cantidad de dinero los habían arrojado contra los huelguistas; pero la maniobra fracasó por el crecido número de muchachos que se sumaban al paro. Lo que inicialmente fueron pequeñas manifestaciones contra la dureza policiaca, ahora eran demandas enérgicas contra la corrupción oficial. Felipe alertó a Patricia y juntos contemplaron los camiones repletos de tipos malencarados que aguardaban instrucciones telefónicas para atacar. Cada quince minutos bajaba uno de ellos y hablaba en un teléfono público. Los demás bebían, jugaban cartas o se entretenían con pláticas obscenas. Para ellos la represión era una especie de deporte bien remunerado: los seleccionaban en las colonias populares, en billares y gimnasios. Recibían dinero y protección. Más de lo que podían desear, de ahí les quedaba poco trecho para su ingreso en la secreta: su gran ambición. Ignorantes en exceso, suspiran por un puesto de agente, explicaba Felipe, Patricia oía, el más indicado para conseguir dinero extorsionando gente pobre y raterillos de barriada, armados de una placa, una escuadra y de un automóvil oscuro sin identificación.

Felipe de sobra los conocía y sabía, como muchos, de lo que aquellos tipos eran capaces. Sus hazañas eran anécdotas cotidianas. Y así como el ejército busca reclutas entre los campesinos y los desempleados sin escolaridad, las policías se alimentan de vagos y malvivientes — paradójicamente, el eslogan que ellos utilizaban para calificar a los estudiantes en huelga—. Eran tipos fuertes, dados a cultivar los músculos, de lenguaje soez y violento, no cobardes, con la seguridad de sentirse protegidos

por sus compañeros y por la misma policía. Y ah, ahí están, dijo Felipe a Patricia, señalando los transportes estacionados a un costado del monumento a la Revolución Triunfante, preparados para golpear: traían tubos, varillas, cadenas y cuchillos; los jefes portaban pistola que la camiseta deportiva no ocultaba. Algunos descendían y hacían ejercicios como para calentar los músculos y tenerlos listos para la lucha.

Cuando por teléfono les dicen que vayan a tal dirección, felices van y pronto comienzan su tarea destructiva. El colmo fue el día en que llegaron varias ambulancias a recoger heridos (eran los primeros choques de estudiantes y policías); los jóvenes ingenuamente las dejaron pasar hasta el centro mismo de la aglomeración, ya que ostentaban el emblema de la Cruz Roja. Una vez dentro, abrieron las puertas y bajaron docenas de rufianes disparando y golpeando; lograron su objetivo: la dispersión fue total. Luego se fueron comentando lo criminales que eran los policías con los estudiantes, pero que todo iría mejor si los muchachos dejaran de pelear entre ellos mismos, como ahora. Felipe concluyó.

Y ahí estaban, esperando órdenes para salir a desbaratar algún grupo estudiantil o capturar una brigada que anduviera por las calles repartiendo volantes.

El comandante Lozano fue llamado por el secretario del Caudillo, discretamente y sin notificaciones oficiales, a su despacho; en él estaban tres personas: el propio secretario privado, el coronel y un hombre de lentes oscuros, traje azul marino de corte antiguo, un tipo de aspecto repugnante aun para el comandante del cuerpo secreto. En la presentación se limitó a decirle a Lozano algo así como mucho gusto. Tomaron asiento. Había cigarros y una botella de Martell.

—Estoy para servirle, licenciado —comenzó el comandante dirigiéndose al secretario.

El coronel que en estos momentos hacía las veces de mesero ofreció coñac.

—Mire, quiero que discutamos la forma de mejorar la situación interna. Usted sabe, debemos volver a la estabilidad política. Tenemos periodistas extranjeros por la Semana Deportiva y no podemos sobornarlos. El Caudillo habla con frecuencia de no intervención, autodeterminación de los pueblos y de buenas relaciones con los demás países del mundo y la prensa extranjera acreditada aquí no responde más que falseando los hechos. Lo he llamado para ver qué posibilidades tenemos de utilizar a esos mismos periodistas y modificar la opinión que se han formado del gobierno, incluso transformar la línea de algunos periódicos nacionales que se niegan a colaborar en forma directa con nosotros —explicó el secretario.

El comandante apuró la copa, entonces notó que no había saludado al coronel: para reparar la falta le dirigió una larga y estúpida mirada que el otro correspondió. Luego se sirvió una copa buscando claridad y confianza. Dijo:

—Hasta ahora hemos intentado sobornar líderes y aterrorizar estudiantes. Pero creo que no hemos dado un paso significativo, la situación no sigue

igual, se agrava.

—Así es. Y es el momento de actuar. El movimiento crece y muchos sectores lo apoyan. No es el temor a que hagan una revolución y lleguen al poder, se trata de un simple movimiento estudiantil, pero el señor Presidente está indignado: no sólo por los ataques a su persona, por el compromiso que tenemos encima, sino también porque se acerca la mutación, digo el cambio de poderes, el nuevo periodo presidencial. ¿Y cómo vamos a llegar a las elecciones? ¿En medio de huelgas escolares y de manifestaciones callejeras? Hemos pensado usar la fuerza y nos contiene la presencia de corresponsales extranjeros, aunque claro, no la descartamos, incluso pensamos en soluciones drásticas. En política cuentan los hechos y los muertos no los cometen.

El secretario sirvió coñac en las cuatro copas, ofreció cigarrillos y luego se dirigió al hombre de azul.

—Usted tiene la palabra. El Caudillo le dispensa gran confianza.

El aludido, que no había querido fumar, se puso en pie y apretando la copa para proporcionarle calor, comenzó a caminar en derredor de los otros.

Habló:

—¿Quiénes dirigen el movimiento? Estudiantes, intelectuales, gente inconforme. ¿Quiénes lo apoyan? Periódicos subsidiados, personas que no alcanzaron una chamba en el régimen, políticos marginados. En los países socialistas los intelectuales y los estudiantes ocupan lugares de privilegio —se pasó la mano por la cabeza provocando una catarata de caspa que poco a poco fue acomodándose en los hombros—, sitios de importancia; en cambio, aquí son poco menos que mierda, jamás los toman en cuenta, sus opiniones son inútiles; de ahí que estén disgustados. Yo sé que a los obreros y a los campesinos no les va bien, pero están conformes o sujetos o ambas cosas; aquellos se percatan de su situación y la del país, los segundos están enajenados. Vamos a estimular a los intelectuales, a concederles premios, facilidades para editar sus engendros, ayudas, becas, buenos empleos, que formen agrupaciones, brindémosles locales y equipo, subsidios, que despotriquen, que hablen de la libertad de expresión. No volverán a meterse en otros asuntos, estarán encantados como niños con juguete nuevo. Es necesario que sientan libertad y que puedan decir lo que les venga en gana, no importa cuán duro sea, tienen unos cuantos lectores por más que los conozcan. Quieren publicar, démosles editoriales; mandémosles al extranjero a admirar museos y a conocer a sus similares. A los estudiantes hay que mejorarlos, como en París, que sientan ventajas: becas, comedores universitarios, espectáculos rebajados y provocar o fomentar la división



política entre ellos, que se hagan trotskystas, estalinistas, maoístas, que se debiliten en grupúsculos y que se destrocen igual que chinos y soviéticos. El choque frontal con el Estado los une, la lucha a largo plazo los desgasta y da tiempo a que dejen de ser estudiantes y necesiten empleo y se incorporen a la clase en el poder. Que tengan facilidades de posgraduarse, asimilémoslos; que carezcan de deseos de pensar en revolucioncitas. Para esto, el gobierno y los ricos deben contribuir: se juegan la supervivencia a un futuro no muy cercano, pero se la juegan. No existe otra forma, con ciertos sacrificios de ambas partes pueden liquidarse situaciones en extremo peligrosas, a veces no pueden ser conducidas y tampoco calcular hasta dónde llegarían. Pero ahora, antes que nada, tenemos que resolver el problema de la prensa local. Prepararle el terreno al Presidente que dentro de un par de meses tendrá la comida de la libertad de prensa. A los periódicos hay que garantizarles independencia, claro, hay que exigirles compromisos; al fin que carecen de medios para obtener papel como no sea a través del Estado. Sin embargo, veamos: ¿qué diarios han sido hostiles al gobierno durante el movimiento?

—*El Mundo y La Humanidad* —sin titubeos respondió el secretario particular del Presidente.

—Pues a estos dos —repuso el de azul mientras volvía a pasar la mano por la cabellera provocando otra vez la misma desagradable reacción— habrá que ponerles bombas y acusar a los estudiantes. La opinión pública es permanente desorientada: eso ayudará. Bien. No basta. Pongámonos nosotros mismos unas cuantas bombas, digamos en un cuartel y en una delegación de policía y por último corramos el rumor de un atentado contra el senador fulano o alguien importante del régimen. Todo de inmediato y a ver qué dicen los periódicos. Los tendremos por el cuello aun cuando sospechen la verdad, señores, pues verán de lo que somos capaces. Para finalizar el cuadro de hoy, lo más grave: las personas que apoyan al movimiento con dinero. Hay que desanimarlos. En breve estarán en peligro de ir a la cárcel; hablo de Xavier González y Carlos Cipuentes que han sido desplazados de puestos importantes, por jactanciosos de sus posiciones izquierdistas y que ahora pasan una buena parte de su tiempo hablando pestes del señor Presidente y atizando rencores. Recordemos que ellos iniciaron aquella famosa torpeza de la extrema izquierda constitucional, que obligó al Caudillo a intervenir para apaciguar a los banqueros y a las personas que suponían que la Revolución Triunfante se encaminaba al comunismo. Son resentidos. Están amargados. Bien podemos matar dos pájaros de un tiro. Los quitamos de en medio y le hacemos un servicio al señor Presidente. Vamos a responsabilizarlos del

conflicto estudiantil y de sus consecuencias, consecuencias que ocurrirán en los primeros días de octubre. Para eso lo hemos llamado, comandante Lozano, necesitamos su habilidad y discreción y a varios de sus mejores hombres.

La mente del policía, rudimentaria, aún no digería la situación; le costaba trabajo razonar lo escuchado, no captaba ciertas sutilezas. No obstante, algo era claro para su lealtad equina; había que colocar bombas en dos periódicos y en las delegaciones para inculpar a los enemigos de sus amos. Ése sería su trabajo. Sólo necesitaría detalles. El tipo de azul, adivinando sus dudas, dijo:

—En cuanto haya noticias de que han sido detonadas varias bombas en la capital, la policía secreta, comandante, *deberá* hallar pruebas de que fueron puestas por los estudiantes y arrestará a unos cuantos para acusarlos de terroristas. Nosotros tendremos preparados los papeles que necesitamos, o sea, sus confesiones, donde aparecerán los nombres de Cipuentes y González.

Ya no había dudas. Enmudecieron. El hombre de azul hasta entonces bebió su copa, de un solo trago y en el acto se sirvió otra que consumió de igual manera. El secretario acompañó al comandante y al coronel hasta la puerta. Ahí les estrechó las manos como para afianzar un pacto, un secreto, y regresó con el del traje azul que ya se servía una tercera copa.

—No llores. Mejor tranquilízate. Tómallo con calma. Ya nos dejarán salir.

—Es que no hice nada. Estaba en mi coche esperando a mi novia y llegaron unos soldados y por la ventanilla me dieron un culatazo. Mira, todavía tengo sangre en la cabeza. Luego abrieron la portezuela y me jalonearon. En eso vinieron los de la policía secreta. Uno me cogió de los brazos por detrás y el otro gritándome comunista maldito, jijo de puta, me dio en el estómago hasta que me desmayé. Al despertar iba en una ambulancia militar, vigilado por soldados. Traté de explicarles que yo era ajeno a los disturbios estudiantiles, que sólo esperaba a mi novia y que no era comunista; que no tenía la culpa de que ella trabajara cerca de la Plaza Principal. Un soldado, sin hablar, me puso la bayoneta en el cuello. Desde que estoy en el campo militar no me han dejado llamar a mi casa, para que sepan dónde estoy. Mi mamá es muy nerviosa y debe estar alarmada; nunca faltó a la casa y ya llevo cinco días aquí.

»No hice nada, lo juro; sí soy estudiante pero no de los alborotadores. Por eso ni siquiera he ido a la Universidad. Quisiera avisarle a mi papá que el coche se quedó en la calle y abierto. Van a ficharme y a lo mejor me encierran en la cárcel. Yo no hice nada, detesto los desórdenes, de verdad. Mi familia nunca se mete en la política y a mí tampoco me importa. En serio. Te doy mi palabra.

Graciela continuaba temerosamente oculta entre los voluminosos tinacos que alimentaban las tuberías del edificio. Miró que el agua se filtraba por alguna parte: un chorrito llegaba hasta sus pies humedeciéndole los zapatos. Pensó en Sergio: ¿habrá escapado? Es difícil saberlo. Murió mucha gente, mucha, mucha. Ojalá haya huido. Si lo capturaron seguro lo torturarán. No, escapó; tiene sangre fría: escapó como yo, aunque ignoro si podré salir de aquí; tengo que bajar y luego cruzar la Plaza pero hay policías y soldados. Tendrán que irse en algún momento y ocultar los cadáveres; tendrán que incinerarlos; o enterrarlos. No acabo de creerlo: cómo es posible que hayan causado esta matanza, nada respetaron y dispararon contra todos. Fue la trampa perfecta; la trampa asesina. ¿Quién pudo ser tan demente, tan imbécil, tan miserable de impartir una orden de esta naturaleza para matar y matar tanta gente que no tenía armas y que sólo quería hablar de los problemas del país? Ninguno de los dictadores de este siglo ha matado tantos en tan poco tiempo como este gobierno revolucionario y democrático, electo popularmente (no olvido las comillas en cada adjetivo). Es increíble. Nada los detuvo, ni la presencia de periodistas extranjeros ni la opinión pública. Ojalá Sergio haya podido escapar de la masacre. A Sergio le dolía intensamente el hombro: tirado, repasaba los hechos y hacía conjeturas sobre la posibilidad de liberación y/o pensaba sobre los fusilamientos, en los compañeros que sacaron y que no habían regresado a ese siniestro lugar en el campo militar. Sergio reconstruía los sucesos desde sus inicios hasta la matanza de la Plaza de la Cultura acaecida unas horas antes: las grandes manifestaciones, los mítines espectaculares, la euforia, la toma de conciencia, los tanques recorriendo las calles, los soldados cargando a bayoneta calada, la policía arrestando a miles de personas, los primeros muertos, las primeras desapariciones, la acción

militar contra las escuelas, la contraviolencia, la quema de autobuses, la terrible actitud de la policía secreta provocando el temor en huelguistas, miles de voces gritando por las calles principales, el sonido de las balas, el Presidente de la República negándose a dialogar con los estudiantes, mascando odio sólido, exigiendo que el ejército acabe con el problema que resta brillo a las (a *sus*) fiestas y al fin la Plaza de la Cultura. La trampa mortal. El despliegue militar más grande de nuestra subdesarrollada historia, piensa Sergio. La manifestación encuentra trabas legales y se convierte en mitin. Dos de octubre. El acto comienza. Informan al estudiantado de los últimos hechos. Nerviosismo. Algún presentimiento puede capturarse en el ambiente impregnado de humedad. Brillan las bayonetas y los motores de tanques están encendidos.

Los agentes secretos ahora no se han mezclado con jóvenes como habitualmente sucedía. De los cuatro costados de la Plaza sólo uno no está cubierto por las fuerzas del «orden» y es por donde los huelguistas van llegando al mitin. Entre aplausos irrumpen los primeros obreros que se suman al movimiento. Son de la fábrica Euzkadi. Los oradores piden boicotear a *Sol caliente*, sus informaciones sobre el conflicto actual son por completo tendenciosas y aun falsas. Aprobado. Por treinta días ninguno comprará el abominable diario. Docenas de periodistas extranjeros trabajan, los nacionales esperan noticias oficiales. Cuando la Plaza sostiene al mayor número de personas, dos bengalas, una verde, otra roja, cruzan el cielo plomizo. Parecen salir de un helicóptero. Y los agentes secretos comienzan a descargar sus armas contra la multitud. Miles de personas corriendo, tratando de esquivar las balas de automáticas y fusiles, tirándose al suelo en busca de protección. Gritando. De indignación. De miedo. Viendo a sus compañeros caer destrozados. Bayonetazos para rematar a los heridos. Gritos de terror. Sergio herido en el tercer piso del edificio que utilizaban como tribuna, pero sin desmayarse, presenciando el espectáculo desde una pared donde recarga la cabeza, oyendo los ruidos de armas que aumentan de intensidad, que aturden y embrutecen e impiden que escuche los sollozos de una jovencita que recibió dos balazos a boca de jarro de la pistola de un policía secreto y que agoniza sin remedio y sin que nadie se percate de sus últimos quejidos, sola como nunca. Los muchachos, los bellos muchachos, continúan cayendo, ensangrentados. Ensangrentados. Cayendo. Cayendo. Al frente tienen la eternidad y ésta es oscura y sin fondo. Cayendo ensangrentados.

Ojalá se larguen y pueda salir, me siento entumida y el agua penetró el cuero de mis zapatos. Siempre imaginé que habría vejaciones, cárcel, golpes,

pero no los creí capaces de llegar a tales excesos. Y por su mente pasaban las escenas tortuosas y aborrecibles de la masacre ocurrida hacía unos momentos. El estruendo de las armas, los gritos de los heridos, el dolor de los moribundos, la quietud de los muertos, las blasfemias de los soldados disparando contra seres vivos y por primera vez, porque nunca han estado en guerra y sus enseñanzas no habían sido puestas en práctica sino hasta hoy y con nosotros. ¿Se sabrá con exactitud cuántos murieron esta noche? Es posible. Un día. Estos miserables llevan registros secretos, como los nazis, y tal vez en alguna ocasión revelen los datos y el nombre de quien dio las órdenes para la matanza. ¿Sería el Presidente, como jefe nato del ejército? ¿O quizás el propio ejército por su cuenta, para demostrar que no permanece inactivo mientras los izquierdistas salen a la calle? ¿O el secretario del Interior que tiene a su cargo las actividades políticas del país? Se me ocurre —casi en voz alta pensó Graciela— que fueron todos juntos, que todos son asesinos. Imposible hacer algo contra ellos: están organizados, tienen el poder en sus manos y las armas y controlan los medios de difusión y manipulan al pueblo. No en balde nos acusaron de provocadores que sólo queríamos la ruina de la nación o una intervención estadounidense. Después de esta matanza queda un camino: levantarse en armas, pero ni las tenemos ni nadie está preparado para una lucha de ese tipo, a no ser los militares, me lo explicó Sergio: por eso en los desfiles uno ve tanta caballería y ametralladoras ligeras a lomo de mula y están comprando helicópteros para combatir una revuelta interna o una guerrilla. A primera vista parece un ejército anacrónico, le decía Sergio a Graciela, pero no olvides que por una parte el Presidente habla de no intervenir en ningún país y por la otra tiene un ejército formidable para combatir en casa, contra grupos mal armados, reducidos. Sergio sí que había leído mucho sobre esos temas. Siempre hablaba de los libros más recientes respecto al proceso insurgente. Fue él quien me regaló *La guerra de la pulga* y me prestó *Obras completas* de Guevara y me explicó cuestiones de marxismo leninismo. Y luego me dijo lo difícil que sería iniciar una guerrilla porque la opinión pública está conformada a la manera del gobierno que exalta el nacionalismo y da unas cifras que ponían al país como uno de los mejores: el milagro de América Latina. Decía: aquí la burguesía ascendió al poder en forma violenta, como en Francia, de allí que esté tan afianzada, y nuestro proletariado no está bien conformado y consciente. Pero Sergio creía que a la larga no habría otro remedio que la lucha armada, el choque. Antes será bueno acabar con las divisiones de la izquierda y liquidar a los comunistas conservadores: hay que fusilarlos: Sergio se reía de su dureza.

¿Qué sucedió con él? No lo vi durante la balacera. Me acuerdo cuando lo conocí, de sus primeras conversaciones conmigo: admiraba a los cubanos y sinceramente se emocionaba al recordar sus lecturas acerca de la guerra civil española; me contaba cosas sobre la larga Marcha en China; cómo en Rusia Trotsky formó el Ejército Rojo y cómo Stalin había conducido a esa misma fuerza contra el nazismo. Una vez entré en su cuarto, tenía su galería de héroes: Marx, Engels, Lenin, el Che, Camilo Torres, Fidel Castro, Mao, Ho Chi Minh, toda una colección fantástica, como un niño que junta estampitas o fotografías de artistas de cine. Él se burlaba: Son mis reminiscencias fetichistas. También poseía cientos de libros políticos. Por favor, me advirtió, no me preguntes si los he leído todos. Los tengo por razones decorativas, fíjate que los anaranjados hacen bonito contraste con los hoyos grises de la pared. Y volvía a reírse. Eso era hermoso en Sergio, su sentido del humor y su gusto por las cosas de la vida. No hacía canibalismo de izquierda, no se comía crudos a los trosquistas ni a los reformistas, creía en la unidad de la izquierda que debía tener un solo enemigo y a este enemigo, la burguesía, lo odiaba. ¿Cómo estará? ¿Dónde?

Graciela estudiaba sicología y en realidad jamás había participado en ninguna actividad política, sólo escolar. De pronto surgió el movimiento que intentaba sacar al pueblo de su ancestral enajenación. Graciela no conocía mucho de política pero la bifurcación era clara: de un lado la Revolución Triunfante más caduca que una momia egipcia, del otro los estudiantes, sus compañeros hablando de evitar la corrupción que inundaba al país, corrupción que cualquiera palpaba. En una asamblea, Graciela habló a favor de la huelga general y poco después era nombrada representante de su escuela ante el Consejo, ahí conoció a Sergio, con quien hizo rápida y buena amistad.

Durante la huelga, Graciela trabajó en todo: repartió volantes, juntó dinero, formó parte de una brigada de información. Ella y su grupo iban a las colonias populares y conversaban con la gente y explicaban cuáles eran los motivos de la huelga y de sus peticiones. Sí, señora, la desaparición del cuerpo de granaderos, la salida de los presos políticos porque/ Incluso llegó a participar en pintas, pintas que al igual que el movimiento nada tenían de convencional. Descubrieron que pintar camiones resultaba de mayor eficacia; camiones y trolebuses y tranvías y taxis y cualquier vehículo que transitara por la ciudad a fin de conseguir mayor número de lectores para sus demandas. Cuando los patrulleros comenzaron a disparar contra los huelguistas que pintaban bardas y vehículos, el Consejo solicitó más cuidado y las precauciones se extremaron y entonces Graciela pasó a otras tareas, en las que

resultó si no buena agitadora, al menos una aceptable organizadora y entusiasta propagandista de las posiciones sustentadas por el Consejo de Huelga.

Sergio, por su parte, cursaba la licenciatura de Filosofía. Ahí lo sorprendieron las primeras reacciones policiacas contra los estudiantes. Una activísima militancia absorbía su tiempo libre, fuera de la Facultad. Perteneció a varias organizaciones políticas, pero en todas duró poco: estancias reducidas a causa de la imposibilidad de aceptar un marxismo anquilosado, en pésimas versiones e interpretaciones pueriles como la de tomar el poder cuando la burguesía se aburra de tenerlo y lo regale a sus enemigos. Confiaba en que tendría que haber cambios radicales y que entonces comenzaría la verdadera lucha. Por ello su participación en todos los movimientos revolucionarios era casi desesperada: se entregaba totalmente, sus sentidos respondían sólo al problema del momento, aunque perdiera exámenes. Cuando los mineros estuvieron en huelga de hambre y marcharon a la capital con ánimos de pedirle cuentas al gobierno, Sergio sumó su ayuda que no fue poca ni careció de valor. Al ser frenada brutalmente la caravana, el joven (unos dieciocho años) fue detenido y fichado. Otra vez el descontento de los ferrocarrileros afloró; Sergio volvió a la carga: redacción de manifiestos, juntas para orientar a los trabajadores. Intervino el ejército y luego los ceses arbitrarios, pérdidas de antigüedad como represalias, cárcel a los dirigentes. Sergio estuvo detenido y fue golpeado. Parecía un personaje sacado de la literatura rusa del tiempo de la heroica revolución soviética.

Cuando la huelga estudiantil estalló, Sergio agudamente previo un caudal de acciones; pensó que el movimiento podría ser un poderoso instrumento de lucha. No eran ingenuidades como pensar que los estudiantes tomarían el poder y destruirían al Estado burgués. Sí, en cambio, la posibilidad de romper una serie de mitos creados por los oradores de la Revolución Triunfante: justicia social, gobierno para los pobres y los humildes, hegemonía en torno al PRT, unidad nacional y otras cuestiones semejantes. Es decir, intentaba modificar la mentalidad de las personas. Lo único que jamás calculó fue la reacción tan feroz que tuvo el gobierno, un gobierno radical en su pugna por mantener el poder íntegro.

Sergio carecía de vida privada: siempre en discusiones, en conferencias, en librerías, en círculos de estudio. Decía en tono de broma: Soy revolucionario de tiempo completo, y en verdad no mentía. Tenía novia, pero poco se dedicaba a ella; le platicaba mucho, en realidad monologaba sobre los



problemas nacionales e internacionales. Sus amigos eran jóvenes semejantes a él, de espíritu abierto.

Respecto a los familiares de Sergio, casi nada. Lo aborrecían y le vaticinaban la cárcel o algo peor como destino final e ineludible. Como no era creyente no podía ser humano y por comunista resultaba despreciable. Explicaba: mis parientes son igual que todos los burgueses, muy amables y gentiles hasta que descubren que uno es marxista; entonces, fuera de aquí, rojo inmundo. El dinero con que Sergio subsistía no provenía de la embajada cubana, como señalaban los miembros del gobierno, sino de colaboraciones publicadas en revistas independientes.

Cada que algún soldado subía a la azotea buscando estudiantes ocultos, Graciela se comprimía para reducir sus proporciones al mínimo. Pero los tinacos estaban alejados de la escalera y tal vez ese hecho los hacía menos sospechosos. Arriba el helicóptero que disparó las bengalas seguía volando en círculo. ¿Será el mismo, o es otro? Qué importa, el problema es que la vigilancia sigue. Prefiero quedarme aquí, aunque tenga hambre y frío, a caer en manos de soldados o policías. Dicen que los militares tratan mejor a los estudiantes presos; quién sabe. De la policía puede esperarse cualquier cosa, lo que sea. Es brutal y asesina. Pero no olvidemos lo que le pasó al Cachuchas. Felipe le dijo a Graciela que algún día escribiría sobre él. Era un tipo formidable. De esos fuera de serie. El Cachuchas.

## EL CACHUCHAS

El Cachuchas estaba al pie del cañón, como él mismo decía. Con esta frase común designaba las barricadas que protegían a la Escuela Técnica, al norte de la ciudad. Las alambradas fueron útiles para contener los avances policiacos, pero se hizo necesario reforzarlas con bancos y mesas escolares y con los restos de motocicletas oficiales calcinadas.

La Escuela Técnica fue una de las primeras ametralladas. Una noche, cuando nadie vigilaba, de un automóvil sin placas, oscuro, modelo antiguo, descendieron tres tipos y dispararon contra el edificio: vidrios quebrados, impactos contra las paredes y los gritos de alarma de los vecinos. No pasó mucho tiempo cuando llegaron otros automóviles y una vez que se juntaron unas diez personas armadas con ametralladoras resueltamente entraron en el enorme edificio. De nuevo ráfagas. Ráfagas y gritos. Ningún vecino prendió la lámpara, mientras los huelguistas que cuidaban la Técnica buscaban las salidas traseras para evitar las balas. Al fin llegó la claridad solar. Fuera de un

marco de sangre negra, coagulada, no había nada. Las suposiciones fueron que los estudiantes lograron huir aun heridos. Ningún periódico habló de muertos o heridos. De haberlos estarían ocultos en el campo militar o atendiéndose en un hospital particular; ir a uno oficial significaba el arresto. Los representantes del Consejo de Huelga llegaron a ver los daños y de nuevo a apoderarse del local. El mobiliario fue destruido en ciertos sitios y en el anfiteatro descubrieron las huellas de un conato de incendio.

Por esos días, en la televisión, el locutor Babadowsky retaba a los jóvenes a que probaran la existencia de muertos. En efecto, no había pruebas y ninguno de los familiares de los desaparecidos quería presentarse en público por temor a mayores represalias o a que efectivamente mataran al muchacho en caso de tenerlo apresado. A cambio de ello, el Consejo decidió invitar a los periodistas al edificio balaceado. Cuidadosamente remarcaron los disparos con pintura roja alrededor del impacto para que se vieran sin excusas. En el anfiteatro los telones y las butacas quemados eran mostrados. El Cachuchas, que siempre quería ayudar y que no siempre podía por su poca preparación, fue designado para recibir a los visitantes y conducirlos por los sitios más afectados. Estaba feliz. Soy guía de turistas. Y se esmeraba en la tarea.

—Es la escuela mártir; fue balaceada por la policía secreta —decía con seguridad, como si hubiera presenciado el acto—. No lo vimos, ¿pero quién más trae ametralladoras? Ni modo que nosotros mismos nos hubiéramos dado. Miren los hoyos. Lógico, ¿no?

Nadie sabía por qué llevaba como apodo Cachuchas, es más, nadie le decía Jorge o Rodríguez. Hasta los maestros lo conocían por Cachuchas.

El *museo* daba resultados y mucha gente lo visitaba y oía las alarmistas versiones del guía.

—Y allá están las motos que les quitamos a los ojotes de la policía, las quemamos con su propia gasolina y estamos preparados para cuando regresen. En la noche hay guardia permanente y tenemos esto —señalaba un montón de piedras, varillas arrancadas a los bancos y botellas con gasolina—. Con los coctelitos nos defenderemos; ya estuvo bueno de soportar chingaderas. De ser las víctimas.

La gente sonreía ante su lenguaje a la vez procaz y simpático. Desenfadado. El Cachuchas era más bien bajo de estatura, moreno, de aspecto auténticamente descuidado y desagradable, un tanto fanfarrón, fuerte y decidido; no tendría más de veinte años, pero representaba menos. No formaba parte del Consejo ni era dirigente ni redactaba volantes; simplemente tenía un don natural para dar órdenes y organizar grupos con rapidez. En la

Escuela Técnica lo querían y obedecían y él seguía al pie de la letra las instrucciones del Consejo. El Cachuchas no tenía interés en la política, estaba con sus compañeros y sentía asco por el gobierno de la Revolución Triunfante.

La policía intentó por dos veces capturar el local que ocupaba la Escuela Técnica y por dos veces consecutivas fue rechazada. Los muchachos y el entusiasmo del Cachuchas obtenían el triunfo. Los agentes avanzaban protegidos por cascos de acero, petos y máscaras antigás. Pero el ardor de los defensores invariablemente los derrotaba. Así pasó una semana. Los jóvenes llevaban comida a los que hacían guardia permanente y también noticias e instrucciones. El Cachuchas siempre estaba solicitando un radio portátil para oír música de los Beatles o de los Rolling, no sean cabrones, aquí la cosa es bien aburrida; si por lo menos mandaran a las muchachonas durante la noche a hacer estriptís, no habría problemas. Ya me estoy fastidiando con la inactividad. Y salía al jardín, a vigilar las barricadas y a ver los movimientos de la policía.

Una mañana lo despertaron, brutalmente:

—¡Cachuchas, buey, levántate, aistá el ejército rodeando la Escuela!

—Ni madres, déjame dormir, anoche tuve guardia, no inventes o te agarro a patadas.

Los ruidos y las voces de mando provenientes de la calle lo acabaron de despertar. Corrió a una ventana: transportes militares estaban dedicados a distribuir soldados en los alrededores del edificio. La policía dejaba su lugar concretándose a retirar a los curiosos para asegurar la efectividad de la maniobra.

—Ojetes —exclamó el Cachuchas—, son como chingomil.

Todos los jóvenes que estaban dentro de la Escuela Técnica se concentraron en un punto. Qué hacer, era la pregunta general. El Cachuchas habló:

—No nos hagamos pendejos, con el ejército no se juega; otra cosa es madrearse con la policía, hasta gusto da, ahí son gases, macanazos, ahora son tanques y ametralladoras. Vámonos rápido. Ya vieron que bazukearon la Prepa y cargaron con todos. Imposible defender la Escuela.

Sus compañeros estuvieron de acuerdo. El Cachuchas se adelantó a la puerta y desde ese lugar gritó:

—¡Salimos, tenemos clase en otra parte, no disparen! —y agitó un pañuelo que alguna vez fue blanco.

Ningún soldado le prestó atención. El Cachuchas avanzó lentamente hasta la alambrada y entonces los militares comenzaron a tirarle. Regresó corriendo al edificio.

—Ya nos jodimos; de aquí van a sacarnos a puro balazo.

El pavor se reflejó en los rostros de sus amigos y compañeros. De sobra conocían cómo actuaba el ejército. En pocos minutos lo tendrían encima, disparando.

—Sólo nos queda impedirle que entre. A ver si mientras tanto nos echan una manita los del Consejo. Vamos por botellas de gasolina.

Como autómatas caminaron al salón que sustentaba un pomposo título con caracteres toscos, hechos con gises de colores: ARSENAL, y se prepararon a repeler la agresión.

Los soldados avanzaron. Un tanque derribó la puerta principal y por ahí se filtraron docenas de hombres armados. Un tanque disparó su ametralladora y el Cachuchas arrojó la primera molotov que explotó a reducida distancia del blindado; frenó la marcha. En el acto evolucionaron más tanques disparando sin cesar; derribaron la endeble barricada. El intercambio era injusto: blindados y armas automáticas manejadas por expertos contra piedras y botellas con gasolina. Rápidamente los soldados llegaron hasta el edificio y penetraron.

—A correr de estos hijos de puta —gritó el Cachuchas y huelguistas buscaron posibles salidas o escondites.

El Cachuchas fue de los últimos en huir. Se dirigió al anfiteatro y tras un telón arrumbado decidió aguardar los resultados de la operación. Los disparos continuaban por todo el plantel y en ocasiones llegaban a su escondite palabras incoherentes y gritos. Lentamente comenzaron a espaciarse más y más. ¿Cuántos de los cuates se habrán pelado?, pensó el Cachuchas. Los pasos de un soldado resonaron lúgubres en el anfiteatro. Entró buscando agitadores, miraba de aquí para allá. Vio el telón donde estaba oculto el Cachuchas y gritó: ¡Salgan con las manos en alto o disparo! El muchacho, pegado a la pared, dejó de respirar. El soldado disparó tres, cuatro, cinco veces y esperó los resultados: ningún cuerpo cayó al suelo; defraudado, regresó por donde había venido. El Cachuchas oyó los pasos nuevamente y pudo respirar, entonces sintió el dolor en el brazo y vio la sangre. Hijo de la chingada. Apretó la herida intentando contener la hemorragia. Otra vez escuchó pisadas rumbo a él. Prefirió intentar la huida y abandonó el anfiteatro por la parte trasera, muy despacio para no hacer ruido y llamar la atención. Con suerte encuentro una salida y si llego a donde haya gente me salvé.

Eran como las diez de la mañana, tal vez menos, pero ese rumbo no tenía muchos habitantes y la policía había ahuyentado a los curiosos. No creo que me maten delante de otros. La Escuela Técnica nunca le pareció más grande. Recordó los jardines que tendría que cruzar y apresuró el paso. Atrás de él hicieron lo mismo. Lo seguían. Llegó a la última puerta, la abrió de golpe y de golpe se halló frente a un tanque con una trompa larga y lisa que lo señalaba. Cerró y esperó recargado en el picaporte. El militar que lo seguía apareció dejando de ser unas pisadas, un sonido, para convertirse en una realidad de color verde, igual que el tanquelefante inmenso que vio segundos antes.

—No te muevas, cabrón comunista —intimidándole con el fusil.

El Cachuchas alzó un brazo, el único que tenía en buen estado y dijo:

—Está bien, me rindo, no tires, estoy jodido.

El soldado, sin dejar de mirarlo a los ojos, fue acortando la distancia y cuando estuvo cerca dirigió la punta de la bayoneta al estómago del Cachuchas; éste sintió el acero tremendamente agudo y tremendamente frío.

—Tira las armas —ordenó el soldado.

—No traigo armas, palabra, nunca he usado una. Ya está bueno. Llévame detenido.

El soldado seguía mirando los ojos del Cachuchas, fijamente, sin parpadear. Avanzó y el muchacho retrocedió. El soldado empujó su fusil contra el cuerpo enemigo, despacio, despacio, pero con firmeza, como si al frente tuviera un costal de aserrín. El Cachuchas sintió una desesperación mortal, que le faltaba aire, abrió los ojos enormemente y se derrumbó a los pies del sardo que en el momento retiró su arma: vio la punta: estaba teñida de rojo. Hizo a un lado el cuerpo y abrió la puerta.

—No hay nadie —gritó agitando la mano al tanquista; el blindado dio marcha atrás y el soldado envainó la bayoneta. Con tranquilidad cerró y dejó al Cachuchas vaciándose en el suelo, hundido en la muerte.

Felipe recuerda los hechos y piensa dónde podrán estar sus amigos, dónde Sergio, dónde Patricia y su familia. Los ha buscado infructuosamente en delegaciones, hospitales, Cruz Roja, incluso tuvo una fallida intentona por el campo militar: ni siquiera el portón pudo atravesar. Qué hacer ahora, a quién recurrir, los contactos están agotados y poca gente se atreve a dar pasos favorables hacia los muchachos detenidos a causa de los disturbios. Sin embargo, tenía que seguir en la búsqueda. A Patricia la vio por última vez en la ventana de su departamento, estaba asomada, con su madre, oyendo a los oradores juveniles hablar de las demandas al gobierno. De su casa salía el cable de energía eléctrica que alimentaba al magnavoz. Hacia ella miraba Felipe cuando cruzaron el cielo dos bengalas sucesivas: una verde, la otra de color rojo. En seguida, en el tercer piso, donde estaban los miembros del Consejo de Huelga, aparecieron muchos hombres vociferando, blasfemando. Las manos que sostenían escuadras iban cubiertas por un guante blanco, tal vez era una simple venda, pero a distancia parecía envolver hasta los dedos. Dispararon contra ellos que ingenuamente se cubrían de las balas con los brazos. Al mismo tiempo, hombres en idénticas condiciones coparon los lugares de acceso y salida de la Plaza por tres lados, menos por la espalda de los huelguistas (unos veinte mil), que miraban hacia el edificio donde vivía Patricia, por ahí apareció el ejército: paracaidistas protegidos por tanques y carros de combate con ametralladoras pesadas. Felipe los había visto de cerca dos veces: en un desfile y en la ocupación de la Ciudad Universitaria. Los soldados avanzaban y de pronto la espantosa realidad: no tiraban al aire para asustarlos y dispersarlos como en otras ocasiones, ¡tiraban contra los cuerpos! La muchedumbre rugió de ira, de miedo, de impotencia; iba de un lado a otro buscando escape o el modo de parapetarse tras de algunas paredes, pero no,

imposible, era una trampa perfecta y estaban encajonados. Felipe corrió siguiendo a la multitud. Por el suelo, bolsas, zapatos, restos de pancartas y cuerpos ensangrentados que se torcían o que estaban inmóviles. Los balazos atronaban y el ruido era ensordecedor, más fuerte que los gritos de dolor y de angustia. Los hombres de guante blanco agotaban un cargador y, diestros, colocaban otro en la automática y proseguían haciendo fuego, cientos, miles de balas, fuego, fuego. Un helicóptero cuidaba que ningún joven se ocultara en las azoteas y éstas eran barridas con ametralladoras. Los soldados prefirieron posturas militares y desde el suelo o con una rodilla en tierra accionaban sus fusiles. Los tanques hicieron maniobras para encerrar aún más a los estudiantes. Del gran racimo seguían desgajándose los muertos y los heridos: caían y eran pisoteados. Felipe y un grupo lograron saltar una barda y parapetarse; allí fueron descubiertos por soldados: instintivamente dispararon; cuatro o cinco desesperados corrieron contra los militares esperando golpearlos con los palos que llevaban; a los pocos pasos eran cadáveres. Felipe llegó hasta otro edificio y oyó una voz: Por aquí, ocúltese en mi casa. Una mujer ofrecía ayuda. Pero él estaba atontado como para entender y volvió a correr y vio que por puntos mínimos se filtraban algunos compañeros. Los imitó y salió de la Plaza. Uno de los que corría adelante se detuvo en seco, ¡no corran, no corran!, vamos a ayudar a los que están adentro. La idea era quemar camiones para atraer a los soldados y a los agentes y que los muchachos atrapados pudieran escapar. También era una posibilidad para el desahogo. Y Felipe se vio incendiando transportes, arrojando cerillos dentro de los tanques de gasolina. Y así aparecieron seis grandes piras esperando que sus llamas atrajeran a los asesinos. Éstos llegaron y otra vez a huir. Felipe iba sin zapatos y estaba confuso, hacia dónde corro. Cada persona que hallaba a su paso, tan aterrorizada como él, le parecía un policía secreto. A veces caminaba para no llamar la atención, otras corría para alejarse del sitio fatídico, y así fue acercándose a las afueras de la ciudad. Desde ahí contempló el resplandor de las llamas que desprendían los camiones. Aún seguían disparando. Permaneció en ese sitio durante largo rato, hasta que el ruido de unos pasos lo sobresaltó. Era otro huelguista que huía. No habló. Jadeaba. Sus ojos, su cara, reflejaban terror y unos deseos inmensos de soltarse llorando. Al fin pudo hablar y sin preámbulos, como si conociera a Felipe de mucho tiempo, dijo: Cuando estaba hablando el de Químicas y los primeros contingentes obreros llegaron y nosotros aplaudíamos, me encontré con uno que fue compañero de Preparatoria, Pedro Coral. Me dio gusto verlo e intenté abrazarlo. No, me detuvo, traigo dos pistolas. Ten cuidado, recuerda que el

Consejo no quiere que provoquemos al gobierno. No, manito, estoy en el bando contrario. ¿Eres policía? Así son las cosas, yo hubiera querido seguir con ustedes en la Universidad, pero no pude. Había que chambear en algo. No te preocupes, nomás estamos vigilando el orden. Si no salen a la calle, no habrá problemas. Nos despedimos y le di las gracias por el aviso que creí prudente hacer llegar a uno del Consejo de Huelga. Estaban enterados. De todas formas exhortarían por micrófono a seguir en orden y luego retirarse tranquilamente a sus escuelas y casas, sin aceptar agresiones. Eso me calmó. No tanto por mí que he estado en el movimiento desde el principio, sino porque había mucha gente que no era estudiante: señores con sus hijos, trabajadores; uno llegó con un letrero: Mi esposa no pudo venir: está enferma, pero aquí estoy yo con mis hijos. Así era: uno en brazos. Por eso tenía temor. La gente empezaba a respondernos y no era bueno que ese día pasara algo desagradable que los volviera a su antiguo estado de miedo o indiferencia. Cuando estallaron las bengalas y comenzaron los tiros, corrí a protegerme en una casa donde me proporcionaron ayuda. Estuvimos ahí, tirados en el suelo, porque los disparos perforaban las paredes del edificio. A los niños los metieron en la tina del baño: el lugar más seguro. De pronto golpearon la puerta. ¡Abran! ¡Venimos a registrar! Como nadie se levantó del suelo, la derribaron y un grupo de soldados entró. Nos obligaron a salir y nos pusieron con más detenidos que lloraban y se quejaban de sus heridas. Hasta entonces me di cuenta que habían transcurrido unas cuatro horas: ya estaba oscuro y los soldados recogían cuerpos ayudándose con lámparas. Confeccionaban una pila. Espantoso: ¡eran como quinientos cadáveres! Algunos completamente despedazados, irreconocibles aun para sus familiares. Me olvidaron por un instante y decidí escapar de allí. Me puse un pañuelo blanco en la mano y con seguridad caminé entre los soldados que trabajaban en la macabra tarea; resuelto, me dirigí a uno de los agentes secretos, qué pasó, tuvimos bajas, ¿o no?, pregunté tratando de sonreír. Ninguna, parece, ninguna. Todavía no hay confirmación, hay mucho desorden. Proseguí andando hasta salir. Me paré y pude observar que a los detenidos los desnudaban, hombres y mujeres por igual, para evitar una fuga. Era, además, una forma grotesca de humillarlos, de decirles que estaban vencidos y sin posibilidades. Caminé sin rumbo, inútil ir a la escuela o a la Universidad, con certeza habría agentes vigilando. Por fin te vi y supuse que pasabas por las mismas que yo. Silencio. Automáticamente se encucillaron para descansar las piernas. Felipe jugueteó con un puñado de tierra y lo arrojó al aire, indignado; seguía pensando en los tremendos sucesos de unos minutos antes y no estaba seguro de haberlos vivido. Bromas



tortuosas de la imaginación. ¿Dónde podría estar Patricia? ¿Y los del Consejo? ¿Estarían ocultos, muertos, o tal vez en la cárcel preventiva?

Al día siguiente de la atroz matanza de la Plaza de la Cultura, los diarios traían en primera plana a ocho columnas dos noticias internacionales de profunda magnitud: *el Papa hace milagros por televisión: un ciego ve, un inválido camina. Un avión de la fuerza aérea de la República Federal Alemana choca contra la cortina de hierro. El piloto salva la vida al arrojar en paracaídas. El gobierno alemán protesta enérgicamente ante las Naciones Unidas para que los soviéticos retiren su cortina.* Más abajo, discretas noticias como de relleno, sin mayúsculas tímidas: Los estudiantes agreden al ejército y lo obligan a defenderse. Un soldado herido y un policía muerto: trágico saldo de la provocación comunista. La patria está de luto.

En las páginas interiores, cerca de las notas rojas y de las secciones deportivas que eufóricas daban las posibilidades de obtener muchas medallas de oro durante la Semana Deportiva próxima a celebrarse, el general Careaga dice que no permitirá más desórdenes. Mediante férrea actitud se protegerá al pueblo. Si los estudiantes quieren sangre, ahí está la mía (el general fue herido poco más abajo de la espalda, es decir, arteralmente, y no de hombre a hombre). El Presidente de la República pide unidad contra la conjura internacional. La procuraduría investiga el origen de las armas capturadas por el H. Ejército durante el ataque que recibieron al querer imponer el orden en la Plaza de la Cultura donde revoltosos incitaban a la violencia. Nada detendrá a la Revolución Triunfante. El senador Peraletes dice que el movimiento estudiantil que se ha prolongado por espacio de tres meses y que ha mantenido en agitación a ciertos sectores de la población escolar es una mezcla de anarquismo, trosquismo, estalinismo, todo con un poco de nihilismo. Complot de extremistas para impedir las fiestas del Caudillo. La prensa extranjera miente sobre el estado del país y dice que hay cientos de

muertos y miles de arrestados. *Sol caliente* rompe su contrato con la Reuter por las noticias tendenciosas. El pueblo aplaude la medida. Distorsionar imagen de México en el extranjero, especialmente en Europa, donde nos pintan como bárbaros, salvajes, y hablan de la ineptitud de los distintos gobiernos del Caudillo para resolver problemas básicos de la nación. Para evitar sangre inocente ejército interviene en todos los planteles educativos. El pueblo aplaude la medida. Encuentran pruebas de la subversión: retratos del Che Guevara y calcomanías que retadoramente dicen venceremos.

El pueblo aplaude la medida. El pueblo aplaude la medida.

El pueblo aplaude la medida. El pueblo aplaude/El pueblo/

Soldados y policías sólo cumplen órdenes, ciertamente, pero viera usted cómo gozan cumpliéndolas.

No a todos los llevaron al campo militar, era importante tenerlos separados y descubrir qué eslabones eran más débiles para ejercer sobre ellos presión y romperlos. Veinte de los detenidos durante la masacre de la Plaza de la Cultura fueron conducidos a la cárcel preventiva. Ahí los recluyeron sin consignación oficial, simplemente, arbitrariamente, se les metió en una crujía. Nadie podía hacer llamadas telefónicas ni recibir visitas. En la ciudad había rumores y esos rumores atrajeron a varios periodistas y personas en busca de los detenidos. Desde la calle no podía distinguirse lo que pasaba dentro del penal. Un gran jardín lo rodeaba y a éste lo protegían altísimos muros. Los guardias no respondían a ninguna pregunta, tampoco toleraban intrusos.

Por muchas horas no hubo noticias. Las personas que no hallaban a sus familiares los suponían allí, no muertos, encarcelados, pero vivos; los periódicos negaron la existencia de estudiantes fallecidos y eso tranquilizaba a los padres que no hallaban a sus hijos. Los reporteros buscaban noticias sobre el movimiento que había entrado en agonía.

Pero a las once de la noche se rompió la tranquilidad: disparos seguidos por angustiosos gritos que sí alcanzaron la libertad y llegaron hasta las personas que aguardaban en la calle. Agitación en el interior del tétrico edificio de principios de siglo y a poco rato entró una ambulancia de la Cruz Roja con varios litros de sangre para transfusiones. A los periodistas les fue permitido el paso previa identificación a eso de las doce de la noche y los condujeron ante el director de la prisión, general Jiménez. Sí, hubo heridos en una crujía de los detenidos por los disturbios; la calma fue restablecida.

Las personas que buscaban a sus familiares quedaron fuera, con su misma angustia y sujetas a las informaciones que pudieran recabar por ahí en tanto no les dijeran algo de modo oficial o a través de la prensa.

... Sus parientes y amigos, a los que dejamos entrar, se amotinaron y no querían salir de la prisión; los presos rompieron los candados e insultaron a los celadores. Tratamos de contenerlos sin violencia, de persuadirlos, pero los detenidos estaban armados con cuchillos, palos y varillas...

Algunos de los que aguardaban en los alrededores de la cárcel tomaron asiento en las banquetas y comían sin ganas golosinas para disminuir la tensión. De vez en vez intercambiaban opiniones, datos miserables, raquíticos, y luego volvían al hermetismo, al temor de que sus hijos o sus hermanos estuviesen muertos.

... los guardias fueron obligados a defenderse; las precauciones tomadas tenían el objeto de evitar heridos y los disparos el de amedrentarlos. Y así fue; la sangre traída con urgencia es para aplicar transfusiones a los vigilantes lastimados por los amotinados. Ésa es, en suma, la relación de hechos, señores periodistas. Como ven ustedes, nada anormal. Ya todo está bajo control...

(Cuando algunos de nosotros comenzamos a gritar pidiendo autorización para llamar a familiares y abogados, la policía llegó hasta la crujía donde estábamos y amenazó golpearnos si proseguíamos haciendo escándalo. Insistimos en exigir el derecho de hablar. De pronto llegaron dos oficiales y dieron órdenes en voz baja que no logramos entender. Todos los policías se retiraron dejando la puerta de la crujía abierta. Titubeamos. Salimos poco a poco, desconcertados; caminábamos con lentitud por el camino a que nos obligaban muros y rejas abiertas. Al fin llegamos a una amplia sala donde estaba un numeroso grupo de presos comunes, delincuentes, asesinos, ladrones y drogadictos; portaban tubos, varillas y cuchillos. Un celador los azuzó contra nosotros y en efecto cargaron. Retrocedimos. Imposible huir. Golpes con saña, golpes absolutamente gratuitos. ¿Cómo golpear a una persona con odio cuando no la conocemos? Logramos correr por un pasillo, amontonándonos, atropellándonos, y en el extremo contrario aparecieron policías y dispararon contra nosotros. Las mujeres se echaron al suelo y los hombres buscamos algo que nos protegiera del doble ataque; muchos iban golpeados y otros recibieron impactos de bala. Con la desesperación y el temor a los disparos regresamos hasta los criminales en un intento por cruzar entre ellos; prosiguieron su tarea demoledora: golpeándonos, hundiéndonos sus tubos y sus varillas en el cuerpo, en la cabeza. Cuerpos que angustiosamente intentaban eludir los golpes. Cabezas que se movían ansiosas de evitar lesiones graves. Éramos masacrados. Uno de nosotros llegó hasta una puerta y probó: estaba abierta. ¡Por aquí, por aquí! Como pudimos

traspusimos la puerta, hombres y mujeres; cuando hubimos pasado el umbral, el mismo que nos llamó se afianzó a los extremos del marco y trató de impedir el paso a los criminales y a los policías para permitir nuestra fuga, es decir, el regreso a la cruzía. Con manos y piernas se apuntaló y su cara, lo único que veíamos en ese momento, fue transformándose en la misma expresión de dolor mientras los golpes y los cuchillos hendían su carne; lentamente cayó al suelo donde todavía lo remataron a patadas. Concluido. La policía condujo a los delincuentes a sus sitios de origen: iban satisfechos, jadeantes, regocijados: tuvieron la oportunidad de practicar un deporte carcelario con jóvenes indefensos, que jamás estuvieron en un presidio. Al muerto le pusieron un trapo sucio en la cara —piadosa medida—, mientras llegaban los camilleros y lo retiraban.)

Durante el primer mitin celebrado en la Plaza de la Cultura, Patricia, más bien su mamá, permitió que de su casa extrajeran energía eléctrica para el micrófono. Más todavía: ahí se efectuaban algunas juntas de huelguistas. Por ello comenzó una estrecha y bonita amistad entre algunos de los jóvenes y la familia.

La familia eran Patricia, la mamá y una hermana menor, Teresa. La señora, contrariamente a la actitud asumida por muchos de sus similares, permitía que sus hijas tomaran abierto partido por el movimiento, incluso fomentaba los deseos políticos de Patricia y Teresa y ella misma las acompañaba en las manifestaciones, en los mítines; en una asamblea de padres de familia, llegó a solicitar la palabra para pedir la participación de los mayores en la lucha.

Su departamento estaba en un edificio frente a la Plaza de la Cultura; su buena ubicación, en zona escolar, populosa, hizo que desde un principio se utilizara como tribuna. Y desde el tercer piso los estudiantes hablaban.

Por tal razón, cuando la masacre, la señora oyó los primeros disparos y los primeros gritos (ella y sus hijas participaban desde la ventana) y miró cómo el ejército y los agentes policiales disparaban y los muchachos o caían heridos, muertos, o huían en busca de refugio, y no titubeó en abrir su puerta a los perseguidos para protegerlos. Dentro del departamento buscaron el suelo como única posibilidad de evitar las balas que atravesaban vidrios y paredes de poco grosor. Controlada la situación, soldados y policías iniciaron un minucioso registro de los edificios que rodeaban a la Plaza para catearlos en busca de estudiantes. Iban por ellos; que nadie escapase al cerco tendido, que pagaran cara su osadía. En casa de Patricia todos continuaban en el suelo porque a veces algún tanque volvía a disparar contra los edificios para acabar



con supuestos francotiradores, cuando el viento, aprovechando los cristales rotos para introducirse, agitaba alguna cortina. Ninguno hablaba en espera de los resultados; nada podía ser peor que aquella carnicería.

Los soldados llegaron ante la puerta de Patricia. La señora optó por abrir atendiendo a las amenazas. Y detuvieron a los jóvenes y a la familia que inútilmente los protegió.

Después vino la prisión en el campo militar, larga, nauseabunda.

Los *fusilamientos*,

los repetidos y tortuosos interrogatorios,

reducidos a bestias,

aislados totalmente, enjaulados, para que los militares tengan trabajo, algo que hacer,

ahí, sin ver más que cuatro paredes, y afuera muchas personas buscándolos, buscándolos...

Torturas mentales. La presencia de un herido sin atención médica. La misma ropa. Una comida indigna. Malos tratos, humillantes, bajos, injuriosos, degradantes, soeces. Días que se alargan, se estiran con pereza, sin nada que hacer salvo pensar y volver a pensar para entretenerse. La libertad. La libertad está más allá del campo militar, aunque después de la matanza de la Plaza de la Cultura, la libertad no existe, se vio que es una falacia, es sólo una palabra más en el diccionario de la retórica oficial.

La V de la victoria, los dedos formando la V, pintada en los muros blancos, no subsiste más, salvo en los lugares donde la acción policiaca no la borró: ahí están unas cuantas, pero simplemente son tijeras abiertas sin sentido: el tiempo irá eliminándolas.

Ahora tiene una bota en el cuello y un joven la mira aterrorizado. Ahora está muerta, endurecida. Es un cadáver desnudo. Pero antes de ser acribillada por las balas amaba y estudiaba y hablaba y escuchaba. Sus padres no saben con exactitud si ha muerto o sólo está arrestada. Prefieren imaginar lo segundo. Aún no se cansan de preguntar en las cruces, en las delegaciones, en la cárcel preventiva, en el campo militar. En la búsqueda han encontrado a otros padres, igual que ellos: desesperados, pero con la idea de que no hay muertos (repetida por radio, televisión, diarios), no hay cadáveres, no hay a quién enterrar, fija en el cerebro. Interrogan. No, no está aquí, no tenemos detenidos, circulen, no causen aglomeraciones o nos veremos obligados a dispersarlos por la fuerza. Viene un rumor: como las cárceles citadinas están repletas, llevan a los estudiantes a las de poblados cercanos, a lo mejor allí encuentran a su hija. Y van de un pueblo polvoriento a otro pueblo polvoriento preguntando por Alicia. Las respuestas son siempre negativas. Alguien jura saber dónde está, y además, por un poco de dinero (para los sobornos, claro, no para él), puede sacarla. Enséñeme el retrato. Mmmm, sí es ella. No tengo dudas. La vi en la delegación once, la tienen confinada con otras mujeres. La prueba de la parafina resultó positiva. No será tan sencillo. Su salud es buena. Nada le han hecho. Esperamos que no la consignen porque entonces la situación se complicaría. Puedo obtener su libertad, pero cuesta dinero. Cinco mil para empezar. Ustedes comprendan: los guardias, el juez; lo usual. Mañana mismo la veré. Recibirá su recado. Manda saludos; no se preocupen, tiene intenciones de no volver a meterse en líos. Ya repartí el dinero. Una semana más, a que la tranquilidad se generalice; saldrá, seguro. Ahora tenemos que sobornar a w. Consigan otros cinco mil lo más rápido posible. En cuanto pasen las festividades y lleguen las elecciones

presidenciales, van a permitir la salida de muchos, como ocurre a principios de sexenio y seguro con ellos estará su hija Alicia.

Hoy está mejor la cosa. Pueden mandarle un recado escrito y comida si lo desean. No esperen respuesta. Tienen prohibido escribir y comunicarse con el exterior. No te preocupes. Alicia, estamos arreglando tu salida, en poco tiempo estarás libre... y una despedida amorosa y cursi de viejos a su hija única.

Pero Alicia es un cadáver desnudo, autopsiado, en espera de una orden que encienda el crematorio para convertirse en cenizas. Ahora tiene una bota en el cuello y un joven de su edad la mira aterrorizado. Y mientras, sus padres aguardan a que salga de prisión. Quién sabe cuánto dure el juego. Sin embargo, tiene su lado positivo: las esperanzas se han estirado como liga: por el momento están seguros del retorno de Alicia y hacen planes para alejarla de los revoltosos y convertirla en una «muchachita juiciosa». Pese a que ella es un cadáver desnudo, autopsiado, en espera de una orden que encienda el crematorio para convertirse en cenizas.

Felipe busca a sus compañeros desaparecidos la noche de la matanza en delegaciones, hospitales, en el servicio secreto, siempre infructuosamente; sólo queda intentar en el único sitio posible: el campo militar: la gente murmura sobre la presencia de docenas de arrestados en ese sitio inmenso, aislado, refractario a los civiles, puesto así a propósito para que las personas ignoren las actividades de los soldados cuya aparente y única misión es mostrarse en un vistoso e inútil desfile en el aniversario de la Independencia, día en que pasan por millares ante el Presidente: subdesarrollada versión de las paradas nazis que tanto gozo provocaron en la población. En un Renault, Felipe hace el trayecto; al llegar comprueba que el rumor se ha extendido con las inevitables consecuencias: hombres y mujeres ante las puertas cerradas. Los soldados tienen órdenes estrictas de impedir el acceso a los civiles, salvo que se identifiquen como agentes del cuerpo secreto. Felipe estaciona el automóvil y desciende. Primero curioseosa. En las caras de quienes aguardan puede observarse cierta agitación, un estado nervioso consecuencia de los sucesos, sucesos conocidos a través de murmullos, voces en secreto, voces silenciosas. Todos los que están aquí, de pie o en cuclillas, suponen, quieren suponer, que sus parientes sufren prisión en el campo militar. En efecto, algunos deben estar arrestados; los camiones que salieron vacíos el dos de octubre, después de la medianoche regresaron cargados; llevaban a los muertos, pero hubo quien escuchó voces, lamentos.

Felipe regresa al coche. Enciende el motor y se dirige hacia la puerta. Acercándose a los guardias, pide permiso para visitar las instalaciones deportivas; simultáneamente muestra una credencial de periodista. Hay desconfianza por la juventud de Felipe. Los soldados hablan entre sí, voltean a verlo con insistencia. Las credenciales siempre impresionan, sobre todo

cuando ostentan el membrete de un periódico conocido, como ahora. No hay mucho que discutir. Órdenes son órdenes, para eso son soldados, para obedecer, no importa cuáles sean ni cuánta gravedad contengan. Disciplina, disciplina. Felipe despertó sospechas. Los soldados se acercan al coche y uno de ellos corta cartucho y grita enérgico, varonil:

—¡Abra la cajuela!

—¿Tiene alguna razón para que la abra?

—Sí, ésta —concluye mostrando el arma, apuntándole al rostro. Felipe ve la pequeña y mortífera boca del fusil: argumento definitivo. Acciona la palanca y la cajuela salta con un fuerte rechinado; el militar se encamina a la parte trasera, a lo que él supone la cajuela con lógica de automotriz estadounidense. Molesto, vuelve a gritar:

—¡Que abra, le digo!

—Está abierta —muy alto para que todos oigan—. Y levantada —añade Felipe sardónico.

Las risas de las personas que han aguardado durante horas para averiguar el paradero de sus familiares, risas de desahogo, obligan al soldado a recapitular, a rendirse. El ridículo cubre a las armas nacionales y el guardia cubre la retirada-apariencia.

—Bien, de cualquier forma tengo órdenes de que nadie pase.

Lo dice de tal modo que los curiosos escuchan y se percatan de la inutilidad de su espera: no sabrán lo que sucede dentro del campo militar.

El destartalado Renault se aleja. Ya en su departamento, Felipe medita el siguiente paso.

Un artículo, pensó Felipe, pero quién lo publicaría. Nadie seguro. Escribirlo y repartirlo como si se tratara de un volante, de mano en mano, para que lo leyera la población y supiera de la matanza y de los encarcelamientos y del terror y de la violencia desatados por el gobierno. ¿Cómo difundir la historia o algunos de sus aspectos? Algo dificulta la cabal comprensión del problema: los cadáveres: ¿dónde están los cadáveres? Convertidos en cenizas, calcinados: polvo; no, pedazos de huesos que ni siquiera pasaron por un molino para que los deudos tuvieran los restos en prácticos envases de madera que pueden ser guardados en el ropero, junto a las reliquias de familia. ¿Qué pensarán esos padres que no hallan a sus hijos, que ya agotaron cárceles y hospitales? Durante el informe presidencial posterior a la matanza el Caudillo dijo que el odio no nació en él, que lo obligaron a actuar; aunque por otra parte, fanfarronamente —lo que sus serviles colaboradores llamaron valentía— se responsabilizó de los hechos.

Vaya cinismo. Lo vi por televisión; pensé que tal vez alguien intentara vengarse, pero hemos perdido la capacidad de indignación. Por lo demás, un asesinato no cambia las cosas de la misma manera que una revolución socialista y esto último es lo que necesitamos. La opinión pública está enardecida, me dicen con frecuencia, pero tiene temor, añaden. ¿Opinión pública? ¿La suma de obreros, campesinos, clase media urbana, gran burguesía? ¿Dónde puede aparecer la cólera? La rabia no es nuestra, su dueño es el Caudillo, el Caudillo y la revolución burguesa que representa. El gobierno será represor cada que sea necesario. Además, no debo olvidar que el señor Presidente es intocable, sus colaboradores pueden ser atacados, nunca él. Cuando algo falla —o sea muy seguido—, son ellos los responsables. Y entonces dicen, engañan al Presidente, quien tiene las mejores cualidades del mundo y ni una sola falla y cada sexenio es mejor al pasado. En el asesinato del líder agrario Jaramillo y su familia, nadie acusó al Caudillo de intervenir; dijeron que los soldados lo hicieron a espaldas de su jefe. Como si aquí dieran un paso sin consultarlo al Primer Mandatario. Nunca; siempre al tanto, informado, tiene mil ojos y mil orejas, es como Dios: está en todas partes: su retrato vigila las actividades del Partido de la Revolución Triunfante, las burocráticas y aun las privadas. Tiene el don de la ubicuidad. La gente lucha por halagarlo, por servirlo. Deberíamos tener un gran cambio. Tal vez deba escribir una fábula en lugar de un artículo, como otras que he escrito y que reflejan la forma, *mi* forma de ver a México y a mi medio continente: América Latina, algo como los apólogos, y tomé un puñado de hojas que permanecían quietecitas sobre un escritorio de madera; las miró detenidamente:

Apólogos, proverbios y refranes  
para políticos burgueses, militares  
latinoamericanos y uno que otro  
policía.

El hombre es un animal político: Aristóteles.

I:

De toda la Creación, los camaleones son quienes más se parecen a los políticos: ambos grupos pueden cambiar de color según el medio ambiente. Para ello tienen un pretexto pueril: la lucha por la subsistencia. Sin embargo,

el político llega a mayores excesos que el camaleón y muda de color varias veces en tiempo mínimo, para estar a tono con la clase o grupo en el poder. No cabe duda: la Naturaleza es generosa con algunas especies y absolutamente injusta con otras. Gracias a esa facultad mimética, o transformista, los políticos no sólo subsisten, sino que viven rodeados de confort, lujo y riquezas que nadie obtiene vistiendo de un color. En breve se notará la gradual desaparición de los camaleones (cazados, enjaulados, disecados), al paso que aumenta en forma alarmante el número de políticos; para decirlo con palabras de Malthus: crece en proporciones geométricas.

II:

Sobre los gorilas pesa una tremenda calumnia: los comparan con los militares latinoamericanos. Sí. Una injusticia. El parecido de éstos es con los orangutanes. El gorila es un mal inofensivo, de buen carácter (salvo cuando los molestan: reacción normal), monógamo, amante de su familia, tímido. En cambio, el orangután es agresivo, cruel y al sentirse acosado resulta un enemigo feroz, ah, y cuando lo domestican, como el militar latinoamericano, finge docilidad. Incluso físicamente son semejantes: repulsivos; de brazos hasta el suelo, tienen complejos a causa de su fealdad y sus cerebros poseen capacidades mínimas. Se diferencian en un punto: los militares usan vistosos uniformes verdes y muchas medallas en el pecho (estrategia de cuartel, triunfos de escritorio, asiduidad a cursillos antiguerrilleros). No obstante, desnudos pueden confundirse con cualquier orangután.

Cierta vez efectuaron un experimento curioso para probar el grado de inteligencia de ambos especímenes (experimento ahora olvidado, aunque en su momento tuvo notable publicidad). Vistieron de general a un orangután, lo condecoraron, le dieron asesores militares norteamericanos y lo soltaron en medio del ejército. Desde luego, invocó la salvación de la patria, la lucha por la democracia; habló del peligro comunista, de evitar el caos, el desorden, la inmoralidad y sin más dio un cuartelazo. Y se instaló cómodamente en la silla presidencial. Por otro lado, un militar, despojado de su ropa e insignias, fue abandonado entre orangutanes; a poco llegó a jefe, pues parece que su instinto, como el de los monos mencionados, conduce al poder. Pero el improvisado dictador cometió tales desatinos (disposiciones absurdas, órdenes idiotas, promesas falsas y cosas por el estilo) que pronto dieron al traste con la organización natural que imperaba en la manada; al fin fue

repudiado por los animales, mientras que el orangután era declarado Caudillo de Caudillos, por la gracia de Dios.

III:

Un grupo de generales y coroneles latinoamericanos posgraduados en los EUA *propuso*, con la fuerza de las armas, lo siguiente:

La silla presidencial, por el bien de la nación, debe ser eléctrica para liquidar —sin derramamiento de sangre— al gobernante civil en caso que inicie la reforma agraria o se le ocurra practicar una política de expropiaciones. Y nosotros debemos tener a la mano el switch. Esto elimina el uso de las armas y acaba de lleno con las protestas populares que siempre provocan los cuartelazos; además, ahorra una serie de gastos militares que nuestro pueblo no puede costear.

A veces una simple descarga eléctrica de alto voltaje puede solucionar los problemas de un país, concluyeron muy serios.

IV:

Los loros son como los oradores que tanto irritaron a Julio Torri: nada más repiten lo que mal aprenden. Oradores y loros pertenecen a una especie abyecta, aunque necesaria para mantener en equilibrio la división entre inteligentes y tontos. En los actos oficiales y también particulares (bodas, quince años, graduaciones), nunca falta el orador que atosiga con lugares comunes, frases grandilocuentes, ademanes ridículos, voz estentórea, retórica obvia, demagogia, cuya función primordial es estupidizar a la familia que posee un loro. Debido a ello, con frecuencia insólita hallamos casas donde una familia que ha escuchado docenas de informes presidenciales, miles de discursos de diputados y senadores; presenciando campañas y giras políticas y en sus ratos de ocio o fiestas practica la oratoria, pierde el tiempo enseñándole a esas aves palabras bobas y vulgares.

Pero visto el problema con rigor, hay una contradicción: el loro, en cualquiera de sus variedades, divierte y adorna cualidades que el orador profesional o aficionado no puede al servicio del hombre.

V:



Entre los parásitos y ciertos políticos existe escasa diferencia, quizá sólo en el tamaño, en la forma y en las costumbres familiares; en lo demás, sus características son asombrosamente iguales; su número es elevado y los dos grupos viven de manera semejante: alimentándose a expensas de los seres que tienen la pésima costumbre de trabajar por su existencia.

A pesar de todo, no puede llamárseles plagas: ni a los parásitos ni a los políticos, aunque en algunos países se les aplique este nombre, son una terrible prueba a la que nos somete Dios para, después de soportarla de por vida, ganar el Cielo.

Moraleja: pobre consuelo nos queda.

Antimoraleja: lo mejor sería eliminar tanto a los parásitos como a los políticos.

Resultado: paradisiaca ciudad de Dios.

VI:

El político perfecto —explicó el búho— sería aquel que tuviera la astucia del zorro para allanar cualquier dificultad que obstaculice la meta propuesta, la bravura del león para defenderse de los ataques, la utilidad del caballo para servir a los amos poderosos, la versatilidad del camaleón para colocarse junto a los triunfadores, la verborrea del perico para pronunciar docenas de discursos sin fatiga, la sed del camello y el apetito de una oruga, pues las invitaciones a comer y beber son frecuentes y necesarias sus aceptaciones, la memoria del elefante para no olvidar ni los rostros ni los nombres de las personas útiles, la crueldad del orangután para reprimir a sus opositores, la estupidez de la zarigüeya para no afrontar los problemas nacionales, la capacidad de la urraca para apropiarse de lo ajeno, la obediencia y el servilismo del perro para agradar a los altos funcionarios, la habilidad de la cabra para escalar puestos y llegar a la cúspide del poder, y debe causar miedo como el tiburón y la serpiente para que los ciudadanos lo miren con respetuoso pavor... Como ve usted, puras cualidades animales.

VII:

No arrojéis perlas a los políticos porque de seguro se quedarán con ellas.

VIII:

La Naturaleza es sabia. Hizo los males, pero también los bienes. Creó al tiburón y le concedió grandes fauces dentadas para atacar; por esta misma razón les dio veneno a las víboras y colmillos al lobo, a los políticos poder y a los militares latinoamericanos armas estadounidenses. Y para mantener el equilibrio, creó fuerzas diametralmente opuestas: el pescador, el cazador, el guerrillero.

IX:

Entre el cerdo y el político aparentemente no hay mucha diferencia. En ocasiones, la gente utiliza su nombre para insultar. Por ejemplo, dice: Es tan asqueroso como un cerdo; o dice: Es tan sucio como un político. Vistas así, las comparaciones no son tan odiosas. Otras veces, político y cerdo se emparentan y al referirse a un político ladrón lo califican de cochino, y cuántas veces no hemos oído: La Cámara de Diputados es una auténtica pira.

No obstante, es correcto e inteligente salir en defensa del cerdo. Aclaremos. Este animal vivo para nada sirve (no cuida la casa como el perro, no es adorno como el pájaro, no ayuda al hombre como el caballo), pero una vez sacrificado la cosa cambia: su cuerpo es totalmente comestible y los restos, incluyendo cerdas y huesos, se utilizan en diversas industrias. El político, a cambio, ni en vida ni muerto tiene valor. Vive como parásito del erario, es una rémora, sus actos carecen de trascendencia y muerto, el funeral, salido de los impuestos, resulta costosísimo; además, sus congéneres le construyen monumentos de mármol por toda la ciudad.

O sea, la muerte dignifica al cerdo y sus carnes, manjares exquisitos, son servidas en las mejores mesas; mientras que el político fallecido, oh triste final, no tiene mayor utilidad que la que tuvo en vida. Los más decididos caníbales no devorarían el cadáver de un prominente y gordo político, demostrando con ello un buen gusto natural. Y ninguna mamá razonable, que eduque científicamente a su hijo, amenazaría con el espíritu de un senador (si no te portas bien, vendrá el político a jalarte los pies), para el niño el susto sería atroz y el trauma imborrable.

X:

El político-camaleón supone que todos son de su condición.

XI:

Desde un remoto país de América Latina llegó la noticia que no cesa de perturbar a las estructuras socio-políticas de los demás países del continente: el ejército se sindicalizó, lo cual muestra un enorme adelanto democrático. El presidente del lugar elogió sin medida el paso y el mismo Congreso comentó, en términos favorables, la creación del Sindicato de Soldados y Similares, A. M. (asociación militar, por supuesto).

Esto tiene sus ventajas, afirman los eufóricos cables. Los militares ya no darán cuartelazos ni asonadas en busca del poder. Ahora simplemente se lanzarán a la huelga (de bayonetas caídas) para presionar al gobierno en tal o cual sentido. Si por ejemplo, los militares desean mayor injerencia en los centros de decisión política, bastara poner en las puertas de los cuarteles la bandera rojinegra y entregar, como se acostumbra, el pliego petitorio. La lucha entre ellos y el patrón (gobierno) se entabla y la Secretaría de Conflictos Laborales tendrá que resolver a favor de unos o del otro. Claro, tomará en cuenta un hecho incuestionable: el ejército tiene las armas en sus manos y no se trata de confundirlos con obreros desvalidos que desean un simple aumento en los salarios o mayores prestaciones.

Muchos han querido hallarle defectos a la medida y plantean interrogantes pueriles: ¿qué sucedería en caso de que surgiera un brote guerrillero (las condiciones del pueblo no son muy satisfactorias que digamos), o en caso de que un país vecino provocara una guerra (cuestión no descartada por razones fronterizas, expansionistas o de simple orgullo nacionalista) durante el transcurso de una huelga general de soldados? A tales críticos se les ocurre pensar en la capitulación sin disparar un tiro. Pero no es tan sencillo. Una guerra o un brote guerrillero en nada afectan la seguridad del Estado y sí, a cambio, sirven como factores de presión para que la Secretaría de Conflictos, viendo la posibilidad de su desaparición, falle inmediatamente en favor de los huelguistas, para que, concedidas las demandas, puedan actuar sin pérdida de tiempo.

Por otra parte, debe considerarse el sentido patriótico de los militares, bueno, al menos su inteligencia: si perdieran la guerra o los guerrilleros tomaran el poder, quedarían sin empleo y resulta difícil hallar otro, sobre todo cuando sólo saben disparar. Quizá de mercenarios en lugares muy apartados y peligrosos, pero nuestros militares no gustan de tamaños sacrificios y prefieren conservar lo que tienen. De ahí que una huelga de soldados nunca

pondrá en peligro las sagradas instituciones democráticas, por el contrario, las protegerá.

XII:

Equis es un país gobernado por militares que han hecho tantas y tan exageradas concesiones a la potencia Dobleú que, cuando la situación mejore, los nuevos dirigentes comenzarán por nacionalizar al ejército y expropiar la marina de guerra.

XIII:

En muchos países del llamado mundo libre u occidental existe una clase de políticos prominentes que parejo a su descansado triunfo en el *arte de gobernar* crece su vientre hasta alcanzar un tamaño descomunal, como el de sus parientes lejanos: los millonarios que habitan la parte norte del continente americano. Los estudiosos de esta especie suponen —pues aún no han podido comprobarlo científicamente— que se trata de una acumulación de grasa semejante a la del oso y el camello, que permite al político sobrevivir largas temporadas de privaciones cuando ha caído en desgracia porque las intrigas palaciegas, las maniobras turbias y los compadrazgos no dieron buenos resultados. Por la razón que fuere, estos ejemplares permanecen en sus guaridas (mansiones) esperando mejores tiempos para salir de cacería (otro puesto público); mientras eso sucede, consumen plácidamente sus reservas ventrales.

XIV:

Después que otros militares con mayor rango y mando de tropas llegaron al poder, al fin correspondió su turno al coronel Numa Pompilio Pérez, quien había esperado largos años. Numa Pompilio vio pasar por la presidencia de la república sucesiones de generales que en el momento oportuno fueron derrocados por otros ambiciosos militares. Pero en quince años constantes asonadas agotaron a los generales y por lo tanto ahora correspondía a los coroneles dar cuartelazos. Numa Pompilio Pérez, héroe condecorado por violentos combates burocráticos, ocupaba el primer lugar de la lista y dio su

tan anhelado golpe de Estado para instalarse cómodamente en la primera magistratura.

Una vez que —rodeado de sus tropas leales— Numa Pompilio se sintió seguro y firme, hizo sus primeros actos de gobierno:

a) se ascendió a generalísimo;

b) declaró al comunismo enemigo público número uno de la humanidad de su país (así lo dijo, en serio);

c) expropió las compañías nacionales, muy pocas, para entregárselas a sus legítimos dueños: los consorcios norteamericanos;

d) para que el país marchara por la senda del progreso y la legalidad (sin duda recordó sus clases de civismo en el H Colegio Militar) *dictó* al Congreso una nueva Constitución basada en el Derecho del más Fuerte y codificó la Ley de la selva.

XV:

Los militares de X se defendieron con valor de la acusación que el pueblo les formuló: pertenecer a la familia de los primates. En la lucha suprimieron las libertades de prensa y de expresión junto con las restantes garantías individuales, luego metieron en la cárcel a varios cientos de opositores, por último juraron ser la nueva clase de militares «revolucionarios» que se adueñan del poder para dirigir al país hacia la democracia (*sic*) sin llegar a funestos extremismos (se refiere al comunismo) y no por los motivos tradicionales. Todo iba bien y el asunto parecía ganado por los militares; sin embargo, cuando algunas esposas tuvieron hijos con las características del changuito (incluyendo cola), generales, coroneles y hasta cadetes recapacitaron sobre su origen y las fallas de la evolución de las especies. Sólo que en público nunca han dicho algo al respecto.

XVI:

El político es el lobo del hombre.

XVII:

Este animal se llama policía: Nicolás Guillén.

La familia de los primates cuenta con una curiosa especie: el policía, primo cercano del orangután latinoamericano. Parecidos salvo en el pelaje: el de éste es verde, el de aquel azul. También hay otra diferencia importante: la modestia de los policías que simplemente se hacen llamar guardianes de la ley y que jamás aspiran a tener en sus manos el control político del país. Modestos. Sus funciones son distintas, complementarias de las militares. Buscan conspiraciones, subversiones, complots, o, peor aún, lo inventan para justificar la paga.

Entre el gobernante civil y el gobernante militar hay un eslabón (y no perdido): el policía que ejecuta tareas que el orgulloso ejército desdeña. Es su mejor colaborador y por sencillo que parezca su trabajo, parte de la seguridad burguesa está en sus manos o por mejor decir, en sus macanas, pistolas y gases lacrimógenos. Los métodos policiacos son primitivos, bestiales, pero efectivos. Pocas manifestaciones logran llegar a feliz término y no hay mitin que no disuelvan en pocos minutos.

No todos los policías tienen pelaje azul. Existe otra variedad camaleónica, pues cambia de color a placer; se disfraza de civil para efectuar su trabajo con mayor precisión. El policía secreto es todavía más peligroso, es un animal en cautividad, como los gatos, que jamás llegan a ser totalmente domésticos (nunca sabemos cuándo tirarán el zarpazo). Es temible, incansable perseguidor de los enemigos de sus amos. Su mentalidad es inferior a la del militar y a la del policía azul. En repetidas pruebas, los zoólogos no han logrado enseñarle lo que cualquier otro animal aprende rápido y sin mucho esfuerzo. Pero dadle un arma y husmeando él solo se encargará de hallar a los miembros de la oposición y liquidarlos al instante. Por ello es el consentido de los gobiernos latinoamericanos y una que otra potencia mundial.

Cuando hay manifestación estudiantil o mitin de protesta, al policía secreto lo enjaulan (acuartelan), le niegan comida, le dan alcohol y lo sueltan para que destroce a las personas que participan en actos populares. Sale rugiendo de ira, babeando, y llena de golpes y balas los cuerpos que tiene al alcance. En privado, su ferocidad es mayor y ningún silencio existe para él. Dos horas, qué digo, media hora basta para que, después de la sesión de tortura, cualquier estudiante o inocente ciudadano se declare terrorista o culpable del asesinato de los Kennedy.

XVIII:

Lo que menos se agradece a un dictador (primate que ha encontrado en el Nuevo Mundo inmejorables condiciones geográficas, climáticas y alimenticias para reproducirse) es su longevidad. Ni la tortuga ni el elefante viven tanto tiempo. Émulos subdesarrollados de tiranos europeos (Mussolini, Oliveira Salazar, Hitler, Franco, digamos) llegan a durar ochenta años o noventa. La causa de este fenómeno es el poder, que los rejuvenece y les proporciona una vitalidad asombrosa; tal parece que se tratara del elixir de la vida o de la fuente de la eterna juventud. En una ocasión, un miembro de esta especie se hizo dictador y al día siguiente del abominable acto, representaba treinta años menos, hecho que no dejó de asombrar a los observadores políticos extranjeros. (Incluso en las llamadas democracias representativas, que no son democracias y que tampoco representan a nadie más que a la oligarquía nativa, los candidatos presidenciales electos llegan exhaustos a la cúspide del gobierno y en seguida reducen el peso de los años y la fatiga.)

La Naturaleza dotó al dictador mejor que a otros para resistir el tiempo. Algunos animales que viven en cautividad logran prolongar su existencia a costa del sacrificio de la libertad. Pero el tirano no elimina más que la voluntad del pueblo y alcanza edades prodigiosas, inconcebibles en América Latina donde el promedio de vida es bajísimo. De ahí que algunos aventureros estadounidenses ofrezcan —a muy alto precio— la fórmula para alargar la existencia. Y lo que en realidad venden son armas y asesoría militar para que quienes puedan pagar tomen el control absoluto de sus respectivos países. Por esta razón, largas oleadas de políticos ancianos y enriquecidos durante el ejercicio de funciones públicas, se arremolinan ante las embajadas norteamericanas en busca del tónico que les conceda juventud eterna; pero no todos lo alcanzan; es decir, no cualquiera reúne los requisitos para que les entreguen un país y con él la longevidad.

XIX:

Militar latinoamericano<sup>[3]</sup>  
(Militaris platirrinus)

*Clase:* mamífero.

*Orden:* hervíboro.

*Familia:* primates.

*Altura:* 1.60-65 m con botas.

*Peso:* 60-70 kg sin armas ni medallas.

*Alimentación:* plátanos y varios tipos de hierbas: algunos ejemplares se aficionan a la carne humana.

*Gestación:* 9 meses (igual que el hombre).

*Camada:* 1-2 crías.

*Longevidad:* 70-80 años, más si está en el poder.

*Joven:* Carece de graduación importante y apenas desea llegar al control político de su país mediante una férrea dictadura. Afina sus conocimientos militares tomando cursos antiguerrilleros con especialistas norteamericanos. En esta etapa lo llaman cadete. Su ignorancia es absoluta y sólo lee y escribe lo suficiente para llevar sus materias bélicas. En el periodo de aprendizaje obtiene las bases de su extremo derechismo. Tiene mentalidad reducida, de chimpancé.

*Adulto:* Su ambición política creció junto con los deseos de «salvar al país del comunismo». Ha alcanzado gran jerarquía: ahora es coronel o general y está vinculado a la Iglesia, a la oligarquía, a la iniciativa privada y, of course, a la embajada de los EUA. No tiene las menores ganas de que se efectúen elecciones o se incurra en alguna manifestación democrática. Gusta de los uniformes vistosos y usa tantas condecoraciones en la guerrera como un niño se pone corcholatas de Coca-cola en el suéter. Tiene la severa convicción de que las armas deben ser utilizadas en el gobierno, es decir, concibe el armamento como un capítulo de la Política. Su mejor hábitat es el Ministerio de Guerra, allí piensa (¿?) mejor sobre el «fiero arte de gobernar». Es adusto y poco sociable. Sus expresiones favoritas son defender la libertad y el orden, el mundo libre, a Dios y a la Religión (se refiere a la católica), la incompatibilidad con los sistemas rojos (esto lo dice con mayor desdén), el sagrado derecho a la propiedad y al latifundio, etcétera; liquidar la pornografía y la subversión; y no habla de cambio o de reforma agraria o de comunismo. De vez en vez calienta su espíritu patriótico con quemas de vanidades y transforma en humo y cenizas todo lo que considera ajeno a los valores y a la idiosincrasia nacionales. Sostiene que el odio a lo nuevo es el motor de la historia, y que los civiles carecen de tamaños para dirigir al país: son débiles, no saben disparar. Ya es un fascista perfecto. Su hobby principal es jugar a los soldaditos, pero como sus amiguitos estadounidenses le proporcionan armas de de veras, los resultados son funestos. Invariablemente tiene mentalidad reducida, de chimpancé.

XX:



—... Debemos fusionar el Ministerio de Educación Pública con la Secretaría de Guerra para que salgan maestros soldados y militares que sepan leer y escribir. Es la forma de asesinar dos pájaros de un solo escopetazo: los maestros causan disturbios que bien podrían evitarse con la militarización y los soldados dejarían de dar la imagen de incultos e ignorantes que hasta ahora han dado. Las escuelas y los cuarteles quedan así ligados y brindan un ejemplo de lo que pueden hacer los países jóvenes. Soldados en la enseñanza y maestros en el combate. ¡Gises y tanques al servicio de la patria, señores legisladores!

—¿Se considera suficientemente discutida la proposición del general y profesor Corona de Aranzábal? Perfecto. Aprobada.

XXI:

Un niño le dice a otro refiriéndose a un tercero que juega solitario, ensimismado y triste en un jardín sudamericano.

—Pobre, está acomplejado: su papá es civil.

XXII:

El hombre es un animal político, señaló Aristóteles. Digamos mejor que el hombre cuando es político es un animal, o simplemente, el político es un animal.

XXIII:

Epitafio para un dictador latinoamericano.

A mis posibles hijos, por si desean ser militares Tomó el poder mediante un golpe de Estado,

Con la guerrera cubierta de medallas se declaró Presidente Eterno y fue aprobado unánimemente por el Congreso, Gobernó a su pueblo con mano de acero y por poco vende el territorio a los capitalistas extranjeros y nacionales que financiaron su cuartelazo y lo apoyaron.

Quiso hacer grande a su patria y embelleció la capital llenando los jardines de ardillas y los lagos de truchas que el desagradecido y hambriento pueblo devoró.

Borró las posibilidades de oposición considerándolas alta traición,

Erigió universidades pero olvidó hacer escuelas de enseñanza primaria,  
Inauguró puentes que se derrumbaron al paso del primer transporte,  
Mandó construir líneas ferroviarias sin retorno,  
Creó el dogma de la infalibilidad presidencial,  
En un vasto territorio trató de ganarle terreno al mar,  
Dio ejemplo de modestia viviendo en tan sólo unas cuantas hectáreas de  
árida tierra recubierta de mármol,  
Puso en la cárcel a sus enemigos y aumentó las fuerzas policiacas creando  
un número mayor de empleos,  
Creó la Presidencia Hereditaria,  
En varios discursos liquidó los grandes problemas nacionales e hizo  
desaparecer el hambre y la miseria por decretos que no pudo leer la población  
analfabeta,  
Incrementó la deuda pública,  
Evitó la sobrepoblación con eficacia: matando estudiantes y enemigos  
políticos,  
Al fin falleció de una congestión estomacal.  
Descanse en paz (y ojalá no resucite). Amén.

#### Recapitulación:

Comparar a los políticos burgueses, a los militares latinoamericanos y a los policías con animales ha sido, parafraseando a Chesterton, injusto; injusto para los animales que poseen mejores cualidades y tienen mayor sensibilidad.

Por ello pido una sincera disculpa a quienes amen a los que se clasifica injustamente de seres irracionales.

#### *Los tres jinetes del apocalipsis.*

Pero ahora tal vez no funcione un apólogo: lo que debería escribir es un libro sobre el movimiento estudiantil, una novela, porque dudo que la fábula sirva, no basta para contar lo sucedido. Jugeteó con unas hojas recién escritas a máquina, las detuvo y leyó, esta ocasión en voz alta: Fábula del orangután dictador. El viejo orangután llevaba varios años gobernando al país. Era un tirano cruel y corrompido que tenía un formidable odio hacia los demás seres de la Creación, odio nacido de su repugnante fealdad. Se trataba de un individuo intolerante y acomplexado, y ay del que estuviera en desacuerdo con sus disposiciones o protestara: la cárcel y la tortura eran los castigos usuales

del dictador. El orangután llegó al poder gracias a su habilidad política, a su falta de escrúpulos, a su ambición y a su partido integrado por loros, guacamayas y camaleones que durante la campaña electoral supieron engatusar a los ciudadanos con promesas y planes que jamás cumplieron, para únicamente dedicarse al saqueo de las riquezas. Y como el ejército era fiel al orangután, la camarilla gobernante estaba confiada en perpetuarse indefinidamente en el Estado mediante elecciones controladas. En ocasiones, el orangután daba muestras de su poderío y durante una manifestación de protesta contra la dureza gubernamental, ordenó al ejército —elefantes y tigres— que cargara contra los participantes, pero que lo hiciera con violencia para evitar repeticiones; en lo futuro, nada debería turbar la tranquilidad del país y menos un puñado de inconformes. Quienes no murieron aplastados bajo el peso de los paquidermos, fallecieron en las garras de los tigres. Al anochecer, más de cuatrocientos animalitos estaban sin vida. Ése fue el resultado de un acto demencial/

No, no tenía sentido. Era hasta ridículo escribir una fábula que nadie entendería. Rompió el trabajo inconcluso. Debería escribir un libro sobre la matanza. De seguro ya están haciendo docenas con el tema. Qué importa uno más. Se trata de denunciar, de protestar: no todos permanecemos callados ante la represión. En materia de literatura no hay censura, al menos no ostentosa, cuando mucho se sabe de políticos disgustados que retiraron un libro adverso comprando la edición. Y es claro, no hay departamento de censura, ¿para qué? Es innecesario, la maquinaria está bien aceiteada y nada desajusta, es magnífica. Ningún director de periódico, por ejemplo, va más allá de lo permitido y sobre temas difíciles escriben las personas de probada fidelidad que hacen las veces de oposición, aunque son los más abnegados servidores del Estado. Algunos parecen decir cosas fuertes, pero no salen de los marcos establecidos desde arriba. Hay editores independientes que tampoco arriesgan mucho. El papel lo vende el gobierno. No abundan los lectores. Eso sí, nadie falta al discurso de la libertad de prensa; todos corren a atragantarse de mierda y a aplaudir al señor Presidente. ¿Escribir una novela? La única certeza es que esto ha sido típica lucha entre buenos y malos, como en los viejos westerns, cuando los directores no querían complicarse la vida trabajaban sobre las variantes de la maldad y la bondad, sobre sus sutilezas y sus combinaciones. Por un lado el Estado todopoderoso, con medios de represión excelentes y el ejército a sus órdenes; por el otro, un gran número de jóvenes sin más armas que su decisión de limpiar el país, con intenciones honestas. Para la mayoría de los muchachos el movimiento representó la lucha contra la ausencia de

libertad, de progreso económico y espiritual. Pelearon porque los principios de la Revolución Triunfante ya son inútiles: la reforma agraria fracasó, la campaña de alfabetización igual, los campesinos siguen siendo explotados, la enajenación y la miseria de los obreros es degradante, la economía en manos extranjeras, en el gobierno y en el PRT la corrupción está a la orden del día y los políticos sólo tienen un lema: enriquecerse tan rápida como ilícitamente sea posible; los líderes populares siempre son los mismos desde hace años; el fanatismo religioso vuelve a mostrarse en las calles; en las cárceles hay presos políticos por docenas; las elecciones son una farsa más de las miles que diariamente se representan en ese enorme teatro que es nuestro país, y ése es el mundo que los jóvenes quisieron destruir. Una lucha entre buenos y malos. El villano y el muchacho. Fue un movimiento sin gran fortaleza ideológica, ésta se hallaba en los dirigentes y no en todos, sin la ayuda de obreros y campesinos. Un movimiento estimulado por los grandes fracasos de la Revolución, que si bien es cierto que ha desarrollado un poco a México con lentitud exasperante, también es cierto que ese desarrollo anárquico, sin sentido, pesa sobre las grandes masas; la concentración de la riqueza, igual que en 1910, está en manos de unos cuantos: banqueros y políticos. Ni más que hablar: los buenos contra los malos. Escribiré una novela. Bien podría llamarse *Ahí vienen los tanques* o *El gran solitario de Palacio*.

Convocados con urgencia, los reporteros que cubrían la fuente política llegaron hasta el campo militar, en las afueras de la ciudad, más bien en los límites, en un inmenso terreno que se extendía kilómetros y kilómetros y que permanecía rígidamente vigilado por elementos del propio ejército.

Las fuerzas armadas tenían en sus manos pruebas de la conjura para derrocar al gobierno y querían mostrarlas a la prensa.

Luego de presentar identificación, los periodistas fueron conducidos en jeep a un edificio y de ahí a pie a una amplia sala donde les enseñarían el material capturado: en largas mesas había cuchillos de cocina y viejas armas de fuego de tipo oficial con etiquetas; también estaba incluido un par de escopetas de retrocarga. Dotados de ese arsenal, los estudiantes pensaban liquidar al Estado.

Los fotógrafos capturaban en sus placas las armas y ninguno se atrevía — con tanto soldado alrededor— a deslizar bromas sobre la efectividad de los cuchillos domésticos y de las pistolas antiguas contra tanques y ametralladoras.

En el centro de la sala, una cabina protegida por cuatro vidrios a prueba de bala tenía en su interior una silla y al frente un micrófono. Una voz tranquila y autoritaria puso a los periodistas en alerta; concentraron su atención en la entrada: las hojas se abrieron lenta y espectacularmente; como en el teatro, las luces se hicieron tenues, y el silencio completo en espera de los actores. Un joven lampiño, de cara asustada y con evidentes muestras de haber sido golpeado, entró rodeado de policías militares. Lo condujeron a la cabina, lo encerraron en ella dejándolo sentado frente al micrófono y los flashes de los periodistas iniciaron sus fogonazos. La misma voz —salida de una bocina oculta— invitó al público a sentarse y escuchar la confesión.

VOZ:

¿Reconoces las armas que están en las mesas?

JOVEN (sin mirarlas):

Sí. Son las que reunimos para atacar al ejército en la Plaza de la Cultura.

VOZ:

¿Cómo las obtuvieron?

JOVEN (recitando):

Las obtuvimos con el dinero que nos entregaron el licenciado Carlos Cipuentes y Xavier González.

VOZ:

Eso es. Y qué más. Habla.

JOVEN (ídem):

También compramos armas con el dinero que recolectamos.

Los periodistas no cesan de  
apuntar en mugrientos blocks.  
Los más listos trajeron  
grabadoras. Ocasionalmente los  
reporteros alzan la voz y  
pronuncian frases de indignación  
y alarma.

VOZ:

¿A quiénes les entregaban el dinero las personas que mencionaste?

JOVEN:

A mí me dieron varias sumas. La mayor fue de diez mil pesos. A Sergio Montoya le dieron cantidades más fuertes. También otros miembros del Consejo de Huelga recibieron dinero.

VOZ:

¿Qué objeto tenía ese dinero, aparte de comprar armas?

JOVEN:

Básicamente mantener el movimiento en efervescencia. Teníamos muchos gastos: papel, mimeógrafos, mantas, pintura, alquiler de sonido y el pago de las inserciones que publicamos en *El Mundo* y *La Humanidad*, donde exponíamos nuestro programa.

Los reporteros buscan con furiosas  
miradas a los representantes de los  
diarios mencionados, quienes se

hunden en sus sacos deseando no haber ido.

VOZ:

¿Cómo se entrevistaron con el licenciado Cipuentes y con Xavier González?

JOVEN:

Primero por teléfono. Julián Romero, el representante de Ciencias, nos puso en contacto con ellos. Dijo que sólo querían ayudarnos. Luego, en ciertas ocasiones, y siempre de noche, nos reuníamos en casa de Cipuentes. Platicábamos de política y nos decía que era necesario mejorar la situación del país, que la Revolución había sido traicionada y que a través del movimiento podríamos despertar la conciencia adormecida del pueblo a causa de tanta propaganda, que en los últimos sexenios el Caudillo osciló a la derecha, que por eso él renunció al puesto que tuvo en el gobierno. Por terminar nos daba dinero. Para el movimiento, yo sé que esta clase de acciones necesita dinero, decía.

VOZ:

¿Qué injerencia tuvieron los comunistas durante el movimiento?

JOVEN:

Nos decían qué hacer y redactaban los manifiestos.

VOZ (doctoralmente):

O sea, les daban la línea política.

JOVEN:

Sí, la línea política.

VOZ:

¿De qué manera?

JOVEN:

Decían que mantuviéramos el caos y el desorden y que pronto los campesinos y los obreros se nos unirían y sobrevendría la revolución, la lucha armada. Muchos intelectuales y profesores apoyaron esta tesis. Y en el Consejo de Huelga, la mayoría estuvo de acuerdo. Dijeron que seríamos el detonador que hiciera explotar la bomba revolucionaria y que la oligarquía y las fuerzas represivas quedarían liquidadas. Ése fue el lenguaje.

VOZ:

¿Consideras que el movimiento fue un acierto?

JOVEN (cansado):

No, un error, ahora lo comprendo. Pero en ese momento había euforia y salíamos a las calles y teníamos las escuelas y parte de la opinión pública.

Actuamos de buena fe y otros se aprovecharon del momento; fuimos engañados.

VOZ:

¿Quién ordenó el fuego contra el ejército?

JOVEN:

En el Consejo se discutió si deberíamos ir armados o no. Se sometió a votación y ganaron los que estaban por la línea dura. Nos repartimos las armas. Me parece que fue Sergio Montoya el primero en abrir fuego contra los soldados. Quería que nos atacaran y así tener a la gente convencida de que era necesario ir más lejos y acusar al gobierno de criminal. Además, como el cambio de poderes está próximo, quería sembrar la confusión.

VOZ:

¿Sabías que Sergio Montoya y un grupo de sus seguidores se convirtieron en guerrilleros?

JOVEN:

No. Pero Montoya tenía instrucciones secretas de que si fracasaba el movimiento y las masas no lo apoyaban contra el gobierno, él y otros del Consejo se irían a la guerrilla. Tenían ocultas las armas y preparados los contactos. Siempre estaban leyendo libros del Che Guevara y de Mao y me parece que recibieron entrenamiento militar.

VOZ (subiendo dramáticamente el tono):

Señores periodistas, ahí están las pruebas de la conjura que afortunadamente hemos desbaratado. Son muy claras, pero si alguien desea hacer preguntas, es su pleno derecho y puede ejercer su profesión libremente y sin cortapisas, por eso estamos en un país democrático. Ustedes difunden las noticias entre el pueblo y por ello gozan de respetabilidad.

Silencio. No es necesario  
preguntar. Todo resulta  
demasiado claro. Las luces  
disminuyen y el éxodo de  
periodistas se inicia, luego de que  
los policías militares conducen al  
joven a un tribunal para menores.  
Ya tienen la noticia de ocho  
columnas.



Una de las pruebas halladas en la Plaza de la Cultura y que muestra de manera irrefutable el carácter de la conspiración es el manuscrito de un diario. Un joven que murió accidentalmente de cuatro tiros de ametralladora lo traía en la bolsa del pantalón. En síntesis, es una muestra del lenguaje que utilizan los adolescentes, salpicado de palabras y términos en inglés, una especie de argot muy de moda en estos días, y dice quiénes avivaron el movimiento estudiantil, por qué razones; trae los nombres de las personas que proporcionaron dinero, la lista de los principales involucrados, direcciones; todo anotado con minuciosa exactitud y coincide plenamente con lo expuesto por el dirigente del Consejo de Huelga que confesara en el campo militar la siniestra conjura contra el gobierno del Caudillo. Asimismo, en sus páginas aparecen nombres como Schultz y Caram, lo que prueba la participación de extranjeros.

Un señor llamado Pedro Coral halló el diario y en la mano del occiso una pluma atómica, con la cual seguramente escribió el epílogo, intentando ser un nuevo Che Guevara. Los expertos dicen que el joven ya agónico redactó los últimos diez capítulos y las conclusiones, pues la letra varía y los rasgos son de difícil lectura en las trescientas páginas finales.

Como permaneció oculto con cuatro balas en la región cardiaca (debió arrastrarse hasta el cubo del elevador de uno de los edificios que rodean a la Plaza de la Cultura), no pudo ser atendido por elementos sanitarios del ejército nacional que con afán buscaron heridos y lastimados para prestarles ayuda.

Un editor, que prefirió guardar el incógnito, compró el manuscrito para imprimirlo. Calcula que será el bestseller del año. El título de las memorias será: *Historia de una infamia: revelaciones de un adolescente guerrillero*. En

la publicidad se hará hincapié en que fue el revolucionario más joven del mundo.

El tipo que leía el periódico lo arrojó al suelo, violentamente, y lo pisoteó y él solito decidió boicotear al *Sol caliente*, y ahí, hablando consigo mismo, ante el azoro de los transeúntes del mediodía, juró nunca comprar el manuscrito revelador:

¿a quién querían verle la cara de pendejo?

Pedro Coral tuvo el día libre. Lo merecía. Durante tres meses trabajó intensa, desesperadamente, sin descanso, por contener el movimiento estudiantil que llegó a grandes proporciones y que luego de la masacre de la Plaza de la Cultura se redujo a cero, apenas unos cuantos activistas angustiados, empeñados en no reconocer el fallecimiento —asesinato— de la lucha. Ahora Coral iba a beberse unos tragos muy merecidos con un amigo en el Casa Blanca y luego irían con las putas. Una orquesta tropical tocaba con desgano y pocas parejas bailaban. No eran más de las diez de la noche, pero el agente secreto y su amigo habían comenzado a beber desde las cuatro de la tarde, después de la comida y de que el comandante Lozano mandó por Coral para entregarle un fajo de billetes.

—Toma, te portaste bien, como los machos y arriba lo saben. Aquí tienes tu compensación por el esfuerzo y tómate el día; luego te presentas a tu grupo y vuelves a la tarea de siempre.

—Gracias, mi comandante —y tomó el dinero sin precipitaciones; calculó que sería bastante.

Coral se despidió y fue por su automóvil. Perfecto: sería un día maravilloso: tenía dinero y marihuana. Arrancó en busca de un amigo, un buen amigo que compartiera sus ganancias y la plática.

Pedro Coral cruzó el corralón (lugar donde la policía acostumbraba guardar los coches que por alguna razón recogía). En el camino saludó al guardia del sitio.

—Qué tal, cómo le va, jefe —repuso el vigilante.

—Bien, ¿y tú?

—Así, así, aburriéndome. ¿Cómo salieron las refacciones que le conseguí?

—Buenas. Las llantas perfectas, salvo una que mandé recubrir; al radio le faltaba un transistor; los tapones se los regalé a un cuate.

—Vino el dueño del coche a reclamar, traía los papeles...

—¿Y qué dijo?

—Lo de siempre, pero como siempre se conformó y luego trajo una grúa y se lo llevó. Qué puede hacer. ¿Levantar un acta contra la policía? Eso es perder el tiempo. El coche era de un revoltoso; lo pescaron en una manifestación; decía que no era huelguista y que esperaba a su novia; puras habladas de cobarde maricón. Lo apañaron y le dieron una buena calentadita y trajeron el carro. Es un modelo popular y no sólo usted necesitaba piezas... Total que el Ford se quedó en la pura carrocería y monoblock. El viejo se puso bravo; debe haber sido el padre; gritaba y manoteaba. Me dijo: El coche está desvalijado, robaron lo de valor. Yo contesté que ése no era mi problema, que me limitaba a cuidar y que había llegado así. Me pegó de gritos: ¿Sin ruedas? ¿Llegaría volando? Y dije que sí, vino por aire. Se fue y antes apuntó el número de mi placa; está loco, me cai.

Pedro rió de buena gana y siguió caminando hacia el amigo que necesitaba para beberse unos tragos de ron.

La orquesta dejó de tocar. Pedro continuó hablando y bebiendo. Sin alcohol era callado, introvertido, sombrío, igual que cuando estuvo en la Preparatoria. En su trabajo era duro, cumplido: nunca fallaba. Él fue quien sacó adelante el asalto al Banco de Comercio y Ahorro: por una corazonada dio con un soplón y después de amedrentarlo, escuchó datos precisos que lo condujeron hasta los ladrones. El Banco lo premió —recuperaron íntegro el botín— y el comandante Lozano fijó su atención en él: en efecto, era diferente a los demás policías secretos, al menos tenía escolaridad y carecía de antecedentes penales, cosa extrañísima en el cuerpo. Al comenzar el movimiento estudiantil, el comandante Lozano mandó a Coral de espía. Aquello significaba graves pérdidas para el joven agente, porque en servicio normal sacaba buen dinero extorsionando a compradores de chueco, de artículos robados.

—Dígame, mi comandante.

—Te llamé porque eres el único que puede ayudarme. Fuiste universitario y sobre todo eres de poca edad. Necesito que te metas entre los huelguistas, vayas a asambleas, a manifestaciones y averigües lo que sea posible. Hay que frenar el movimiento.

—Como usted ordene —pero tuvo escrúpulos: no quiso pensar si era por el dinero que perdería o por meterse con los estudiantes, algunos de ellos

antiguos compañeros.

—Comandante —dijo Coral—, ahí me conocen, todavía están los de mi generación.

—No se trata de matarlos, sólo de vigilarlos de cerca. No puedo mandar a otros, pese a traer libros no ocultan la facha de agentes. Lo sabes bien. Es sencillo: juntar volantes, periódicos, apuntar lo que dicen, direcciones y —aquí entró la orden tajante, sugerida con sutileza— de vez en cuando darles lecciones a los revoltosos.

Aceptó, después de todo ejercía una actividad y de ella subsistía.

—Pero te juro, compadre, que nunca pensé que mataríamos tantos cuates. Primero les pegábamos para asustarlos. Seguíamos a los dirigentes y cuando estaban solos les caíamos y los poníamos morados a madrazos. Luego vino la Plaza de la Cultura, eso sí que estuvo durísimo; tronamos cabrones de lo lindo. Ahora se me ocurre: ¿qué hubiera pasado de seguir en la Universidad? Tal vez estaría muerto. Pero el estudio no se hizo para mí. Todavía no sé cómo llegué a la prepa.

Así era Coral, filosofaba de modo barato cada vez que se emborrachaba. Pidió otra botella de ron y servicio: agua mineral y refrescos de cola para mezclar y evitar el sabor excesivamente dulzón. El otro escuchaba sin hacer comentarios, nada más afirmaba o negaba con movimientos de cabeza.

—Lo más gacho, te decía, fue en la Plaza de la Cultura. Pero antes tuvimos misiones importantes. Mi comandante Lozano y un coronel me llamaron. Fuimos al campo militar y le sacamos la sopa a varios que no querían cantar. Luego colocamos explosivos en periódicos y delegaciones. Cargas pequeñas, nomás para asustar. En las delegaciones avisamos con anterioridad para no echarnos a un colega. ¿Conoces al coronel? No. Un tipazo, llegará lejos. Es muy amigo del senador Tomás González y dicen que el Presidente lo recibe en su despacho particular, en Los Pinos. Él nos pasa las órdenes, aunque a veces nos acompaña a ejecutarlas. Ignoro de dónde viene su grado, si es militar o policía. Mi comandante y el coronel estuvieron con las personas, puros políticos importantes, que dieron la orden para lo de la Plaza de la Cultura. Buena maniobra. Otros por un lado y el ejército por otro. La balacera fue como pocas. Traíamos hasta ametralladoras. Rodríguez, ¿te acuerdas de él?, se dio gusto rociando gentes y se le pasó la mano: disparó contra los soldados y se llevó un granadero e hirió nada menos que al general Careaga. Un tiro en el culo. Cuando retirábamos a los muertos y rematábamos a los heridos graves, el general daba gritos y decía que acabáramos con los

comunistas, que ahí estaba su sangre, al servicio de la patria. ¿Te imaginas, qué patria quiere la sangre del culo de un militar?

El otro, más ebrio, festejó estruendosamente la humorada de Coral. Y el momento fue aprovechado para llenar de nuevo los vasos.

—Nosotros quebramos estudiantes —continuó monologando Pedro Coral mientras bebía y fumaba—, pero los soldados quebraron más. Muchos remataron a bayoneta. Se juntó una pila bien alta de cadáveres. A veces yo sentía asco y no quería rematar. Al principio uno tira contra la bola, al montón y no se da cuenta a quién le da y si le da. Rematar es distinto, compadre. Uno sí sabe a quién le pega un tiro de gracia en la cabeza. Los heridos suplicaban o abrían los ojos, entonces me daba pena y me iba y otro lo acababa. En fin, para qué hablar de cosas tristes. A todo se acostumbra la gente, menos a no beber. Salud.

Y volvieron a reír. La orquesta reanudó sus acordes desafinados y monótonos y las parejas comenzaron a bailar lentamente, sólo para sentir los sexos muy cerca. Los malos olores se esparcían buscando salida del antro. Pedro Coral cambiaba de tema y sugería irse a buscar un par de prostitutas.

Vamos a jugar de nuevo, ahora al revés: tú eres estudiante y yo policía y te torturo y luego te mato.

Está bien, pero no me des tan duro porque parece de verdad.

Entonces los tres campesinos hallaron los cadáveres. Aún no oscurecía y entre las espesas ramas de los árboles se filtraba bastante luz como para contar los cuerpos a simple vista, sin detenerse en cada uno de los despojos. Son ocho, dijo una voz lenta, cansada. Ocho, sin asombro. Mentalmente los otros contaron: cuatro, cinco, seis, siete/ Sí: ocho cadáveres.

Poco a poco se acercaron al sitio donde estaban los cuerpos en posiciones distintas y grotescas. Iban haciendo conjeturas elementales sobre lo sucedido, volteando hacia diversos lugares, tratando de adivinar lo que pasó ahí, volviendo a mirar los restos ensangrentados, perforados. Los campesinos pisaban casquillos, casquillos, casquillos, ¿cuántas balas fueron disparadas?, casquillos. Varias armas estaban regadas: fusiles, pistolas, una ametralladora; aparentemente fueron utilizadas. También mochilas, paquetes, comida enlatada, cajas de diversos tamaños; una de las mochilas parecía haber estallado y arrojado esquirlas de papel: pedazos de volantes, mapas y libros. Los campesinos llegaron justo hasta casi rozar con sus huaraches los cuerpos. Cuidaban de no pisar la sangre: da mala suerte. Uno de los hombres, pese al horror, notó que los pájaros volaban de un árbol a otro, como de costumbre, cuando atardece y de nuevo buscan los nidos, sólo que no gorjeaban y el ruido que producían llegaba desde sus alas en movimiento. Temerosos. Los pájaros. En eso llegaron ruidos distintos: motores y voces.

Los cuerpos.

Casi todos vestidos con lo que podía considerarse ropa excedente del ejército; o más bien ropa que sin ser militar se asemejaba a la de un excursionista mal equipado; indumentaria usada ampliamente, descuidada. De los ocho, cuatro permanecían boca abajo, ocultando el rostro desfigurado por la sorpresa, por el terror, por el terrible miedo que cualquiera padece ante la



inusitada visión de la muerte; los restantes estaban vueltos hacia arriba: uno tenía los ojos abiertos, expresando angustia, parecían los de un vivo inmóvil, paralizado. Todos mostraban heridas impúdicas en el tórax, en las piernas, en el abdomen, en la cara: evidentemente fueron ametrallados; en las mismas plantas y en los arbustos y en los troncos había impactos, los hoyos que dejan las balas disparadas en ráfaga. Aunque el sol desapareció, aún la luz iluminaba el espectáculo. Uno: con perforaciones en el pecho y en la mejilla izquierda, casi a la altura del ojo, desfigurándole las facciones, los brazos como si estuvieran rotos, como si fueran mangas de camisa sin nada adentro. Otro: la cara llena de sangre, barba pegajosa por los lagrimones de líquido rojo que escurrió desde la frente, como un Cristo de veinte años. Otro: con el rostro hundido en la tierra: zoológica salida para ocultarse de la vida, sus manos en el pecho cubriendo las heridas; un muslo prácticamente cercenado, torcido a fuerza de balas. Otro: con los ojos abiertos, quizá mirando las puntas de los pinos más altos; perfil asustado, parece que era el menor: no hay huellas de barba o bigote, apenas vello casi invisible; joven al que la muerte no pudo arrebatarse su aire de inocencia ni su belleza de adolescente. Aquél más: no lejos de sus manos permanece fría y quieta la única ametralladora, arma que no fue disparada; las manos crispadas, endurecidas, con la sangre sin movimiento, indican desesperación; las venas parecen vivir pero están secas; son un simulacro de vitalidad. Y éste: mochila en la espalda, bota salida, es quien está a mayor distancia del claro donde permanecen concentrados los cadáveres: debió correr unos metros: casi llegó a parapetarse tras un grueso tronco caído; las balas penetraron por la espalda; tal vez corrió a las primeras descargas o tal vez llegó ahí arrastrándose, deseando escapar de la muerte; pero hay tantas huellas, tantas pisadas y la oscuridad comienza a cubrir los ocho cadáveres amortajándolos. Los ruidos de motores se hacen más cercanos, más sonoros; ahora se apagan. Portezuelas; voces muy claras; ya están aquí. Es un grupo nutrido de militares. Llevan armas y equipo. Atrás vienen los camilleros. Los campesinos en silencio se apartan. Sus ojos no interrogan, no opinan; la voz no sale; no hay preguntas que hacer. De parte de los soldados no existen explicaciones. Violentos ademanes de un oficial les indican que se retiren. Los camilleros aguardan mientras un fotógrafo cumple con su tarea: inclinándose sobre los muertos busca ángulos que prueben la fanática resistencia que los guerrilleros ofrecieron antes de caer (las fotografías deben llevar pies convincentes). Todos trabajan ahora: camilleros que levantan cadáveres, soldados que recogen armas y objetos; el oficial dice a los campesinos lárquense a la chingada, qué no tienen trabajo, como si

nunca hubieran visto bandoleros comunistas (y no, jamás los habían visto, ni siquiera sabían que en la ciudad, muy cerca de ahí, existía un movimiento estudiantil). Y empieza a ensayar; más adelante vendrá la prensa, la televisión: convencer es el objetivo y mal han empezado al retirarse dejando los cuerpos abandonados durante un tiempo. Los superiores deben quedar satisfechos. Se acerca a los campesinos y recita: Así terminan los que intentan combatir la democracia y el orden. Los campesinos siguen mudos, retroceden, dan media vuelta y con pasos rápidos, eludiendo matas y piedras, desaparecen rumbo a sus jacalones. En la oscuridad, el macabro trabajo se dificulta. El oficial regresa al centro de operaciones: está posesionado de su papel: Éste era el jefe de los guerrilleros —mirando a Sergio Montoya—, el mismo que participó en los disturbios. Tenía en el hombro vendas limpias que le cubrían una herida. Sí, es él, aclaró otro soldado deseando un papel importante en la obra: la fecha de ascensos no estaba lejana.

Los soldados recogieron cuerpos sangrantes, también armas y papeles. El fotógrafo ya tiene las placas que probarán que el movimiento estudiantil no era tan inocente como pregonaban sus miembros. La luz solar por ahora no existe. La comitiva avanza algunos metros hasta donde están detenidos camiones y jeeps. Encienden los motores y los faros. Pesadamente, siguiendo el vaivén que el disparejo terreno impone, se mueven los transportes militares. Van a la capital con las pruebas de la conjura.

Desde el lugar donde estuvieron los ocho jóvenes, sólo pueden verse los puntos rojos de las calaveras del camión que va al final de la hilera.

El coronel se reunió en las afueras de la ciudad con el comandante Lozano y con el hombre del traje azul. Cada uno llegó en su propio automóvil y con pocos guardaespaldas. A Lozano le sorprendía mucho que el hombre poderoso que aconsejaba a los altos funcionarios del régimen, de acento extranjero, vistiera siempre la misma ropa y su aspecto fuera descuidado, especialmente la cabeza.

Esta vez la cita fue en una casa simada en despoblado; discreto lugar, ajeno a miradas curiosas. Una casa que a primera vista parecía abandonada y que por dentro era sumamente lujosa y confortable. No lejos de ella, un automóvil sin placas, oscuro, con agentes del Servicio Especial (una de las tantas policías), la cuidaban.

Entraron, se acomodaron en los mullidos sillones de la sala y se sirvieron unos tragos.

Lozano fue el primero en romper el silencio, no porque tuviera algo importante que decir, sino porque estaba incómodo.

—Bueno, ya estamos aquí.

Nadie contestó al genial inicio.

Luego, el hombre de azul, mirando distraídamente el mobiliario, se dirigió al coronel.

—Espero su informe —seco, ordenado.

—Por desgracia, soy portador de malas noticias, licenciado —pronunció el título para darle un nombre—: Sergio Montoya se niega a colaborar, tiene madera de mártir. Lo tenemos en el hospital militar bajo estrecha vigilancia. Resistió las presiones.

—Pues démosle la puntilla al movimiento, hagámoslo polvo. La mayor parte de los dirigentes está encarcelada, tenemos declaraciones firmadas,

hemos dado pruebas a la prensa y al público sobre el complot. La base estudiantil tiene miedo y después de la Plaza de la Cultura pensarán dos veces antes de salir a alborotar a las calles. Matemos de una vez a Montoya.

—Es fácil —terció el comandante Lozano.

El hombre de azul lo detuvo.

—No se trata de matarlo simplemente, sino de recuperar prestigio. Hay que hacerlo pasar por guerrillero. Primero decimos que se busca a Montoya por ser el principal causante de los disturbios. Corren los rumores de que se fue para la sierra en calidad de rebelde y que el gobierno no puede tolerar la ruptura de la paz interna, porque estamos en un país donde es innecesario acudir a tales métodos cuando hay sistemas legales para arreglar las cosas. En pocos días, ayudados por radio, prensa y televisión, debemos crear un clima hostil para la guerrilla.

Guardó silencio. Una vez más se pasó la mano por la cabeza y Lozano fascinado volvió a mirar la catarata de caspa cayendo sobre las hombreras del traje gastado.

—Coronel —continuó—, usted me dijo que tenía a varios detenidos, separados del resto; los que sacó al simulacro de fusilamiento.

—Así es. No quise regresarlos, porque sus compañeros los creían muertos y queríamos seguir el juego para que se asustaran los encerrados. Son siete.

—Número cabalístico. Con Sergio Montoya suman ocho. Los vestiremos de manera que parezcan combatientes, de esos que aparecen en las revistas cubanas y los llevaremos a una zona montañosa, ahí los matarán; toman fotografías y exhiben las pruebas. Los periódicos recibirán, igual que los corresponsales extranjeros, un comunicado especial. Nadie, aparte de ustedes y el ejército, debe subir a las montañas. En una conferencia de prensa, el jefe de la zona militar dará los pormenores del encuentro. Después habrá mano ancha, exceso de libertad, así muchos gritarán y nosotros sabremos quiénes gritan y por qué. Ahora brindemos por el éxito de la operación. Salud. Y por la inexperiencia de los futuros guerrilleros.

Rieron largamente.

—El número de muertos fue crecido, general Careaga. —En toda lucha hay muertos, señor Presidente. —Tuvimos bajas, según me informaron. —Sí, un granadero que murió de un balazo en la cabeza, el muy necio se quitó el casco para rascársela; no sé para qué tienen tanto material moderno si no saben utilizarlo. —¿Y su herida, general? —Nada serio; ya estoy bien; camino ayudado por este bastón y en pocos días podré sentarme. —Magnífico. Entierren al granadero con todos los honores. Que los periódicos hagan de él un héroe nacional, un caído en las luchas fratricidas que provocaron los comunistas. Expongan su cadáver al público. Manden cine, televisión, prensa. De ser necesario maquíllenlo para que su rostro aparezca con una sonrisa generosa y que de sus facciones inertes emane la belleza del hombre que da la vida para salvar a la patria. —Será indispensable, señor; era muy feo. Pero haremos lo imposible para mejorarlo. Quizás una máscara de plástico... Se arreglará. —Entienda, deseo que lo veneren como a un mártir. Es una táctica; apelar al sentimentalismo popular. Lo mismo que decir que el ejército representa y es el pueblo. —Entiendo, señor. Estamos arrestando a varios sospechosos y hemos detenido a tres o cuatro intelectuales. —Veo que mejora la situación. A Cipuentes y a Xavier González acúsenlos de traidores. La alta política debe realizarse con tacto, jugada a jugada. No los encarcelen; llámenlos a declarar; el susto hará que vayan al extranjero a cuidar su salud. —Una pregunta, señor: ¿no le parece que tenemos demasiada gente en las prisiones? —Los iremos soltando lenta pero ostentadamente. No hay tantos presos como para indignar al pueblo y tampoco tenemos grandes celebridades como para que la prensa internacional se ocupe de nosotros y atraiga voces de protesta. Todos serán sometidos a juicio donde podrán defenderse de las acusaciones. En cuanto llegue la gran mutación, el cambio presidencial, y

asuma nuevamente la primera magistratura, trabajaré con intensidad para defender a la Revolución; no más errores; traeré jóvenes al gobierno, pensaré en los sectores pobres, en especial el campesino y dejaré en libertad a más detenidos; recurriré al nacionalismo... —¿De nuevo? —De nuevo, general, nunca se insistirá lo suficiente. Pero además seré tercermundista. —Bien, señor: las computadoras ya trabajan en los datos de su nueva personalidad: el próximo sexenio hará uno de los papeles brillantes de nuestra historia. — Claro, debemos alejarnos del día de ayer, la matanza de la Plaza de la Cultura no deberá repetirse si queremos mantenernos en el poder todo el tiempo.

Sergio fue despertado. Se sentía débil pero ya sin fiebre. Un doctor le preguntó por su estado, lo auscultó con rapidez y gritó:

—Puede entrar, coronel.

Sergio se sobresaltó.

—Conque Sergio Montoya —inició la conversación el coronel apenas hubo entrado—. Mira, en este fólder tengo tus antecedentes. Pájaro de cuidado —y luego dirigiéndose al médico—: Puede retirarse, necesito hablar con este joven.

El doctor salió de la habitación sin decir palabra. Sergio sumió la cabeza en la almohada hasta donde le fue posible. El coronel extrajo un papel y leyó:

—Sergio Montoya Lezama. Estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras. Prominente miembro de organizaciones comunistas. Desde muy joven destacó su participación en actividades subversivas. Detenido en dos ocasiones. Estuvo en la marcha de hambre de los mineros. Frecuentaba la embajada de Cuba. Durante los pasados disturbios colaboró incesantemente. Redactó manifiestos y artículos injuriosos al gobierno. Siempre mantuvo la línea dura. Incitó a la violencia y habló de irse de guerrillero. Está acusado de subvertir el orden público y de disolución social. Se ignora su paradero, aunque obviamente hay sospechas confirmadas por testigos de que se levantó en armas. ¿Qué te parece? Seamos claros. De todos modos vas a la cárcel, pero puedes evitar una larga condena; tengo una lista de acusaciones contra varias personas no gratas al Presidente, si la suscribes y la ratificas ante la prensa, seremos benignos contigo, de lo contrario quién sabe cómo te vaya. Es cuestión de involucrarlos en el movimiento, de acusarlos de ser los autores intelectuales. Tu nombre sería definitivo, tienes prestigio, nadie dudaría. Si no firmas, pues otros lo harán y asunto concluido; algunos no tienen vocación de

mártir. ¿Cómo crees que pudimos localizarte? Siempre hay un listo o un cobarde. ¿Qué opinas?

—No sé. Creo que no aceptaré.

—Piénsalo el resto del día. Mañana vendré a verte. Si la declaración está firmada, perfecto, si no, puedes comenzar a temblar.

Salió del cuarto. Sergio vio los papeles en el buró y después de un rato los tomó para hojearlos. Monstruoso: el Presidente quería liquidar definitivamente el movimiento y también deshacerse de sus enemigos personales. Estuvo meditando. Al entrar un soldado con la comida reaccionó.

—Perdone: ¿es muy tarde?

—No mucho, son las tres de la tarde.

—Gracias.

A la hora de la cena, Sergio volvió a reaccionar, a darse cuenta de que estaba en un hospital militar. La debilidad contribuyó para que durmiera sin interrupciones.

Por la mañana oyó la voz del coronel que se acercaba saludando a conocidos. Cuando penetró en el cuarto vio a Sergio dormido. En el buró había muchos pedacitos de papel; docenas cuidadosamente fragmentados. El coronel, acercándose, los palpó. Sin ruido salió. Entonces Sergio abrió los ojos y también acercó una mano a las cuartillas que rompió. Desde su salida del campo militar carecía de noticias, ¿qué habría pasado con el movimiento? ¿Y los demás miembros del Consejo? ¿Y Graciela? ¿Y Raúl Escobar? Graciela tuvo mejor suerte que él. Frente a ella cayó acribillada una periodista italiana. No obstante, se repuso de la impresión y como pudo corrió y subió escaleras y llegó a la azotea: tampoco era lugar seguro: los helicópteros disparaban contra la parte superior de los edificios que rodeaban a la Plaza de la Cultura. Se introdujo bajo unos tinacos y aguardó a que disminuyera el tiroteo. Llegado este momento tomó la decisión de permanecer oculta hasta el día siguiente. Estaba temblando. Cansada. No podía llorar. Apretujada contra los voluminosos tinacos sentía seguridad como cuando siendo niña le daba miedo lo oscuro y se tapaba con las cobijas. Durante la noche estuvo oyendo disparos, sirenas, quejidos, gritos de soldados, y con la llegada del amanecer sintió un poco de bienestar: viva otra vez. A media madrugada subieron unos hombres y con lámparas sordas alumbraron la azotea. En ese edificio nadie podía esconderse. Regresaron sin tocar los tinacos. Ya no se escuchaba ningún ruido. Graciela bajó sin intentar ver si el elevador servía o no, bajó por las escaleras. Vidrios rotos, paredes llenas de impactos, manchas de sangre, era lo que encontraba en cada piso. Casi llegando a la planta baja escuchó



voces. Se detuvo. Cuando se alejaron volvió a descender aparentando naturalidad. Caminó rápido para alejarse lo más pronto de ese lugar. A distancia vio que todavía quedaban soldados dormitando.

Quería descansar. Graciela quería dormir. Por la tarde habría que dedicarse a algo, a la reorganización, a la búsqueda de compañeros, aquella abominable matanza no debería quedar impune. La voz chillona del padre retumbó en su casa. Pobre, no había podido desayunar con la preocupación. No vienes en toda la noche y ahora llegas tan fresca como una lechuga; por tu culpa llegaré tarde a la oficina. Graciela quería dormir, por favor: tan fresca como una lechuga.

El día pasó con lentitud. El hospital militar era silencio puro.

Por la noche, cuando Sergio, con ropas usadas que le dio el coronel, subió al camión y miró a siete estudiantes que lo contemplaban extrañados, creyó que en efecto se trataba de un cambio de cárcel, que lo alejaban del centro de los conflictos. La herida del hombro cicatrizaba sin interrupciones. Ya casi no le molestaba. En cuatro o cinco días movería el brazo con normalidad.

En la Semana Deportiva que efectuaron para festejar al Presidente, un jovencito obtuvo el primer lugar superando a los atletas extranjeros, algo nunca visto. La apoteosis. En las calles la gente gritaba y lloraba; las principales fueron bloqueadas para que transitaran miles y miles de personas cantando el himno nacional. Los ciudadanos se encontraban y sin conocerse se abrazaban y bebían de la misma botella. Largas hileras de automóviles y camiones repletos de hombres y mujeres de todas edades, agitando improvisados letreros donde resaltaba el nombre del héroe, circulaban por la ciudad entera.

Las actividades fueron paralizadas y el resto del día declarado de asueto. Honor al joven que derrotaba a los extranjeros por primera ocasión. El delirio; en cada hogar comentaban el triunfo que no sólo pertenecía al campeón sino a la nación. El Presidente fue avisado y decidió aprovechar la estrechez mental colectiva.

—Comunícame con el campeón —dijo a su secretario privado.

—Bueno, sí, ya está listo. Unos segundos.

Todos los televisores estaban encendidos: cualquier canal estaba encadenado. El rumor recorría las calles y estallaba en gritos de júbilo: ¡medalla de oro, medalla de oro! Los locutores emocionados, llorando. En la pantalla, el campeón con su abnegada madrecita y varios familiares más. A un lado, un teléfono. Ansiedad. Espera. El Presidente estaba por comunicarse con el boxeador. Las cámaras acercándose al rostro radiante del atleta. Enfocando a su amada y orgullosa mamá que reza rosarios de gratitud a la Virgen por haber permitido el milagro: un prietito desnutrido había derrotado a los rubios imponentes y bien alimentados de Europa y los Estados Unidos. Fuera complejos, gritaban en las calles, somos los mejores del mundo. A

veces la unidad móvil transmitía escenas callejeras: personas saltando de gusto, bebiendo a la salud del ganador, del superhombre. Felicidad. Hombres. Mujeres. Niños. La población haciendo suyo el triunfo. Padres a sus hijos: Traten de imitarlo, sean como él, miren qué ejemplo. Seguro que nunca anduvo en los disturbios.

Y de pronto Dios había perdido su lugar dentro de un pueblo fanáticamente católico y era sustituido por un jovencito que apenas conocía las tablas de multiplicar. Dios todopoderoso, maestro de sabios, fue relegado a segundo plano: sin consideraciones lo bajaron de los altares y en lugar de un corazón en llamas estaban dos guantes de box. Dios era así noqueado, olvidado, su poder no existía, ahora le pertenecía a un deportista. No más iglesias, rings. Le rezarían al campeón, su imagen reinaría por mucho tiempo.

—¡Campeón, el Presidente está al habla!

—Bu, bu, bue, bue... no, bueno.

—Campeón, hablo en nombre del pueblo. Usted ha puesto muy alto a México, como nunca nadie lo hizo. Lo felicito. Es usted un ejemplo para las nuevas generaciones, un joven consciente, no como esos revoltosos estudiantes. Quisiera obsequiarle algo, lo que me diga.

—Este, este, señor, creo que...

—¿Una beca para estudiar en el extranjero?

—No me serviría, no terminé la primaria; no por flojera, es que desde chico me metí al gimnasio. La vida del buen deportista no deja tiempo para el estudio. Preferiría contar con su amistad, señor... Y mi jefa dice que nos regale una fotografía suya dedicada.

—Su sencillez me conmueve, yo soy el que debería tener una fotografía suya. Usted, pese a su excesiva juventud, es un verdadero patriota. De nuevo lo felicito. Si los estudiantes siguieran su actitud no habría problemas y sí muchas medallas de oro. Aparte de mi retrato, le enviaré las escrituras de una casa en un barrio residencial que la nación le concede como premio a sus esfuerzos y un reloj de oro macizo, regalo del secretario del Partido, Domínguez Fernández. Hasta luego y dele mis respetos a su madre.

—Hasta luego, señor Presidente. Oíste, mamá: una casita y un reloj.

—Qué fortuna la nuestra, hijo mío, hice bien en sacarte de la escuela.

Voz del locutor, mientras la cámara se aleja lentamente:

Conmovedor cuadro. El máximo jefe premia así a los mejores hijos de nuestra generosa patria. A un joven humilde salido de las filas del pueblo. A un gran hombre, aunque tenga pocos años. Casi podría llorar; un momento, estoy llorando, llorando de felicidad por el campeón, por nuestro mandatario,

por nuestro país. Sigo llorando. Este espectáculo, que han presenciado por cortesía de la cerveza rubia de categoría, la cerveza que sí emborracha a la familia, jamás hubiera podido llevarse a cabo en otro lugar, porque tales sentimientos nada más existen aquí, entre este público, estos atletas y este gran Presidente que tanto ama a su pueblo y a sus jóvenes. Somos los mejores del mundo. Fernando, por favor, deténme el micrófono, lo estoy empapando con mi llanto y puede hacer cortocircuito.

El señor Presidente penetró en la sala de operaciones y en ella estuvo por varias horas. Luego, al salir acompañado por los dirigentes eternos de obreros y campesinos, ya era candidato a la presidencia de la República por el PRT. Lo esperaban nuevos problemas. El gobierno anterior también le heredaba dificultades, pero podrían desaparecer con buena voluntad y trabajo, mucho trabajo, trabajo de sol a sol.

El candidato apenas pudo hablar hizo sus primeras declaraciones a la prensa, para hacer ver a su pueblo que existían trabas que era necesario romper, que el movimiento estudiantil había pasado a la historia como una página negra, que rechazaría —en caso de llegar a la primera magistratura— a los emisarios del pasado.

Boletín de prensa del PRT sobre las características de su candidato: Es el mejor hombre. De honradez acrisolada, está decidido a luchar por el progreso y el bienestar del país.

(El nuevo presidente ya no será agrarista nada más, desde los inicios de la campaña se presentará como el futuro presidente agrarista-obrerista-deportista-minero-intelectual, etcétera. Todo junto para beneficiar a la totalidad del pueblo. Y lo mismo será la primera dama: una mujer de gran versatilidad que podrá hablar tanto de la siembra de maíz, como aparecer en público vestida de overol y con el rostro manchado de aceite cuando su marido visite una fábrica. O incluso ofrecer un recital de piano.)

Advertencia: el Caudillo ha tenido varias esposas: una por sexenio: paralelamente a su metamorfosis le brindan una nueva mujer y un determinado número de hijos según las necesidades políticas y la impresión que se desee. Imposible darle la misma, habría que someterla al mismo tratamiento y ése está destinado de manera exclusiva al jefe de la Revolución

Triunfante. (La primera dama es seleccionada tomando en cuenta que debe ser la heredera de aquellas Adelitas que pelearon junto a sus hombres en las horas difíciles de la lucha armada.)

Los días que estaban transcurriendo eran increíbles para el candidato (pese a que sexenalmente se repetían, le encantaban). Las fiestas, las adhesiones, el respaldo popular. Por centenas llegaban los campesinos, los intelectuales, los obreros, para mostrarle su respaldo.

—Siempre fue el bueno, ya lo sabía; trabajaba con ahínco.

—El Partido tiene en él al más grande mexicano.

—el heredero de las mejores tradiciones revo/

—de las confianzas del Par/

—hombre inteligentísimo, lee cantidades asombrosas.

—nadie ignora: el candidato reivindicará a los campesinos...

—La deuda que tiene la Revolución con los hombres del agro será pagada, dijo ayer/

Miles de discursos.

Todos a la cargada.

—Venimos a manifestarle nuestro apoyo, nuestro respaldo, a usted, un hombre de clara trayectoria revolucionaria, un paladín de la democracia y la justicia, el continuador de los mejores próceres... el abogado del pueblo...

—escribe

—¡ah!

—pinta

—¡ah!

—es abstemio

—ah, ah. ¡Ah!

El candidato sonreía y todos sonreían con él, mostrando dentaduras lamentables a fuerza de beber y comer desmesuradamente y sin medidas higiénicas.

Bandas musicales amenizaban el acto que se repetía día con día, interrumpiendo las labores de oficinas burocráticas.

Algunos hombres que traían sus caballos llegaban montándolos hasta el hombre-eje que los aguardaba sin protocolos.

—Ahora vienen los intelectuales —un ayudante dijo al candidato tan discretamente como pudo.

Close-up al boletín del PRT del día siguiente: La misma mano que estrechó las manos sucias de los indígenas, saludó la de los hombres que

representan el pensamiento, la ciencia, la investigación, la creatividad y el arte del país.

—Muera el oportunismo: esto es lealtad revolucionaria, disciplina de partido.

Una larga hilera de hombres con apariencia de maestros rurales fracasados comenzó a desfilar ante el candidato y a ofrecerle palabras de estímulo y aliento. El ayudante le decía al oído:

—Éste que viene atrás de Fernando Benítez es el escritor Rodrigo Moyales, autor de *Canciones de madres campiranas*.

—Gracias, don Rodrigo Moyales. ¿Cuándo vuelve a brindarnos el placer de un libro suyo?

—Muy pronto, licenciado, muy pronto. En cuanto salga se lo haré llegar.

—Gracias.

—El que viene del brazo de Carlos Fuentes es Homero Filigómez.

—Mi querido Homero, qué gusto. Desde hace mucho tiempo quería conocerlo y felicitarlo por su magnífica obra.

—Bueno, yo, yo...

—No me diga nada, sé de su modestia. Si el tiempo me lo permitiera... Pero yo debo dedicarme a mi país, al nuestro. Ah, mi maravilloso Homero, Homero redivivo, así como el griego le cantó a su patria, usted le canta a la suya.

—Éste es el autor de *Rosas rosas*, libro clásico de las letras nacionales.

El candidato recordó que alguna vez los hojeó y conmovido hasta el llanto tendió sus brazos al venerable anciano.

—Usted es una gloria nacional. Cuánto le debemos. Ahí está mi mano franca, la mano de un admirador suyo. Si el voto popular me conduce a la primera magistratura, le haré justicia.

Y se abrazaron llorando. El resto de las personas que presenciaban el acto también lloraron silenciosas. Y los fotógrafos se regodeaban con las placas que veinticuatro horas después ilustrarían las páginas de los periódicos. Un solo titular unificado por la devoción del candidato hacia los intelectuales positivos que no andaban atacando al sistema:

El candidato llora en el hombro del genial poeta  
Arsénico Encaje, quien para corresponder moja la  
alpaca inglesa del revolucionario.

Entre los que más violentamente lagrimeaban estaba Pedro López Aguilera, abogado que desde hacía un tiempo esperaba la gran oportunidad que aparece

una vez cada cien años: que el candidato lo llamara a trabajar por la patria. En su vida escribió una línea que no fuera parte de un citatorio judicial, pero ahí estaba con los intelectuales y escritores, con varios libros bajo el brazo y con lentes gruesos que evidenciaban al hombre que ha sacrificado la vista en aras de la cultura. Aguardaba con impaciencia su turno, la hora de abrazar al Hombre, mientras platicaba con Octavio Paz. Cuando llegó hasta el candidato, éste estaba fastidiado de saludar escritores que ni siquiera sabía que existiesen. Él nunca tuvo en sus manos otro libro que no fuera la Constitución. López Aguilera se presentó con amplia sonrisa, había esperado horas y al fin triunfaba, estaba junto al pedazo de historia nacional.

El ayudante, compungido, secreteó al candidato:

—No lo conozco, señor, ignoro quién sea.

—Es un placer verlo por aquí...

—Escritor López Aguilera, licenciado, vengo a patentizarle mi adhesión a usted y a su futura obra y a decirle que preparo un libro sobre...

El candidato estaba en verdad fatigado, apenas le entendió, pero sonrió y lo abrazó como a los anteriores, efusivamente y en seguida se fue a descansar, dejando que las porras cubrieran su retirada.

—¿Qué más tenemos en el programa —preguntó a uno de sus múltiples ayudantes mientras se recostaba en un sofá de cuero negro—, antes de iniciar la gira?

—Una comida con los integrantes de su generación, en el Grillón.

—¿Integrantes de mi generación? Debe ser un error de la computadora, nunca fui a la escuela, no tuve tiempo, la bola fue mi universidad, aprendí en los campos de batalla, en las tribunas y en la lucha por el poder.

—No lo he olvidado, pero en este sexenio usted es licenciado en Derecho, egresado de las aulas universitarias; su título en pergamino ya fue enviado a su residencia particular y ya tenemos el anillo de graduación. Su generación está integrada por tres mil abogados; aquí hay una lista —y extendió un papel—. Las máquinas que hicieron la selección bien pudieron convertirlo en ingeniero o en médico, pero por algo lo designaron abogado; las máquinas nunca se equivocan; al menos eso esperamos.

—Así que tengo tres mil compañeros de generación. ¿No le parecen demasiados?

—Sí, licenciado, sólo que fueron tantas las personas que quisieron ser sus compañeros de estudios que nos pareció una descortesía dejarlas fuera.

—Siendo de esa manera, qué se hace.



—En cuanto descanse, tiene que salir de nuevo, lo aguarda el sector campesino. Luego visitará las zonas agrarias que están en torno a la ciudad, antes de que se conviertan en fraccionamientos. Por la tarde vendrán los obreros.

—Bien, pues al mal paso darle prisa.

En efecto, apenas se sintió descansado, el candidato salió de sus lujosas oficinas y pronto estuvo rodeado por un mar de sombreros de palma cuyas olas amenazaban tragárselo. Los guardias intervinieron para que no lo aplastaran. Sudor, polvo, malos olores, olores de pobreza, de manta vieja. Cada campesino llevaba un banderín con el lema del candidato: Arriba Todos, genial frase acuñada por él mismo y que aparecía en todas las bardas disponibles y en las ventanillas de los automóviles. Los campesinos pidieron a gritos que hablara el representante de la Revolución. Accedió.

—Estamos ante una encrucijada: evolución pacífica o pobreza. Trabajaré infatigable por el bien del país.

Una ovación tremenda brotó de gargantas conmovidas. Él agradeció con su nuevo estilo de saludo: con las manos extendidas y abiertas hacia lo alto y moviéndolas enérgicamente en un alarde de jovialidad. Porras y gritos. Y una hilera de representantes agrarios saludaba al ídolo de las mayorías, de los humildes, quien veía con repugnancia las manos sucias que se tendían. Ahora, mejor colocado, estaba López Aguilera, espléndidamente disfrazado de ejidatario; huaraches y calzón de manta y sombrero barato. Luchando llegó hasta el hombre fuerte y efusivo estrechó su mano. Aunque cambiado de ropa, todavía de su cuerpo brotaba un olor a lavanda inglesa, hecho que desconcertó al candidato. Éste me es familiar. Pero los apretujones y los codazos fueron desplazando al seudocampirano, alejándolo del lugar mágico. Un fotógrafo, previamente contratado, logró captar la escena del saludo con tal habilidad que daba la impresión de que era el candidato quien saludaba al campesino López Aguilera. Para algo servirá la foto.

Cuando concluyó el desfile agrario, el futuro presidente repitió la dosis de descanso, como era más de mediodía desapareció de la vista de los pedigüeños y de los acarreados para comer con su generación.

Hacia las cinco de la tarde comenzaron a llegar los contingentes obreros; igual que los campesinos llevaban mantas y pancartas que demostraban sus posiciones políticas derivadas de la Revolución Triunfante. Los líderes conducían a los trabajadores como si fueran maestros llevando a sus alumnos a un acto obligatorio o cero en civismo. El cuadro se duplicó con fidelidad asombrosa. Discursos, panegíricos sobre la vida intachable del candidato, loas

al PRT, y al final los abrazos y las felicitaciones. En una palabra, el respaldo popular. En un descuido y fuera de programa, un espontáneo hizo una arenga (usted representa las más limpias tradiciones/ el adalid de las causas nobles/ exhorto a los trabajadores mexicanos a votar por él/); se trataba del obrero López Aguilera que, vestido de overol azul grasiento y botas viejas, sosteniendo unas pinzas y un martillo, exaltaba, desde los hombros de dos fortachones a sueldo, al próximo presidente. Los presentes, menos los obreros, pensaron que se trataba de un nuevo líder; al hombre fuerte sí le fue familiar y lo mandó llamar. ¡Lotería!

En esa primera etapa de la campaña presidencial —seguida por docenas de periodistas, colaboradores, invitados personales del candidato, nadie por su cuenta, un séquito impresionante, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba de un candidato— los oradores quedaron afónicos. Su propio jefe tuvo que hablar varias veces y tomar pastillas de cepacol y miel de abeja para evitar la ronquera; así que se dirigió a sus hombres de confianza para analizar la situación que amenazaba convertir la gira en un costoso fracaso. El pueblo quería que hablara el candidato o alguien en presencia suya con el objeto de que las promesas tuvieran alguna seriedad. De treinta oradores no quedaba ninguno. ¿A quién podría recurrirse? Difícil. Los oradores fueron escogidos no sólo por su potente voz y su buena memoria para recordar frases o textos completos del ideotario del Caudillo, sino también para improvisar sobre temas que el jefe desconociera. A una señal suya, los oradores se aprestaban a pronunciar un discurso. Otras veces decía: Hable de lo que pienso en materia de inversiones extranjeras o recuerde lo que dije respecto a la planificación económica. Y en caso de que jamás hubiera dicho algo sobre tales temas, el orador estaba obligado a decir justamente lo que podría pensar el candidato. Sólo que los oradores estaban en el hospital.

El senador González tuvo una idea: Licenciado, hable usted en un poblado, yo hablaré en otro, nos turnamos. Total, no son muchos los lugares importantes que faltan. En los modestos mandaremos un doble suyo para que vaya a pedir el voto.

El aludido arqueó las cejas y tomó los lentes con la mano derecha, con pose académica, no en balde tenía título universitario, y contestó: Lo primero me parece torpe, lo segundo genial. Ordene lo necesario para que me sustituya un doble en los pueblos insignificantes. E inició un breve paseo por

la improvisada oficina. Tomás González que resintió la acusación de torpe se repuso cuando escuchó la palabra genial. Y procuró acomodarse bien para no perderse ninguna palabra de su jefe, quien dijo: Sin duda el mejor maestro de ceremonias es Palotes; estudió arte dramático; él hablará. Pero, licenciado, replicó uno de los ayudantes, no es lo mismo ser maestro de ceremonias que hablar ante un público y enardecer a las multitudes con frases fogosas y tesis políticas. A lo que respondió el candidato: Palotes se limitará a gesticular y a hacer que está hablando siguiendo los discursos grabados que tenemos. En cada sitio, según el público, pondremos una cinta y él fingirá hablar y hará ademanes. No creo que resulte mal fonomímico.

Los ayudantes pusieron cara de qué genio es usted, señor, y llevaron la idea a la práctica. Ante un grupo numeroso de campesinos, en el norte de la república, Palotes dejó el smoking y se puso indumentaria de rancho de la zona para hablar a nombre del candidato, que con rostro severo vigilaba la escena junto a él el gobernador de la entidad y el poder legislativo local. En la cabina de sonido colocaron una cinta que fue muy del agrado del Próximo y que había oído Palotes: todos rogaron al cielo por el éxito, para que supiera matizar y darle énfasis a los ademanes en los momentos cumbres de la pieza oratoria.

Con matracas y pancartas de bienvenida a la comitiva, los campesinos se acomodaron y desde la tribuna podían ser vistos miles de sombreros cubriendo a sus portadores del duro sol norteño. Silencio. Aquello sólo ocurría cada seis años. Silencio.

Silencio.

El verbo arrebatador y polifónico que hizo cantar una alondra en la garganta del hombre que produjo la Revolución, junto a la paráfrasis de Homero y junto al idealismo platónico en los labios consagrados del príncipe Bolívar, que pulsó los arpegios de una lira de plata en la voz arcana del ciclópeo causante de nuestra independencia, no debe tener como finalidad exclusiva la belleza, excluyendo la verdad, como quería Wilde, porque ésta no es sino reflejo de aquella que en el sentir de Demóstenes y ocasiones hay en que nunca debe ser así; cuando la palabra desencadenada de un Virgilio con fuegos de Prometeo tienen depositadas ante las plantas de la lengua del ínclito Cervantes; porque, señores, la revolución, como decía Ortega y Gasset, no es trinchera ni barricada, es luz y creación; es edificación perfectible en continua perfección; es ascenso brillante y definitivo en continua ascensión; es luz y fuego: luz para el justo, fuego para el traidor; es, en fin, eclosión maravillosa que cual recipiente del ariel espiritual del calibán de la materia,

levantan las almas enhiestas de los verdaderos patriotas, Hidalgo, Morelos, Juárez, sucesores de los hombres que supieron luchar contra el invasor español. Nuestro candidato desciende de esos mismos descendientes, de los que con el cincel de la historia hicieron en el bloque marmóreo que en generoso holocausto se entregaron al designio superior y nos dieron una cultura y un país más justo cada vez (aplausos: aquí entendieron algo sobre la justicia).

La geografía ubérrima y magnífica por su verdor que nos rodea (los campesinos se extrañaron, aquel era un lugar árido), donde el candidato ha encontrado en cada puerta su propio hogar y en cada mano un amigo, enmarca la donosura en el retablo de los héroes epónimos entregados a la tarea sin par de esculpir el futuro en la roca ígnea del progreso espiritual, donde férreos titanes forjaron una dimensión y los ojos de nuestros antepasados nos contemplan satisfechos y orgullosos de su obra, de haber dado su vida en aras de este país donde florece la prosperidad y el éxito por doquier. ¡He dicho!

Automáticamente las manos morenas de los campesinos comenzaron una atronadora salva de aplausos que repercutió en los denodados oídos del patriota candidato como música celestial y lo animó a renovar la lucha contra la dura piedra del atraso y las matracas iniciaron un sonoro rugir cual aleteos de águilas y cañones victoriosos. Entonces el Futuro indicó que repitieran la cinta y a Palotes que volviera al micrófono, porque los campesinos querían oírlo otra vez.

Unas gotas de política nacional.

1.a gota: antes muerto que abandonar la chamba.

2.a gota: corromperse o morir en el intento.

3.a gota: la represión es la extensión de la política por otros medios (más eficaces).

4.a gota: vivir fuera del presupuesto es vivir en el error.

5.a gota: con usted hasta la ignominia, mi gobernador.

6.a gota: ¿qué hora es?; la que usted diga, señor Presidente.

7.a gota: mi dignidad por una curul.

8.a gota: ¿qué fue primero: la corrupción o la política?

9.a gota o la que derrama el vaso: nada de doctrinas exóticas, lo nuestro es mejor; tampoco aceptamos falsas ideologías que nos dividen en izquierdas y derechas; nosotros sólo tenemos un camino: con la Revolución arriba todos, la nueva dimensión/ ¡!¡!¡!

La vida del hombre es por demás efímera: había dicho el senador Tomás González en la Rotonda de los Hombres Ilustres. La suya sería efímera, pero satisfactoria en hechos positivos.

Los antecedentes del senador y líder de los carniceros, Tomás González, son los de cualquier hombre que supo luchar por la libertad y la democracia desde la más tierna infancia. A él no le correspondió la gesta armada, pues nació en 1928; sin embargo, desde que tuvo uso de razón, combatió por los ideales de la Revolución Triunfante de 1910. Su familia, carniceros enriquecidos con el acaparamiento de ganado, pudo darle al joven Tomás una buena educación. Los padres, conscientes del talento del primogénito y de la importancia de la política como profesión, lo inscribieron en la Facultad de Leyes. Será abogado y consecuentemente político, dijo el orgulloso padre a la feliz madre.

En la Preparatoria, el adolescente Tomás González se destacó como líder estudiantil. Fue presidente de la sociedad de alumnos. Aquí se vislumbró la vocación del muchacho: con facilidad modificaba su postura política: por donde fuera más favorable a sus intereses, mantenía una notable carencia de escrúpulos con tal de sostenerse en el poder. Su primer automóvil pudo comprarlo merced al dinero que le sacó a un funcionario encumbrado, invitándolo como padrino de su generación preparatoriana. Le dieron para anillos, baile y diplomas y él sólo entregó felicitaciones verbales a cada uno de sus compañeros; los que protestaron, recibieron, además, una paliza por parte del equipo de fútbol americano.

Al concluir la carrera —dicen que la terminó en medio de grandes méritos académicos, y también dicen que jamás pudo pasar del tercer año— obtuvo su primer empleo oficial: jefe de una oficina de Educación.

El licenciado Tomás González picaba piedra en todas partes y tan pronto lo veían cenando con un diputado federal como lo hallaban bebiendo con un gobernador recién electo. Al fin tenía dinero. El Partido de la Revolución Triunfante acababa de hacer algunas modificaciones para institucionalizarse como correspondía a la etapa constructiva. Dentro de él, González destacó por los grandes servicios que prestó a los altos jerarcas. Siempre dispuesto a ayudar en lo que fuera, facilitaba su coche con todo y chofer, fungía como orador (fue campeón por dos veces consecutivas). Justamente un discurso le abrió las puertas de la notoriedad. El Caudillo se presentaba como candidato a la presidencia por décima vez y el licenciado González dijo aquello de:

—Quisiera tener el verbo florido de Demóstenes para que las palabras fluyeran a mí y pudiera elogiar la trayectoria prístina y revolucionaria de nuestro candidato; el hombre que ha sabido representar las más caras aspiraciones del pueblo... —luego habló de la unidad nacional en torno al patriota máximo y de los principios emanados de la gesta de 1910 y concluyó, con los ojos húmedos, pidiendo una ovación inmensa para el mejor de los ciudadanos.

El candidato se fijó en el brillante orador y al tomar posesión de la presidencia lo premió con un puesto en su propia oficina, cerca de su despacho. González, orgulloso, mandó imprimir millares de tarjetas: Secretario privado del secretario privado del C. Presidente de la República. Con este título podía violar los reglamentos de tránsito, insultar personas, emborracharse, armar escándalos y cosas por el estilo. Ya era influyente. En adelante, González no tuvo mayores problemas para proseguir su carrera en ascenso. Fue diputado federal. Pero dio su gran golpe cuando recordando que era dueño de carnicerías organizó el Sindicato de Carniceros y lo afilió a la CTN (Confederación de Trabajadores Nacionales, sucursal obrera del PRT). Su fama aumentó y las filas del Partido oficial también crecieron, gracias al entusiasmo renovador de González que amenazó con clausurar las carnicerías de los que no ingresaron en él. Tratándose de la patria, Tomás no eludía los métodos violentos. Y con la prisa que tenía por acrecentar su fortuna, a veces se apoyaba en el heroico cuerpo de granaderos, cuyas funciones son, entre otras lindezas, blanquear los sindicatos o agrupaciones de trabajadores que exijan mejoras o libertades.

Por último, lo hicieron senador por Tlanitengo. González no es originario de allí, pero le fue sencillo falsificar un acta de nacimiento dando fe que provenía de una familia auténticamente tlanitanguense. Los periódicos



hicieron el resto con artículos sobre la enorme labor que había hecho González por su pueblo natal, al que por cierto ni en fotografías conocía.

La ideología del licenciado y senador Tomás González es la misma que profesan millones de ciudadanos que no pueden estar equivocados: la Revolución Triunfante, la primera del siglo y que produjo la mejor y más avanzada constitución del mundo y que ha logrado establecer la justicia social y ha convertido al país en un paraíso (perdido, por supuesto). La Revolución Triunfante tiene filosofía: la del Caudillo, más bien la de la personalidad del Caudillo en turno. Porque el Presidente representa la ideología, con sus variantes, de la Revolución iniciada en 1910 y que aún no concluye (ni concluirá, añaden los escépticos). González conoce los secretos de la política nacional y sabe moverse en ella como pez en el agua. Tiene en los labios una frase para cada ocasión, según los asistentes y las circunstancias. Es cauto y maneja los clichés del sistema burgués, del capitalismo dependiente: un solo camino: nuestro país; un solo hombre: su patriota presidente; somos de izquierda dentro de la Constitución; la idiosincrasia del mexicano; persiguen intereses oscuros, la estabilidad política; ideas exóticas...

Pero González va más lejos. Sus conocimientos sobre política nacional impresionan (y eso que no se aprende leyendo a Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Hobbes, Locke, Montesquieu, Rousseau, Saint-Simon, Sieyès, Marx, Lenin, a nadie; se aprende en la escuela de la vida, siguiendo el ejemplo de los que sacrificaron todo en aras de México; pobres, si supieran en qué ha terminado/). El senador sabe que cada año hay que ofrecer tierras a los campesinos: hablar de la reforma agraria integral demuestra conocimiento de los problemas del país y la pega de técnico. Educación es tema fundamental. González tampoco desconoce que el enemigo está oculto, agazapado, esperando la mejor oportunidad para subvertir el orden —no olvida el movimiento estudiantil que por fortuna fue acallado con patriótica determinación, es decir, a balazos—, y por las dudas está de acuerdo con que el gobierno meta en la cárcel a los opositores peligrosos. Por supuesto, niega la existencia de tal hecho: son delincuentes comunes, afirma doctoral. Trataron de sabotear las vías de comunicación... Pero deben saber, como dijo el señor Presidente, que existen todas las libertades, menos la libertad de acabar con esas libertades (¡!). Mano de hierro con los comunistas.

González no tiene problemas con la prensa, ya que, puntualmente, a través del Sindicato de Carniceros, cada mes entrega a los periodistas una cantidad respetable para que destaquen las obras realizadas por él. Al fin que el dinero

lo descuenta a los carniceros y éstos lo recuperan aumentando el precio de las costillas o del filete.

El licenciado Tomás González es el prototipo del político de nuevo cuño: culto, conocedor de la historia, universitario, buen orador, capaz de morir por la patria si llega el momento, pero mientras llega, lucha con ardor por los ideales que han engrandecido al país.

Tomás González es sacudido brutalmente por el despertador: las seis de la mañana. Qué flojera y qué cruda: bebió demasiado coñac el día anterior y con la fatiga de la campaña electoral el cansancio resulta doble. Hasta su cama llegó la esposa y lo movió con delicadeza, con ternura:

—Despiértate, viejito, ya es hora.

Habitualmente Tomás se levanta a las once de la mañana (y los domingos a las doce para fingir que no se entera de las idas a misa de su esposa; está de acuerdo con la separación de Iglesia y Estado, ah, pero en la familia, en la familia es distinto), aunque ahora tiene que estar en la etapa final de la gira del candidato. Hoy va a las colonias proletarias de la capital, lo que significa que recorrerá largo trecho.

Mediante un esfuerzo sobrehumano se pone en pie. El aliento fétido y los ojos enrojecidos. Se mira en el espejo. Mmmmm. Mala cara. Jugo de naranja, gotas para los ojos, café cargado y un baño con agua caliente.

Siete quince a. m.: el senador está listo. Con traje azul oscuro de lana seda australiana y camisa del país para no ser ostentoso, se coloca los infaltables lentes oscuros, mientras su chofer conecta el motor del Gálaxie, un modesto Ford del año: detesta los contrastes, sobre todo en actos políticos y no quiere chocar con la pobreza proletaria.

En el automóvil, su secretario particular, el licenciado Velázquez, lee un resumen sobre los acontecimientos nacionales e internacionales. Lo pone al día. O eso imagina Velázquez, porque tras los lentes del senador los ojos permanecen cerrados.

El recorrido comenzará a las nueve de la mañana, pero el senador tiene que revisar discursos, checar que las instalaciones sean adecuadas, que los invitados estén presentes (importantes funcionarios de la banca y la industria y políticos poderosos) y, sobre todo, tiene que preparar a las personas que van a vitorear al candidato y revisar los instrumentos musicales de la banda que amenizará. El Partido giró invitaciones a los habitantes de los distritos que visitará la comitiva; como en el fondo es razonable, sabe que no irán,

entonces preparó, como de costumbre, varios camiones urbanos donde transportará a los eternos acarreados: niños de primaria y campesinos de las delegaciones próximas a la capital; soldados francos y burócratas.

El senador no es torpe, vislumbra que en este sexenio habrá oportunidades a granel, sobre todo para quienes demostraron lealtad inquebrantable durante los días difíciles. González abre los ojos, los párpados le pesan toneladas, y contempla el paisaje citadino a través del cristal. Qué pedirle al candidato. La gubernatura de *mi* estado quizá. Sus compañeros más allegados sospechan que el candidato le reserva a González un destino más alto; hablan con insistencia de un puesto en el gabinete. Él, demostrando habilidad, ha dejado correr el rumor y ahí para la cosa; no quiere quemarse. En entrevistas es cauto y con inteligencia resuelve los interrogatorios.

(—Licenciado González, ¿se rumora que usted ocupará una secretaría de Estado?

—Rumores simplemente. Yo soy un servidor público y si me llaman para ser útil al país como policía, como policía trabajaré.)

Por ello mismo, el número de amigos de González aumentó y diariamente recibe regalos, llamadas telefónicas, telegramas que lo felicitan por su brillante papel al lado del «candidato del pueblo». En el Senado, su popularidad crece. Su esposa también trabaja codo a codo con la mujer del Futuro.

Por fin llegan al sitio donde están los camiones, listos para recoger a la gente que irá a los mítines. González explica a su personal:

—Los llenan totalmente y los llevan a la colonia Obrera, ahí se iniciará el recorrido; coloquen a las personas alrededor de la plaza en que hablará el candidato y que aplaudan y griten vivas al Partido y a la Revolución. Cuando concluya el mitin, rápido vuelven a subir a la gente en los camiones y los conducen a la colonia Doctores Humildes y que repitan la escena y en seguida a la colonia del Albañil Constructor, final del recorrido. Recuerden, deben llegar antes que la comitiva. ¿Entendido?

González manda a Velázquez a revisar los textos y lemas de pancartas y mantas, no sea que, como ya ha sucedido, vayan a tener faltas de ortografía. La semana pasada escribieron mesquinos intereses se oponen a la labor fecunda de los regímenes rebolucionarios; ni modo: un error cualquiera lo tiene; pero no deberá repetirse: quizá González vaya a Educación.

El senador no descuida detalles y él mismo redactó muchos de los folletos que circulan por el territorio manifestando el apoyo de los tres sectores del PRT al candidato, mencionando de manera contundente que es el continuador

de la obra de los héroes nacionales. González ha gastado dinero (papel, tinta, imprenta, fotografías, etcétera), pero está tranquilo: la patria premia a sus mejores servidores y le pagará en efectivo, en concesiones o en empleos.

El recorrido estuvo perfecto, maravilloso, nada falló, los oradores, acertados, sus demandas (voces del pueblo) fueron anotadas por el candidato que con virilidad exigió la verdad sobre la situación de los barrios humildes. Lo más emocionante (momento histórico que se grabó en el corazón limpio y sencillo de los miembros del PRT) fue cuando el candidato y Tomás González, abrazados, se declararon siervos de la nación; ambos conmovidos, en medio de gritos ensordecedores, vítores populares; de pronto, el primero ofreció al senador un pañuelo blanco para que enjugara las lágrimas que escurrían bajo sus lentes oscuros. Así lo hizo e inmediatamente después de borrar el llanto, González tomó el micrófono y dijo:

—Este pañuelo es una blanca prueba, inmaculada prueba de entrañable amistad y de reconocimiento a mi lealtad sincera. No me la dio el Hombre, me la dio la Revolución Triunfante que él simboliza.

Los aplausos y los gritos de ¡viva la Revolución! se prolongaron por más de media hora: el licenciado Velázquez, siguiendo las instrucciones de su jefe, prometió más dinero si los ahí congregados vitoreaban con entusiasmo.

De la colonia del Albañil Constructor, la comitiva se dirigió al restaurante Torino's, lugar donde ofrecían un banquete al candidato. El gremio artístico estaría presente para amenizarlo.

Como él es abstemio (así salió de la computadora para el nuevo periodo), los que estaban cerca apenas probaron el aperitivo, bebían aguas frescas. Pero algunos de los comensales fueron al baño a dar un trago a sus ánforas.

González se sentó junto al candidato; sin embargo, cuando entró la famosa actriz Gina León fumando un aparatoso cigarro, y con voz masculina se acercó a saludarlo, González cedió la silla a la beldad cinematográfica. En realidad, más que por cortesía, era un pretexto para ir al baño-bar a tomar una cerveza.

La comida transcurrió cordialmente, menudearon los discursos y las adhesiones. El director de cine Marcos González, sin parentesco con el senador, movía a sus camarógrafos buscando las mejores poses del Próximo para elaborar un documental de carácter histórico. Por ahí el cronista de la ciudad haciendo alardes de ingenio oficial, por allá Dolores Rivas hablaba de su grupo político femenino, que sin pensarlo un segundo apoyaba al candidato del PRT, «porque es el mejor hombre del mundo».

El locutor Babadowsky entrevistaba:

—Señorita Gran Actriz, ¿qué opina de las palabras de nuestro Hombre sobre reforma agraria?

—Ay, fueron tan emotivas, tan bellas, tan directas, que no pude entenderlas por la emoción.

—Muchas gracias.

Babadowsky se mueve y tras él cámaras y micrófonos de Telesistema que transmitía el acto a los hogares nacionales.

—Diputado Samaniengo, su opinión respecto a la contienda electoral.

—Cómo no; es admirable la forma en que está llevándose. El pueblo demuestra madurez cívica. El Partido tiene la certeza de arrollar en las próximas elecciones. Indicaremos al mundo lo que es democracia y aunque no hay oposición, peharemos hasta el último voto. Abajo el abstencionismo. Quiero aprovechar la ocasión que usted me brinda para notificar la aparición de mi libro *El pensamiento del candidato, teoría de una revolución*.

Esto último fue escuchado por Tomás González; con sorna dijo a su secretario privado:

—Es el mismo libro que el sexenio pasado le dedicó al anterior, sólo las fechas y los nombres son distintos.

La variedad dio principio. Los Tenientes de la Meseta, con uniformes de policías de tránsito y sus guitarras, cantaron por tercera vez en ese día el corrido al Caudillo. Cuando las deprimentes voces de los Tenientes dejaron de golpear las paredes del restaurante, anunciaron el número siguiente... De pronto, gritos y cascos de caballo. ¡Abranla que lleva bala! ¡Viva la Revolución, traidores! Un grupo entró a caballo, con la bandera nacional y el estandarte de la Virgen de Guadalupe. Era como si la máquina de Wells hubiera traído hasta el lugar a varios personajes de épocas pasadas. Los comensales se alarmaron creyendo que era un atentado contra la vida del Caudillo, pero vino la calma cuando uno de los jinetes habló de solidaridad con el representante de los anhelos populares. Luego obligó al caballo a pararse en las patas traseras y a relinchar. Aventó su sombrero de charro al aire y de nuevo comenzaron los gritos. El candidato recogió el sombrero y se lo puso.

Rumbo a las cinco de la tarde, doscientos niñitos, apretujados, entonaron el himno nacional. Silencio respetuoso y todos de pie. De vez en vez, algún emcto interrumpía el canto. González lamentó no traer una bandera para que cada asistente la besara, pero viendo las bocas llenas de comida, pensó que fue mejor: la insignia patria se hubiera manchado y no precisamente de sangre.

Al concluir, el candidato se puso en pie y brindó (con agua) por su pueblo, el más noble y leal de todos; brindó por su Partido y dijo que sólo él resolvería satisfactoriamente la problemática del país. Volvió a brindar por su pueblo, y en esta ocasión aprovechó el agua para echarle un alka-seltzer: el menú tuvo mucho aceite. Las porras encabezadas por el general Careaga, héroe de la toma de Ciudad Universitaria, estallaron como granadas en campos de batalla. Una reacción tan efusiva que el homenajeado prosiguió brindando e hizo una síntesis de todos sus discursos y se lanzó a un torbellino oratorio, voz estentórea, ademanes grandilocuentes: que los vendepatrias buscan historias importadas, que continuará la reforma agraria, que se respetará la Constitución, que no hay presos políticos, sino delincuentes vulgares, que los soldados salvan a las instituciones, que la política exterior seguirá siendo la misma, que debemos reglamentar las inversiones extranjeras pero cordialmente para no ahuyentarlas, que nuestro pueblo tiende sus generosos brazos hacia todos los países (como si los necesitaran), menos a aquellos que desean exportar su revolución... Concluyó tajante: pueblo y gobierno unidos en la lucha por engrandecer a México.

Como a las siete de la tarde, cuando el griterío casi derribaba el local, el licenciado González, dirigiéndose al recién postulado, pronunció un sentido discurso:

—Quisiera tener el verbo de Demóstenes para que las palabras fluyeran a mí y pudiera elogiar la trayectoria prístina y revolucionaria de nuestro candidato; el hombre que ha sabido representar las más caras aspiraciones del pueblo... —luego habló de la unidad nacional en torno/

Al homenajeado le parecieron conocidas las palabras, pero no logró precisar en qué sexenio las había escuchado.

A las nueve de la noche se retiró con su comitiva: tenía que descansar y planear los siguientes pasos de la campaña. González y un grupo fueron a seguir el festejo a un burdel; ahí podían beber libremente.

González dejó arreglada la cuenta antes de irse al cuarto con Eugenia. Aún lo acompañaban cincuenta personas entre amigos personales y condiscípulos del candidato, los mismos que se percataron de la profunda amistad que ligaba al primero con el hombre fuerte.

Por eso lo seguían, por eso y por los enormes deseos de correrse una juerga fenomenal (la abstinencia del Caudillo les resultaba atroz). Fueron a casa de Chole, que era discreta y tenía muy buenas mujeres. Llegando, el senador habló en secreto con la dueña:

—Éstos son mis amigos, Chole, y otros estudiaron con el Candidato; me interesa que pasen un buen rato. Corre a los extraños y mándame la cuenta al Senado para que la carguen a gastos diversos.

La mujer asintió, de sobra conocía a González y sabía que era hombre de confianza y buen pagador. Le hizo una pregunta:

—Licenciado, ¿no quiere otra vieja?

—Sabes que me gusta Eugenia.

—Está bien, nada más decía.

En las mesas, los colegas de González elogiaban las virtudes del Caudillo y algunos contaban anécdotas sobre las fatigas y los sacrificios que afrontaba en la gira. Su capacidad de trabajo es admirable, llega a los pueblitos más apartados. Luego vino la repartición de empleos. Seguro a González le toca Gobernación. Al doctor Vega le darán una senaduría, ha sabido moverse bien. Y qué me dicen de Villanueva, tan joven y ya controla a los campesinos, de seguro se coloca en la gubernatura de su estado. González sí que sabe de política. Tanto o más que Villanueva. Hará mucho por el país. No es como aquellos políticos antiguos que se metían en esto para hacer dinero y entonces traicionaban la confianza del Caudillo. Me acuerdo del coronel Olivarría, cuando fue gobernador cargó con las alfombras del Palacio de Gobierno; vi a su mujer raspándoles a las máquinas de escribir las calcomanías del inventario. El diputado Gerardo de la Torre, el petrolero, está quemado, no creo que agarre chamba; sin embargo, ahí anda en la campaña...

Al fin llegaron las muchachas y la reunión cambió. Genoveva, la que estaba desnuda, arrugando el pantalón del diputado Linaza y Linaza, hablaba, un tanto ebria, de las innovaciones hechas al sistema prostitucional. Poco antes se quejó de que sus compañeras eran explotadas por policías y que siempre clausuraban las casas de prostitutas (menos la de Chole, protegida de altos funcionarios, que ahí desahogaban sus problemas), yo no me lo explico, ustedes pasan el tiempo en los burdeles y cuando salen nomás nos cierran el changarro, no hay derecho. Deberían darnos seguridad social, como a cualquier trabajador, y medicinas baratas. Las risas brutales coreaban a la mujer. Cuando estamos viejas ni de meseras nos reciben, pero ahorita qué tal, ¿verdad, cariño?, y las compañeras que andan por las calles porque no tienen burdel donde ganarse la vida honradamente con el sudor de lo que les conté, las agarra la policía y les saca dinero y las obliga a irse con ellos y por último las arrestan por prostitución. Todos los días clausuran casas: ah qué mis politicones tan decentes. Por eso, cada una de nosotras debe ahorrar y llevar el control del negocio por medio de una curva de pérdidas y ganancias —y

trazaba signos en el viciado aire—: sube cuando la noche es buena, baja si es mala y no hay clientes. Esto lo aprendí de un economista que venía a verme los días de quincena. Más risas, risas gruesas a causa del ingenio de la prostituta que finalizó: Así una ahorra y no tiene necesidad de terminar sus días en un asilo o en la calle.

Trajeron más botellas.

En la madrugada, cerca de las seis, el senador regresó a casa. En el trayecto fue felicitado calurosamente por su secretario que babeaba de tanto coñac ingerido. González no escuchaba las palabras de reconocimiento a su astucia política. El cansancio era tremendo. Sólo ansiaba llegar a casa y dormir un poco. A las diez de la mañana acompañaría al candidato a poner una ofrenda floral en el monumento a la Revolución Triunfante y luego a seguir luchando por la grandeza de México.



—Muy bien, Juanito, de grande quieres ser bombero y apagar incendios. ¿Y tú, Ramoncito?

—Miss, yo quiero ser político para tener mucho dinero, muchos coches y muchas casotas.

Las elecciones fueron ganadas por el candidato del Partido de la Revolución Triunfante, quien arrasó con los votos/

Moralidad y mucho trabajo, el lema del presidente electo/

Un policía suspendido por la campaña de limpieza que se efectúa en la dependencia/

El Caudillo, después de hablar del milagro económico y del prestigio del país, dice que los ricos deben volver los ojos hacia los campesinos que fallecen de hambre mientras ellos comen en lujosos restaurantes...

Diez de junio: una manifestación estudiantil fue frenada por elementos paramilitares; quince jóvenes muertos/

Felipe recibió una llamada telefónica: un compañero le avisaba que la mayoría de la gente encerrada en el campo militar había sido puesta en libertad, menos los dirigentes, y que entre ella iban Patricia y su familia. Felipe se alegró y respondió que iría a verla, pero a dónde, dónde vive ahora, ¿en el edificio de la Plaza de la Cultura? No, con sus parientes (y una dirección). ¿A quién más soltaron? Del Consejo a nadie. Los que estaban en el campo, según la policía, fueron trasladados a la cárcel preventiva. Colgó después de agradecer la información. Hasta entonces recordó el insistente rumor sobre los teléfonos intervenidos. En todo caso, no dijo nada grave. Y la situación parecía ya normal, después de la muerte de Sergio Montoya y su grupo *guerrillero*, de la desaparición de otros jóvenes como, por ejemplo, Raúl Escobar y de las duras amenazas del nuevo Presidente.

Se apresuró y fue a la dirección que le dieron. Tocó y por el interfón lo interrogaron. Dijo: ¿Está Patricia? Soy Felipe Santander, un amigo suyo. Silencio. La sospecha y el temor obligaban a la cautela. Por último la voz de Patricia, una voz distinta a la que le era familiar, una voz envejecida. Sube, pásale. Y la puerta se abrió escandalosamente.

Patricia estaba delgada y muy pálida. Se abrazaron sin euforia, como si fuera un acto obligatorio después de lo sucedido. Floja, llegarás tarde a la Universidad. No, no iría a clases por ahora; quería evitar las preguntas morbosas o estúpidas. Quería ir a su antigua casa, al departamento donde vivió y ver qué rescataba. Lo vi, Patricia, está desvalijado, se llevaron las cosas de valor, igual que en la Ciudad Universitaria. Los muebles están rotos, atravesados por balazos y bayonetas. De todos modos quiero ir por lo que sobró, la ropa de cama, cubiertos, lo que haya quedado.

Cuando llegaron a la Plaza de la Cultura eran más de las siete de la tarde. Estaba oscuro pero ahí había un fuerte resplandor. Vieron unidades del ejército patrullando la zona. El edificio estaba casi deshabitado, nada más lo ocupaban las personas que aún no lograban deshacerse de sus departamentos y conseguir otros. En el camino Patricia preguntó por varios compañeros o conocidos. Felipe dijo unos en la cárcel, muchos más desaparecidos o en el extranjero, y tú, Patricia, cómo te sientes. Se arrepintió de la pregunta. Ella no contestó. Pasaron cerca de unos soldados. La muchacha se encogió y se apretó contra el cuerpo de Felipe. Sólo vigilan, no tengas miedo, pasó lo peor. Y le tomó las manos.

Ya en la Plaza, vieron que el resplandor provenía de cientos de veladoras puestas a lo largo y a lo ancho del lugar, también había ofrendas florales y algunas mujeres de edad rezaban y lloraban discretamente, sin desear llamar la atención. Patricia no pudo contenerse y de sus grandes ojos oscuros salieron lágrimas; era la primera vez que se entregaba al llanto; en el campo militar jamás sintió deseos de darle libertad. Felipe secó sus lágrimas con un pañuelo y dijo, algo irónico, que las autoridades eran generosas al permitirle a la gente rezar por sus muertos y colocar veladoras y flores baratas. El dramático conjunto era lo único que proclamaba que en ese sitio habían asesinado a cerca de quinientos jóvenes de ambos sexos. Como nunca aparecieron los cadáveres, las mujeres oraban hincadas al azar, tratando de adivinar dónde cayeron los cuerpos de sus hijos, ante tumbas imaginarias.

## **Anexo único o varios años después del movimiento estudiantil**

Diálogo con el doctor H. Henrick

Entrevistó Jaime Villaseñor de *Sol caliente*

El doctor Henrick nació en Alemania —desciende de una ilustre familia de científicos— pero llegó a nuestro país siendo un niño de unos cuantos meses, en 1946, y en él creció e hizo sus estudios de medicina. En 1969 recibió el título de cirujano y fue a Estados Unidos a posgraduarse en psiquiatría. Desde 1971 trabajó en forma privada, dedicado a su laboratorio y a sus experimentos, hasta que el Caudillo lo designó jefe del nuevo Departamento de Torturas, organismo vital para la conservación de los intereses de la patria. Esta breve entrevista con el brillante científico tiene por objeto principal que el lector conozca la forma en que el gobierno protege su tranquilidad.

JV: Doctor, díganos, ¿cuál fue el germen del Departamento de Torturas?

HH: La idea original es contrarrestar la creciente actividad de los guerrilleros y de las personas que los apoyan, sea desde la ciudad, sea desde el mismo campo y en general desbaratar a la oposición. Y pueden utilizarlo las policías, el ejército y la marina, según el caso. En este Departamento, cuyo nombre completo es de Torturas Mentales Bajo Rigurosa Programación Científica, se han desechado los antiguos métodos de tortura física, los hombres no son golpeados ni las mujeres sometidas a indignidades. Eso es cosa de un pasado abominable y primitivo. ¿Usted cree que a estas alturas del siglo podríamos usar el potro? Por supuesto que la respuesta es negativa. El Departamento a mi cargo es funcional y moderno y más parece un bello hospital que un cuartel policiaco. Aquí impera la ciencia, no los elementos rudimentarios dignos de museo. No hay verdugos ni gente de aspecto amenazador. El personal, todo de blanco, desde los pies a la cabeza, son

médicos y no carceleros, científicos que han estudiado durante mucho tiempo las reacciones humanas.

JV: Pero concretamente, ¿a qué responde su creación, doctor?

HH: Bueno, a elementales razones de defensa, como antes le dije en otras palabras. Usted sabe que la premisa número uno de todo Estado es su conservación. De ahí que el nuestro me haya dado instrucciones para formar el Departamento de Torturas. Recuerde que en otros tiempos los estudiantes salían a las calles a alborotar y a insultar a las instituciones y a la Revolución Triunfante que ahora es más valiosa por su larga experiencia (más sabe el diablo por viejo que por diablo, dice el refrán y dice bien) y obligaban al Caudillo a mover las fuerzas policiales y al mismo ejército para restablecer la calma. Los métodos antiguos sólo acarrearán protestas de organismos internacionales y de países que debilitaban la imagen lograda a base de estabilidad y paz interna, alejando al turismo que logra nivelar nuestra balanza de pagos.

JV: Dígame, ¿cómo funciona el Departamento, ha dado resultados prácticos, deberá ampliarse, piensa usted que la idea debe entregarse a los gobiernos latinoamericanos afines o hermanos?

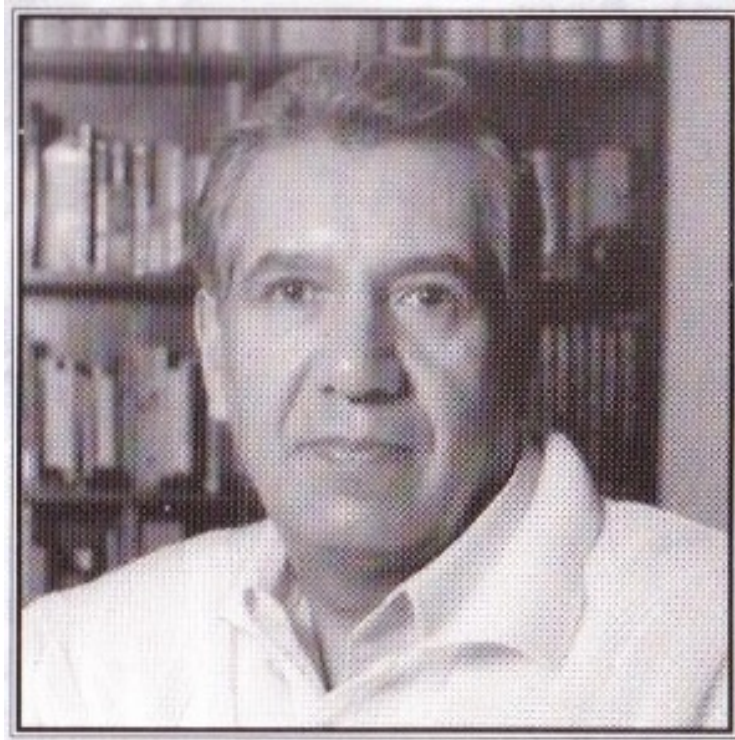
HH: Por partes, estimado periodista, ahí hay muchas preguntas; trataré de responderlas de la manera más clara posible. Cuando alguien comete un crimen contra el Estado o mantiene ligas con la oposición o está en desacuerdo o realiza actividades antipatrióticas o tiene malos pensamientos contra el Presidente o se comprueba su negligencia para ir a las urnas a votar por los candidatos únicos y oficiales o alguien se niega a abandonar lecturas comunistas o pornográficas o simplemente ajenas a nuestra idiosincrasia, ya no lo sujetamos a violencias físicas; no olvide usted la Declaración Universal de los Derechos Humanos de la ONU y que nuestro gobierno suscribió antes que muchos que se dicen humanitarios; se le captura y es entregado al Departamento; aquí conducen al prisionero a una habitación (no hay celdas) y tienen libertad para caminar por el edificio. Luego, un sicólogo habla con él por varios días, preguntándole, haciéndole un severo psicoanálisis. El detenido, al no ser golpeado, toma confianza —y cómodamente acostado en un sofá—, narra su vida, su infancia, sus traumas, habla sobre sus primeras amistades, sus iniciales romances, sus juegos y actividades escolares. Claro, no es torpe, nunca llega a hablar de sus actitudes antipatrióticas o criminales que lo trajeron. Pero el siquiatra forma un cuadro clínico del «paciente». Y si, por ejemplo, descubre que siente pavor hacia los reptiles, que no los tolera, que les tiene fobia, llenamos un cuarto con ellos en todas sus variedades,

previamente despojados del mortífero veneno (no deseamos que muera el delincuente, sino que hable) y ahí lo encerramos con boas, coralillos, cascabeles, anacondas, pitones, cobras. La habitación es reducida y carece de muebles para que los reptiles puedan moverse a placer y siempre estén expuestos a la vista del torturado; éste grita y trata de salir, lo cual resulta imposible. Más aún, no puede efectuar movimientos sin rozar a una víbora o a varias a la vez. Asco y terror. El pánico se adueña de sus músculos, de sus tendones, de sus huesos, de sus nervios, de su masa encefálica, circula libremente por la sangre y captura el corazón y por último no queda sitio, por pequeño que sea, donde el terror no se regocije con el triunfo. Las víboras silban amenazadoras, muestran los colmillos, mueven sus latigueantes cuerpos y los enroscan en el criminal que ya está inmóvil; trepan por piernas y cuello, el frío contacto con las serpientes asquerosas le quema. Ahora el detenido está preparado para firmar su confesión y dirá lo que nos venga en gana, si antes no fallece de un ataque cardíaco. Sencillo y claro. Sin complicaciones. Si alguien padece claustrofobia, lo encerramos durante meses en un cuarto de proporciones tan reducidas que no podrá moverse sin golpear su nariz. Si es hipersensible a los ruidos, lo ponemos dentro de una habitación repleta de enormes bocinas estereofónicas que producen ruidos monstruosos y a un volumen que aun para un sordo sería intolerable. Si tiene Edipo, le hablamos pestes de su madre y así por el estilo. ¿Resultado? Todavía estamos en la fase experimental. De llegar a tener éxito y liquidar a los enemigos de la Revolución Triunfante y del Caudillo, la idea, claramente expuesta, pasará a los países hermanos que necesitan tales servicios; créame, no son pocos los gobiernos con problemas semejantes al nuestro. Y en cuanto la primera etapa quede atrás, ampliaremos el Departamento para trabajar con computadoras, cerebros electrónicos y autómatas. Esto perfeccionará en un cien por ciento la capacidad y la calidad del trabajo.

## **Epílogo**

Carajo, qué soledad.





RENÉ AVILÉS FABILA nació en la Ciudad de México. Estudió Ciencias Políticas en la UNAM e hizo un posgrado en la Sorbona en París. Entre otros premios, su obra ha sido reconocida con el Premio Colima a la mejor obra publicada en 1998 y con el Premio Nacional de Periodismo en 1991. Como periodista ha colaborado con ensayos de crítica política y literaria en *El Día*, *El Nacional*, *Siempre!*, *unomásuno* y como editorialista en *Excelsior*. Sus artículos han aparecido también en revistas del extranjero. Fue Director General de Difusión Cultural de la UNAM. Actualmente, forma parte del Sistema Nacional de Creadores, es Coordinador de Extensión Universitaria de la Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco, profesor en la carrera de Comunicación en la misma Universidad y Director de la revista cultural *Universo de El Búho*.

## **Notas**

[1] Revolución, revolucionario, términos que se repetirán a lo largo de la obra y que carecen totalmente de sentido y significado. <<

[2] Lupanales dijo pendejo, pero el autor, por evidentes razones moralizadoras, suprimió la grosería sustituyéndola por una palabra más adecuada. <<

[3] Tomado de la *Enciclopedia Reino Animal*, edición ilustrada, y de *La imagen estructural del gorila*, del investigador argentino Elías Condal. <<

OBRAS COMPLETAS

RENÉ AVILÉS FABILA

EL GRAN SOLITARIO  
DE PALACIO



Lectulandia